UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01309140 0

EMILIO BOBADILLA

(FRAY CANDIL)

Viajando por España

(EVOCACIONES Y PAISAJES)

PRÓLOGO DE B. PÉREZ GALDÓS

TOMO PRIMERO

PRIMERA EDICIÓN

MADRID
EST. TIP. DE LOS HIJOS DE TELLO
Impresor de Cámara de S. M.
C. de San Francisco, 4
1912

VIAJANDO POR ESPAÑA

OBRAS PRINCIPALES DEL AUTOR

	Pesetas.
TRIQUITRAQUES. Críticas. (Agotada).....	3
SOLFEO. Sátira y crítica. (Agotada).....	3
NOVELAS EN GERMEN. Cuarta edición.....	2
GRAFOMANOS DE AMÉRICA. Crítica. Tercera edición.....	3
SINTIÉNDOME VIVIR.....	3
VÓRTICE. Poesías, con una carta-prólogo de J. M. de Heredia (de la Academia francesa). Cuarta edición.....	3
A FUEGO LENTO. Novela.....	3
AL TRAVÉS DE MIS NERVIOS. Sátira y crítica.	3
CON LA CAPUCHA VUELTA.	
MUECAS.	

EN PRENSA

EL AUTO DE FE. Novela.
DE CANAL EN CANAL.
VIAJANDO POR ESPAÑA. Tomo II.
LO QUE VI EN EL TRÓPICO.

EN PREPARACIÓN

GRAFOMANOS DE AMÉRICA. Tomo II.
LA NOVELA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA. Crítica.
BULEVAR ARRIBA, BULEVAR ABAJO. (Crónicas de París.)
DEL TÍBER AL ARNO.
LA CIUDAD SIN VÉRTEBRAS.

EMILIO BOBADILLA

(FRAY CANDIL)

Viajando por España

(EVOCACIONES Y PAISAJES)

PRÓLOGO DE B. PÉREZ GALDÓS

TOMO PRIMERO

PRIMERA EDICIÓN

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

125-020
14/11/12

MADRID
EST. TIP. DE LOS HIJOS DE TELLO
Impresor de Cámara de S. M.
C. de San Francisco, 4
1912

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

Es propiedad del autor.

Est. tip. de los Hijos de Tello, C. de San Francisco, 4.

PRÓLOGO

El mayor gusto mío es viajar por España y ser huésped de las ciudades gloriosas revolviéndolas de punta á punta, y persiguiendo en ellas la intensa poesía histórica: recorrer después las villas y aldeas, los lugares desolados que fueron campo de sucesos memorables, ya verídicos, ya mentirosos; habitar entre la gente humilde, que es hoy reliquia preciosa de los pobladores de aquellas tierras y caseríos; ver de cerca los hombres y las piedras, y hablar con unos y otras, buscando en las fuentes que antes manaron la vida hispánica los elementos

de una nueva y esplendorosa corriente vital.

Si me encanta el viajar, no me dan menos deleite las referencias que de sus excursiones por estas tierras hacen los flamantes ingenios contemporáneos. De algún tiempo acá se ha generalizado la afición á escribir viajes, y bien puede decirse que no hay país en el mundo que aventaje á nuestra península en la variedad y riqueza de materiales para esta clase de literatura. Así como es España federación de climas, lo es de paisajes, de arquitecturas, de caracteres geográficos y humanos. En ninguna parte se ven como aquí montes tan abruptos, planicies más desesperantes, territorios en que la feracidad espléndida confina con la desolación infecunda. En la sociedad pobladora vemos asimismo Norte y Sur,

costa y mesetas, que ofrecen extraordinaria y pintoresca variedad de fisonomías y costumbres. Es España el país de los viajes, un libro de amenidad y entretenimiento para toda persona de espíritu artístico, que sepa incluir entre las emociones ambulatorias las lentitudes y molestias de la locomoción.

El ilustre escritor Emilio Bobadilla, que me honra mucho dejándome fijar estas leves páginas en el pórtico de su bello libro VIAJANDO POR ESPAÑA, es además de crítico y novelador ingeniosísimo un viajero delicioso. A la exactitud descriptiva une la riqueza de imaginación y la gracia y pureza del lenguaje, y estos primores van engarzados en el hilo áureo de una sinceridad que tanto nos encanta como nos desconcierta. Con gran desahogo sobrepone su criterio per-

sonal al de los viajeros que le han precedido en estas románticas tierras; se burla de muchas cosas que por rutina hemos dado en llamar venerandas, y gusta de pisotear las tradiciones, sacrificando á la verdad escueta la vaga poesía. Espíritu analítico, enamorado de la ciencia, erudito, busca entre las ruinas la perdida joya de la verdad sin curarse del jaramago amarillo que festonea las piedras mohosas.

Visita *Fray Candil* las cuatro urbes castellanas de más rancio abolengo, Burgos, Valladolid, Salamanca y Toledo. Le faltan Avila y Segovia, que también tienen lo suyo, y en interés arqueológico no desmerecen de sus vetustas hermanas. El viajero prefiere á los vestigios monumentales las sombras de las figuras históricas que vagan entre palacios y mo-

nasterios, y en las negras calles tortuosas. Como psicólogo bien documentado y hondo, evoca las almas y cuerpos del Cid, de D. Juan II y su corte, del Marqués de Villena, de D. Alvaro de Luna, del descubridor de América, y pone gran empeño en restaurarlas á nuestros ojos como realmente fueron; empresa no fácil, por la mezcla y confusión de los hilos poéticos y los hilos históricos en el tejido de nuestro conocimiento. Bobadilla da de lado á la leyenda; pero ésta se adelanta y le corta el paso, obligándole á transigir con la mentira popular, sin perjuicio de perseguir con ahinco la clara faz de los hechos.

El capítulo *Salamanca* es uno de los más hermosos del libro de Bobadilla. La entrada en la fonda, la desnudez y frialdad de las habitaciones, la tristeza del

viajero, son trazos iniciales en el lienzo que pronto ha de ser excelente pintura. La primera impresión que el viajero recibe y transmite al recorrer la ciudad clásica, exornada con tantos primores arquitectónicos y con la pátina ó matiz áureo de sus piedras cinceladas, le acredita de consumado observador y colorista. Describe admirablemente la Catedral Nueva, de opulenta y lozana arquitectura; la Catedral Vieja, de complexión románica, austera como el dogma; la Universidad, en cuyos muros brilla toda la gala del Renacimiento, con exquisiteces voluptuosas y grácil hojarasca; los palacios y monasterios, feliz combinación de la severidad y la elegancia. En toda la monumentalidad salmantina se advierte la ciencia engalanada con la erudición greco-latina. Es

una ciudad que parece ha debido su ser al estudio de las Humanidades: empieza en la teología y filosofía, y acaba en la retórica. *Monterrey* es un prodigio de elegancia: su arquitectura está cuajada de sonoras rimas. La *Casa de las Conchas* ofrece un modelo de composición romántica con pie forzado. En San Esteban vemos una joya plateresca con asomos de pedantería. El Colegio de Irlandeses guarda en su belleza mayor compostura y austeridad; el de San Bartolomé quiere ser tan clásico que resulta fastidioso; la Clerecía, en fin, cuartel general de los Jesuítas, abandona, en su enorme corpulencia maciza, los floreos retóricos y se espacia en un bárbaro prosaísmo.

Firme en su honrado propósito de turista sincero, Bobadilla recorre las par-

tes más interesantes y pintorescas de la ciudad. En San Esteban dedica frases rápidas á los sepulcros del gran Duque de Alba y del canonista Domingo de Soto; hace mención desdeñosa de los dominicos que sometieron á un examen teológico y científico, á su manera, los planes geográficos de Cristóbal Colón. En las Tenerías, próximas al Tormes, descubre la que se supone casa y taller de la barbuda *proxenetes* Celestina, y ante el monumento literario que tal nombre evoca, explaya toda la sutileza de su fecundo ingenio. Después nos da una graciosa y exacta pintura de la vida estudiantil en los tiempos gloriosos de la Universidad, vida pintoresca y bulliciosa, que se ha ido desvaneciendo hasta quedar en la desaborida uniformidad de la familia escolar en nuestros días.

En la gran Toledo, emporio de la monumentalidad española, tesoro y museo de vestigios gloriosos, termina Bobadilla sus amenas andanzas. Con rápido paso visita y observa las preciosidades arqueológicas, así en el murado recinto como en los arrabales de la ciudad. Sin duda el turista dispone de poco tiempo y no puede retrasar la hora de su descanso. Sofocado y sudoroso sube las polvorosas cuestas, desciende á la Vega, vuelve á subir, atraviesa los dos puentes, da un vistazo á los cigarrales bajo un sol ardiente que dora los campos amarillos, acentúa con duras líneas el contorno de los muros y el perfil de las personas, y derrite los sesos del viandante lanzado por su curiosidad artística á una investigación presurosa. En su ambulación precipitada, nada se le

escapa, nada se le pierde; abarca toda la inmensidad de la Catedral en su complejo recinto lleno de incomparables maravillas; contempla la grandeza interior y externa del Alcázar, examina la joya arquitectónica de San Juan de los Reyes, las dos Sinagogas, los interesantes conventos de religiosas claustradas, el Cristo de la Luz, el Hospital de Tavera, las magnas obras del Greco, y en su retina recoge y guarda aquel compendio de las artes hispánicas para trasladarlo á un hermoso libro que será el encanto de los lectores de España y América. El primer lector que ha saboreado estas vibrantes páginas se permite aconsejar á Emilio Bobadilla que no ponga, con el presente libro, punto final á sus viajatas, y que se arriesgue á penetrar, afrontando molestias y sofoqui-

nas, en los escondrijos más interesantes de la historia de estas tierras centrales: Tordesillas, Olmedo, Coca, Arévalo, Madrigal, Piedrahita, Cuéllar, Peñafiel, Aranda, Salas, Briviesca, Oña, Medina de Pomar y otros lugares que encontrará en su vago camino. Con lo que vea en ellos, y lo que ha visto y estudiado ya en las urbes modernizadas, completará su gallarda peregrinación castellana.

B. Pérez Galdós.

Madrid, Marzo 1910.

De París á Burdeos.

I

Salgo á las once y media de la mañana por el «Quay d'Orsay.» Una bruma ligera, inseparable del clima francés, envuelve los campos y obscurece el horizonte. La tierra es feraz. Las casas carecen del colorido de las de Suecia y Noruega, que son verdes, rojas, gualdas. Aquí y allá manzanos en flor, que diríase cubiertos de escarcha. Salpican la maleza margaritas de oro. El cielo se anubarra, el paisaje se entristece y empieza á llover. De pronto sale el sol y todo vuelve á sonreir. Enormes montañas de heno que la lluvia ha vuelto compactas y de un amarillo de ictericia, descuellan en la pradera herbífora. Las aldeas se suceden aisladas entre sí por arboledas en que predominan los castaños y los manzanos en flor. No se ve un pedazo de tierra inculta. Cae otro chubasco y los primeros verdores de la primavera brillan esponjosos y frescos. El tren se detiene en Etampes, junto á cuya estación asoman, entre frondosas lilas, las tumbas y las cruces de un diminuto cementerio. Un torreón en ruínas se lamenta solitario entre castaños floridos. Sigue lloviendo á

chuzos. El tren echa á andar. El sol sale de nuevo, abrillantando unas llanuras herbosas como las de Holanda. Un mísero molino gira en la uniformidad del llano. Por la carretera se derrama un rebaño de ovejas bajo la dormida vigilancia de un pastorcillo y de un perro muy peludo. Seguimos. En pleno campo maniobran unos artilleros. No lejos, se ve una «roulotte» de gitanos que guisan al aire libre. El trágico relato de *Miarka*, de Jean Richepin, acude á mi memoria y me parece asistir á aquel parto horripilante que con pluma tan naturalista describe el fastuoso novelador. Escampa. El paisaje adquiere una melancolía insinuante. El medio físico—reflexiono—«destiñe» en el alma de sus habitantes. El cielo gris, la luz sorda, la llanura de un verde pálido, monótona, están en armonía con la ternura, la sociabilidad, la ligereza y el escepticismo francés. En Francia, en «la dulce Francia,» como dice *La Canción de Rolando*, predomina la literatura clásica, generalmente analítica, melancólica, sin hondas desesperaciones; la poesía erótica, frívola, á veces prosáica, sin ese mar de fondo que singulariza á ciertos poetas británicos; el lienzo sin luces crudas, sin contrastes violentos (Delacroix es una excepción); el sentimentalismo epidérmico, tornadizo, sobre cuyas lágrimas aparece simultánea una sonrisa irónica; la «causerie» ingeniosa, veladamente libertina, que mariposea á flor de piel sobre todos los asuntos, sin fijarse en ninguno, como una brisa que sacude, sin deshojarlas, las flores de un jardín...

Para el meteorólogo—observa Foissac—el clima de Francia es el clima templado por excelencia, no sólo por lo que se refiere á la regularidad de las estaciones, sino por lo que se refiere á sus productos vegetales (1). Es un clima uniforme y dulce—añade,—propicio á la labor intelectual.

El tren se para en Blois, una de las ciudades más antiguas de Francia, en cuyo famoso castillo puede estudiarse la evolución de la arquitectura francesa del siglo XVI al XVII. En el castillo, que se levanta sobre una colina, fué asesinado el duque de Guisa, y en uno de sus cristales escribió François I.er con un brillante las conocidas palabras:

«Souvent femme varie.
Bien fol est qui s'y fie.»

Bajo el cielo plomizo ondula sereno, sin un murmullo, un ancho río entre franjas de verdura. El color episcopal de las lilas, la blancura nívea de la flor del castaño, fraternizan con el verdor sonoro de las hortalizas y los yerbazales, salpicados á trechos por el rojo cardenalicio del trébol. La tierra jocunda despierta á las caricias de oro de Mayo. A lo lejos culmina el castillo de Chenonceau, á orillas del Loira, con sus torrecillas obscuras y sus espesos bosques.

Entramos en la «Touraine,» el *jardín de Francia*. Una lluvia oblicua asaetea con ráfagas hu-

(1) Análoga observación respecto de Italia ha hecho un autor italiano.

meantes el panorama. En el horizonte las arboledas fingen montañas de un violeta transparente. El Loira baña majestuoso esta espléndida región, en que menudean los castillos históricos. Llegamos á Tours, capital de la Touraine. Da gusto oir el francés puro que aquí se habla. Se creería estar en pleno siglo XVIII.

El paisaje carece de sorpresas. No hay una montaña, ni un torrente, nada que acuse trepidaciones nerviosas de la naturaleza. Todas son heredades cultivadas con amor y esmero. Junto á la tierra en barbecho, color de chocolate, un plantío; junto al plantío una huerta, y todo regado por ríos que se bifurcan en canales y acequias. ¿Cómo no ha de ser productiva esta tierra, si á los cuidados del hombre se añade lo lluvioso del cielo?

Llegamos á Poitiers, vetusta ciudad de fisonomía monacal. Aquí se dió la célebre batalla, descrita por Froissart, en que los ingleses salieron vencedores. David Hume la consagra, en su *Historia de Inglaterra*, páginas elocuentemente frías. Las casas se empujan subiendo y bajando, y pedazos de viejas murallas con torreones cubiertos de hiedra, nos hablan de un pasado muerto.

La vegetación, copiosa y huraña, se desborda con ímpetu por el llano y las colinas. El tren se mete en un túnel. Una vieja inmóvil y triste vigila un rebaño de cabras de revuelto pelambre. Estamos en un país agrícola, en un país próspero, en que la tierra parece sangre coagulada. Es una

tierra generosa, que no exige del hombre grandes esfuerzos.

Nos detenemos en Saint-Saviol. En el andén se amontonan unas cestas llenas de cabritos atados por las patas, que lloran y se lamentan como niños. Algunos parecen muertos, y lo están de miedo y de frío. Un hombre coge por las patas á los que tratan de escabullirse y les tira en el suelo con la impasible dureza del verdugo. ¡Pobrecillos! Me da lástima verles cautivos, sin defensa posible, brutalmente separados de sus madres, y me explico el horror de los vegetalistas por los que comemos carne. Pero mañana, ¡con qué placer gastronómico les devoraré al verles en la mesa sabrosamente sazonados! ¿No me comerán á mí los gusanos mañana? Seamos sentimentales; pero comamos.

Arranca el tren y aún se oyen sus lastimeros balidos que piden socorro.

A las siete llegamos á Angulema, famosa por sus papelerías. Cae la noche, una noche negra y húmeda. Todo es una mancha. De cuando en cuando pestañea á lo lejos una luz. Durante largo trecho desfilan mortecinos faroles esparcidos á la ventura. Estamos en Burdeos. La pereza meridional empieza á sentirse. Tenemos que aguardar cuarenta minutos á que una locomotora nos traslade á la estación de San Juan, de la que distamos diez minutos. No me explico á qué responde esta pérdida de tiempo. Han dado las diez de la noche y ni sospecha de locomotora.

II

Frente á la estación tomo el tranvía, que me conduce á la «Place Tourny.» Me apeo y cojo por la avenida de Tourny—que tiene mucho del «Salón del Prado» de Madrid,—en el centro de la cual perora un Gambetta de mármol. La avenida concluye en el teatro de la «Comedia,» uno de los mejores de Francia.

Son las once de la noche y apenas se ve alma viviente por las calles. Tuerzo por el «Cours de l'Intendence,» ancha, recta y larga arteria alumbrada por dos filas paralelas de candelabros de gas. Las calles transversales están desiertas, y los cafés principales, vacíos. Por lo visto, Burdeos no es ciudad nocherniega.

Me levanto á las once de la mañana. No: Burdeos no es limpio. Lo advierto al subir al tranvía y ver que no le han barrido; lo advierto en las caras y en las manos de la gente. Pero ¿qué ciudad del Mediodía resplandece por lo pulcra? La verdadera limpieza hay que buscarla en los pueblos del Norte. El tranvía atraviesa anchas calles en que noto también falta de aseo. ¿Deberemos achacar al catolicismo este desaliño personal y urbano? Me bajo frente á la estatua de Tourny—á quien debe Burdeos muchas de sus avenidas y plazas,—y tomo por el «Cours du jardin publique,» hermosa calle de suntuosos hoteles particu-

lares. Entro en el parque, pletórico de corpulentos árboles, entre los cuales resaltan las flores blancas y casi bermejas de los castaños en flor.

¿Dónde está la población de Burdeos? Anoche á las once no había un bicho por las calles; hoy, á las once de la mañana, tampoco. En un estanque nadan patos de raro y vistoso plumaje, cisnes blancos y negros. Me llama sobre todos la atención, uno que parece pintado: tiene el cuerpo ebúrneo, la cabeza negra y el pico rojo.

Luego de pasearme por el jardín me encamino á la «Place de Quinconces,» en medio de la cual se enhiesta el magnífico monumento de los Girondinos, que recuerda la «Victoria» de Berlín. En el extremo de una columna de mármol, que descansa sobre ancho pedestal, abre sus alas una Gloria de bronce. Un gallo de oro canta, batiendo las alas, en la base de la columna. La inscripción es muy sencilla y desmiente lo hiperbólico del temperamento meridional: «A la mémoire des Girondins.» Dos enormes fuentes laterales, con tritones y figuras simbólicas, vierten raudales de agua. ¿Quién no ha leído la *Historia de los Girondinos*, de Lamartine, tan brillante como plagada de errores, en que se aceptan sin crítica leyendas como la del banquete epicúreo de los Girondinos, que no tiene más realidad objetiva que la que le dió el pincel de Delaroche?

En esa misma plaza hay una enorme estatua de Miguel de Montaigne con esta inscripción: «Montaigne: 1533-1592.»

El célebre «ensayista» está en pie, envuelto en un manto, con un libro en la mano derecha. Su cabeza pensativa y sólida, sus ojos que miran á lo lejos, no desmienten el epicúreo abandono que perfuma sus *Ensayos* y justifican la observación de Brunetière, de «que la preocupación de su vida fué sustraerse al horror de la muerte.»

Frente á la suya está la estatua de Montesquieu, el famoso autor del *Espíritu de las leyes* y de las *Cartas persas*, libro este último que diríase una prolongación de los *Caracteres*, de La Bruyère. Dos grandes columnas rostrales cierran la plaza, mirando hacia el puerto, en que se mueve el Garona bajo las quillas de los barcos.

Andando de ceca en meca llego á la plaza de Richelieu. ¡Oh sorpresa! No es la estatua del «Cardinal rouge» quien la adorna, sino... la de Carnot. El infortunado presidente que murió á manos del anarquismo, está de frac. ¿Cabe algo más ridículo? Parece un «maître d'hôtel.»

Me fijo en los transeuntes. Los hombres son generalmente muy morenos, flexibles y de andares lánguidos. Las mujeres son también muy morenas ó pálidas y pecosas, con cabellos de zanahoria. Su hablar es dulce. Pronuncian todas las vocales como si cantaran. Es una prosodia que lastima el oído, sobre todo cuando se viene de París, donde se habla un francés untuoso, suelto, rápido, elíptico.

Entro en la catedral, de estilo gótico, que mueve á risa cuando se han visto las de Colonia y

Milán. Tomo un coche, y al pasar por la «Faculté» me bajo para ver la tumba de Montaigne, que está en el vestíbulo, con largas inscripciones laterales en latín y griego. El sepulcro, desde el punto de vista artístico, vale muy poco. El cochero me lleva hasta el «Parque Bordelais,» apacible, solitario y muy arbóreo.

Recorro la ciudad en todos sentidos. En general es sucia y huele á provincia. Tiene callejuelas obscuras y tristes como Madrid. Hay buenas casas, espléndidas avenidas sombreadas de castaños de flores blancas como la nieve y ligeramente encarnadas como el coral. No hay granujas y mendigos en las calles. Es una ciudad rica, de mucho comercio, en particular con la América del Sur, fabril y agrícola. ¿Quién no conoce los famosos vinos de Burdeos?

Mientras me traen el almuerzo (estoy en el «Café de Bordeaux,» frente al teatro de la «Comedia»), leo algo relativo á la historia de esta ciudad. Desde el siglo II fué un centro comercial importantísimo. Poseía una gran colonia de orientales, y el griego se hablaba corrientemente en todas partes. Durante la Convención tomó la defensa de los Girondinos.

La plaza comienza á animarse y suspendo la lectura para ver lo que no hallo en los libros. Si la mayor parte de los viajeros—más atentos á las guías que á las cosas—me imitasen... Pasan coches, automóviles, bicicletas... El aspecto de la ciudad (al menos en esta parte) ha cambiado

de pronto. Elegantes mujeres atraviesan solas y á pie la avenida de Tourny. Noto muchas cabelleras de fuego, mucho cuerpo dúctil, sandunguero, de andares criollos. En el café no se oye más ruido que el que forma el dominó sobre los mármoles. ¿Dónde estará la exaltación meridional de que tanto se habla?

Acabado el almuerzo—un almuerzo suculento y módico,—me dirijo á la «Tour Saint-Michel.» El guardián me acompaña al subterráneo. A la luz trémula de su linterna, un espectáculo macabro, junto al cual palidecen las pesadillas de Goya y las alucinaciones de Edgard Pöe, me crispa los nervios, me revuelve el estómago. Horripilantes momias se alínean en pie junto al muro, apoyadas en un madero. He visto muchas momias en Londres, en Berlín, en París; pero no de un naturalismo tan nauseabundo. Parece imposible que la osamenta humana se degrade en términos de adoptar las formas más viles, las expresiones más hórridas, las posturas más convulsivas. ¿Quién puede hablar de inverosimilitud después de haber visto esta ronda lúgubre de huesos y pergaminos que ríen sardónicamente, que se retuercen, que bostezan, que aullan, que se desquijaran en muecas inconmensurables, que se encorvan en epilépticas contorsiones, que se hinchan, que se desflecan en jirones filamentosos, que piden misericordia con trágica desesperación...?

—Fíjese usted—me dice el guardián (que, entre paréntesis, vive en intimidad con estos fantas-

mas de cuero)—en esa familia. Son seis y todos murieron envenenados con «champignon.»

—Pero ¿qué me dice usted de ese infeliz que, por las trazas, fué enterrado vivo, probablemente durante un acceso de catalepsia? Sus piernas, torcidas hacia adentro, parecen alambres quemados; sus manos se crispan como garras; la cabeza, vuelta hacia atrás, diríase escapada violentamente de la horca; su cara irradia un espanto que espeluzna.

—Esa es una negra. Conserva la mandíbula, ancha y salediza; la lengua y el labio inferior grueso y sensual. Ese es un militar muerto en un duelo. Fíjese usted en la herida que tiene en el costado derecho. Ese otro murió de tisis laríngea. Vea, vea usted cómo tiene la garganta. Es una caverna.

—Este, por lo visto, fué cura. Lo digo por los pedazos de la sotana que aún le cubre y lo místico de la expresión. ¿Y esta vieja que sólo tiene un ojo y la peluca?—¡Vaya usted á saber! Muchas de estas momias tienen cuatrocientos años. Tóquelas, tóquelas usted en el vientre.—Las toco y suenan como un tambor.—¿Y ésta de los pechos aplastados como vejigas sin aire?—Tal vez fué una nodriza.

¡Qué olor á polvo húmedo se exhala de estos despojos miserables, de estos despojos que vivieron un día, que lucharon, que tuvieron odios, amores, sueños, esperanzas, alegrías y tristezas como nosotros! La muerte nos asusta por lo enig-

matica; pero, como dijo Bacon, la desesperación se refugia en ella, el heroísmo la desafía, el amor la desdeña, la venganza la busca, la fe la abraza con delicia...

Del Museo de pintura poco, muy poco puedo decir, porque pasé por él como una sombra. Recuerdo, no obstante, algunas obras de la escuela holandesa tan buenas como las que ví en Amsterdam y en Harleem.

Salgo de Burdeos á las cinco de la tarde. El campo es una viña sin fin. Me quedo dormido hasta llegar á La Mothe. Empiezan los pinos, «esos habitadores salvajes de las florestas y las costas infecundas,» como les llama Taine. Las landas extienden su rota alfombra de malezas. El tren corre vertiginoso. La noche se apropíncua; una noche tenebrosa, pulmonífera. A las nueve llegamos á Bayona. Pasamos por Biarritz, por San Juan de Luz, por Hendaya y me bajo en Irún á las diez de la noche, perseguido aún por la pesadilla de las momias de Burdeos.

Irún, Mayo 1906.

Fuenterrabía.

I

Un tranvía de sangre, diminuto y nervioso, me traslada en un dos por tres, con meneos y rebotes cerriles, de Irún á Fuenterrabía. La mañana es algo fría y lluviosa, pero clara. Trapos multicolores ondean en los balcones de las casas. En el campo, feraz y jugoso, aran y siembran robustos abriegos. Por la carretera suben y bajan, como flexibles canéforas, rollizas mujeres, con cestos y líos de ropa en la cabeza.

Van descalzas ó con alpargatas. Son generalmente rubias, blancas y rozagantes, ojizarcas, de seno turgente y maternal cadera. Suben y bajan chiquillos sanos y pulcros y fornidos mozos de boína que van hablando en vascuence. Todo respira salud y bienestar.

El caserío rojo de Hendaya franjea el horizonte entre manchas de verdura que fecundizan las aguas del Bidasoa. Un paisaje sin agua es como un rostro con los ojos cerrados. El agua le comunica movimiento, como los ojos, al abrirse y cerrarse, dan expresión á la fisonomía.

Las golondrinas, las primeras que vienen en busca de sol, revolotean piando y sin rumbo alrededor de los aleros y de los árboles. No previeron el tiempo que las aguardaba.—¿Cómo—parecen decirse—frío y lluvia á fines de Mayo y en España?

Me apeo en la Alameda y me paro ante la puerta monumental que da acceso á la calle Mayor.

Como yo conozco la historia de este heróico pueblo de pescadores, el recuerdo de su célebre sitio en 1638 por los franceses, acude á mi memoria. Viajar no es sólo ver, es evocar. Quien ignora el pasado de un pueblo, mal puede apreciarle.

La ciudad no estaba entonces preparada para resistir el asalto del ejército de Condé. Sus murallas—hoy en ruínas—eran las mismas que en tiempos de Felipe II. Al acercarse los sitiadores, cien mujeres, armadas de arcabuces, se ofrecieron al gobernador para defender la plaza. Sesenta y nueve días de lucha no lograron rendirla. Consumido el hierro y el plomo, se apeló al peltre de las cocinas y á la plata para forjar proyectiles.—«Tienes una hija—dijo Condé al alcalde Diego Butrón,—y una vez tomada la ciudad será víctima de los ultrajes de la soldadesca. Lo mejor que puedes hacer es capitular.»—«Mucho confías en el triunfo de tus armas—le contestó el intrépido alcalde;—pero yo tengo un brazo y una espada con que sabré defender mi hogar y mi honra.»

El denuedo de Butrón—que mereció haber vivido en la Atenas de Temístocles—impulsó á to-

dos los vecinos á llevar la plata y el oro que tenían en sus casas á un sitio adecuado para fundir metales. Las mujeres arrojaron en él, con arrogancia numantina, todas sus joyas, y hasta los utensilios domésticos se transformaron en armas ofensivas.

El bombardeo fué tremebundo. Apenas si quedó casa en pie. Fuenterrabía sólo contaba con cuatrocientos defensores entre militares y paisanos. Los franceses, á pesar de su arrojo, fueron vencidos, perdiendo mil quinientos hombres—muchos ahogados en el río,—ochenta banderas, veinticinco piezas de artillería, armas, bastimentos y alhajas. El general francés, con el resto de sus fuerzas, atravesó rápidamente el Bidasoa, entre dos luces...

El pueblo de Madrid, al saber la noticia de la victoria, arrolló la guardia real, felicitando en persona al monarca. El conde-duque de Olivares, que, lejos de ayudar á los sitiados, hizo cuanto pudo por abandonarles al invasor, fué premiado con largueza: se le nombró gobernador perpetuo de Guipúzcoa, señalándosele doce mil escudos de renta al año. En cambio, á los que riñeron con bravura les escatimaron los honores y las recompensas...

Felipe IV concedió á Fuenterrabía el título de «muy noble, muy leal y muy valerosa,» que ostenta en el escudo de la puerta principal.

II

La calle Mayor, angosta y sombría, trepa hasta la iglesia, agarrándose perezosamente á dos ringlas de balcones multiformes. Cada una de estas casas tiene su historia, que cuentan Lope de Isasti y otros analistas locales. Cada una de estas casas tiene su fisonomía arquitectónica particular. La una es alegre, comunicativa; la otra, austera, taciturna. El balcón de la una es de madera pintada de verde, con tiestos de flores; el de la otra, cobijado por un techo ricamente esculpido, que sombrea la calle, es de hierro repujado, á cuyas retorceduras se prende la hiedra. Al uno se asoma una cabeza rubia; al otro, unos ojos negros que espían... El uno se esconde tímido; el otro saca el pecho fuera como para oir lo que se habla en el arroyo.

En una de estas casas, la más pintoresca de la calle Mayor, que por su estilo debe de ser del siglo XVII, vivió el célebre alcalde Butrón. Aunque no soy arqueólogo me fijo en un palacio de piedra, del más puro estilo renaciente con algo del arte flamenco. Su puerta monumental, tachonada de gruesos clavos estelares, ostenta dos columnas acanaladas de orden toscano, que soportan un frontón de rampantes rotos. Este hermoso palacio, en que fueron recibidos por Diego Butrón, para

firmar la paz, Condé, Saint-Simon y Lavalette, está hoy convertido, mitad en posada, mitad en pocilga.

«¡Así pasan las glorias de este mundo!»

De pronto, desgarra el silencio medioeval de la calle dormida—dormida bajo un cielo de añil—el grito agudo de una vendedora de sardinas. Mujeres de luto van saliendo de lóbregos zaguanes y entrando, una tras otra, como un hormiguero, en la iglesia. En medio de la calle está la alcaldía, bajo cuyas arcadas baila el pueblo los domingos al son del «flajolé» y del tamboril. En la esquina de la calle de las Tiendas, mirando de soslayo el pórtico de la catedral, saca su vientre la casa de Arsu, toda muro, roto aquí y allá por caprichosas celosías. Es robusta como una fortaleza y triste como un convento. ¿Quién era este Arsu? Según el historiógrafo Lope de Isasti, «un hombre valeroso, muy estimado de los reyes de Navarra, á quien estuvo encomendada un tiempo la provincia de Guipúzcoa.» Mató bajo su tienda de campaña á cinco caballeros franceses, motivo por el cual el rey le hizo noble.

Cortando la calle de las Tiendas, serpentea silenciosa la de Pampinot, la más original de Fuenterrabía. Diríase una calle del Cairo. De sus viejos balcones cuelgan toda clase de harapos. Es una calle desierta que huele á olvido y á bergamota. Un hálito de vetusta poesía, de oriental deja-

dez, se desprende de sus puertas desvencijadas, de sus paredes musgosas, de sus balcones torcidos y abandonadamente cerrados. No es una calle dormida como la calle Mayor; es una calle decrépita á la que nunca llega el sol.

La techumbre de uno de sus balcones, de artísticos dibujos, se alarga tres metros sobre la calle como un medio puente. En la penumbra de un piso bajo, un carpintero cepilla una tabla, mientras su mujer, sentada sobre la viruta, amamanta un niño. ¡Qué modelo para una «Santa familia» interpretada á la moderna! En vano trato de fijarme en algunas fachadas. Lo estrecho de la calle me lo impide. Paso por la callejuela del *Sol*, florida y ruinosa, y llego á la de Ubilla, también de fisonomía oriental, en que lloran unos viejos muros leprosos de hiedra.

> «Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora,
> campos de soledad, mustio collado...»

fueron un tiempo... el palacio de Ubilla, uno de los héroes del memorable sitio de 1638. Era una noche obscura. Ubilla, con unos cuantos valientes, atravesó las filas enemigas, que ocupaban los montes, para socorrer á los sitiados. Con andar felino, sin respirar apenas, se deslizó sobre la hierba y el fango, y transmitiendo sus órdenes por la presión de las manos—telégrafos de carne,—llegó al puente de Mendelo. No advirtió que la marea subía. Con el agua casi hasta el cuello, mandó á

los suyos detenerse y aguardar con las escopetas en vilo á que el mar se retirase. Tres horas pasaron medio sumergidos, petrificados y ansiosos, con las cabezas expuestas á las balas del invasor. El escopetazo de un soldado irlandés, que confundió una sombra con un enemigo, despertó á los centinelas franceses. Una lluvia de balas dispersó á Ubilla y á sus compañeros, de los cuales los más perecieron ahogados. El rey le ennobleció en recompensa de aquella noche heróica de indecibles torturas.

Vuelvo á la calle Mayor y me detengo ante el pórtico de la iglesia, que es una mezcla de estilo gótico y del Renacimiento. Es el único edificio de Fuenterrabía que ha resistido incólume á los odios de los hombres y á la destrucción del tiempo.

Atravieso un callejón que costea la iglesia y desemboco en la calle del Obispo, entre los intersticios de cuyo revuelto empedrado crece la hierba. Los gatos se deslizan por el arroyo, y al verme, huyen trepando por las tapias ó escurriéndose bajo las rejas. En el fondo, junto á unas ruínas festoneadas de hojas, culmina un edificio secular cuya nobleza atestigua un gran escudo incrustado en la arista de la fachada; tiene, como las granjas primitivas, una maciza escalera exterior de piedra, que se conserva intacta. Por sus ojos ojivales y pequeños se asoma sigilosamente la Edad Media. Es la casa de Etchebestenea. En sus paredes, veteadas de musgo, se ven las huellas de los mosquetes y los arcabuces. Un gallo canta en la leja-

nía, y un ciego, al son de la guitarra, desgrana en la melancolía de la calle dolientes coplas que nadie oye...

III

El palacio de Carlos V se levanta al Norte de la iglesia, al fin de la calle Mayor. El muro que mira al Bidasoa, henchido de plantas trepadoras, es mucho más atractivo para el artista que para el arqueólogo. En vano se buscaría bajo el espesor de la hiedra el menor indicio escultórico. Es un edificio severo que recuerda el palacio con que el propio Carlos V profanó la Alhambra. La inmensa pared que limita la plaza de Armas es de una austeridad monástico-guerrera.

¡Cuántos recuerdos gloriosos nimban su frente surcada de cicatrices y ennegrecida por la pólvora! Un patio cubierto de ruínas separa los dos castillos: el uno, elegante y esbelto, en que pasaban los calores estivales los reyes de Navarra, y el otro, brutalmente defensivo, en que el César, más atento á su persona que al arte, se amurallaba del enemigo... ¡Oh, voz sugestiva del pasado! Sus viejas murallas parecen resonar todavía con el cantar de los Cántabros, con las alegrías de los amores de Sancho Abarca... Bajo sus bóvedas, á lo largo de los anchos corredores, dormitan centenares de soldados esperando de un momento á otro la orden de hacer fuego.

Desde la cumbre del edificio un panorama deslumbrador me absorbe. De un lado los Pirineos, las aristas graníticas de Aya, las redondeces de Biande, las colinas de San Marcial; luego los valles risueños de Rentería y de Oyarsun; luego la luminosa isla de los Faisanes, célebre por haberse reunido en ella las comitivas francesas y españolas cuando el enlace de Luis XIV con la hija de Felipe IV; luego el Bidasoa, que se quiebra culebreando entre verduras y flores. Del otro lado, entre verjeles y bosques de hayas, vetustas viviendas vascas. Más allá, los agrios picos de San Telmo, y, por último, el mar, un mar de esmeralda que tiembla bajo las caricias del cielo azul...

Mayo 1906.

Por los Pirineos.

I

Un norte-americano, amigo mío, me invita á ir de Biarritz á San Sebastián en automóvil.

—Prefiero el tren—le digo.—¿Tiene usted miedo? ¡De algo hemos de morir!—Vacilo; pero al fin me meto con él en aquella á modo de langosta rodadiza. El automóvil es rojo.

Aprieta la pera de goma de la bocina y salimos disparados entre una nube de polvo. Aquí aplastamos un pollo; allá sorteamos una vaca que se queda mirándonos con inquisitiva sorpresa. El vehículo se tuerce y endereza simultáneamente como el pensamiento de Nietzsche. Una campesina, al oir la trompeta, se incrusta, como una cariátide, en un pedazo de pared. Los perros huyen con el rabo entre las piernas y luego nos ladran. Los granujas nos gritan. Un labriego simula tirarnos piedras. Otro nos injuria. Los árboles giran á nuestro paso como en una borrachera. A cada cambio de velocidad el vehículo trepida, traquetea y zumba como una mosca enorme presa en la tela de una araña. El viento nos azota la

cara; el polvo se nos mete en los ojos, en la boca y en el pelo, y yo experimento cierto sordo prurito criminal. Quisiera ir aplastando pollos, perros, pollinos, viejas... y, de paso, aplastarme yo mismo.

La tensión de mis nervios me impide ver el paisaje. Me figuro que corro entre dos cinematógrafos, entre dos filas de muecas extrañas. Al llegar á la frontera española se nos atraviesa un carro de basura lleno de gitanos: mujeres y niños churrientos que nos piden limosna. Una de las gitanas me recuerda la sibila Cumea, de Miguel Angel.

***

San Sebastián es una ciudad moderna, de calles rectas, asfaltadas y limpias (gracias á su excelente Municipio), al revés de las de Biarritz, que son corcovadas y tortuosas. San Sebastián tiene una avenida de la Libertad que puede competir, de noche sobre todo, con la avenida de la Opera, de París, y no exagero. En Biarritz no hay un paseo como el de la Concha, sembrado de suntuosas quintas blancas á orillas del mar; pero—y váyase lo uno por lo otro—hay magníficos hoteles y pensiones.

Biarritz es una ciudad de lujo y placer, «rendez-vous» de una muchedumbre cosmopolita, entreverada de «rastás.» San Sebastián es más campo, es más democrático, con todo de ser la residencia veraniega de la corte.

Viniendo de Biarritz—no mintamos—huele á cursi. Aquí no se ve la gente obligada á vestirse dos ó tres veces al día. Vienen pocas «femmes de proie»—la peste de Biarritz—á deslumbrarnos con sus «toilettes» llamativas. Tampoco vienen Pranzinis de frac. En Biarritz predomina el artificio: de cada rincón se ha hecho un «petit paradis.» En lo social reina no sé qué de ceremonioso, que á mí, que odio la etiqueta, me encocora.

En vano se buscaría en la ciudad española el refinamiento, la «pourriture exquise» que se pasea en Biarritz á la luz de un sol sevillano. La antigua residencia imperial tiene tres playas, á falta de una. Pero ¿acaso la Concha de San Sebastián no puede rivalizar, por lo espaciosa, con la playa de los Vascos?

Lo que sorprende en San Sebastián, como en Berlín, es el derroche de luz eléctrica. La casa más humilde permanece encendida hasta el alba, desde el zaguán hasta la buhardilla. París mismo, la «ville lumière»—pura metáfora,—envidiaría á San Sebastián su alumbrado. Yo no sé de calles más fulgurantes que la avenida de la Libertad, el bulevar y la Zurriola. A cada cinco pasos centellea una bomba eléctrica. ¿Para qué, si á partir de las diez de la noche—ahora, á principios de otoño—no se ve un gato por las calles?

II

Un tranvía eléctrico me encarama en el Monte Ulía. Desde arriba se abarca la ciudad con sus tejados rojizos. La plaza de toros remeda un inmenso salvavidas.

El sol relampaguea en las crestas de las montañas, en los valles con sus casitas de ladrillo, en la vasta lámina azul del mar. El tren se desliza entre los árboles. Una bruma lechosa rodea las lejanas cumbres, que se montan las unas sobre las otras como los dientes de un degenerado. ¿Quién no imagina tener ante los ojos un paisaje suizo?

El sol quema y en el restaurante no hay una mesa libre. Echo una última ojeada sobre aquel valle fértil, jugoso y risueño, y me vuelvo al tranvía.

Hoy no me siento poeta. Verdad es que mi lirismo coincide con la caída de la tarde. El mucho sol me amodorra, me interrumpe la vida de relación. Me siento más árbol que hombre. Es posible que así vivan los vegetales, atentos sólo al sordo deslizarse de la savia por sus fibras. El tranvía va bajando por aquel tajo escabroso entre ráfagas de aire silvestre y marino, espolvoreado de lentejuelas de plata. La luz canta su canción de oro, á la que responden al unísono la arboleda con el temblor de sus hojas, los arroyos con sus rumores y el mar con sus tumbos.

III

Los alrededores de San Sebastián exceden á toda alabanza descriptiva.

Se puede ir en tranvía hasta Pasajes, pueblecillo de aspecto veneciano, desparramado al borde de una ría que atraviesan barcas y buques de vapor.

—¡Oh, qué hermoso es esto!—exclama á cada paso mi amigo el yanqui, que ha dejado su máquina en el «garage.»—La verdura sensual y húmeda de esta parte del país eúskaro le arranca, como á mí, gritos jubilosos.

—Hoy vamos á Hernani. Mañana á Fuenterrabía. Ya verá usted algo realmente original en que á la belleza rústica del paisaje se unen los recuerdos históricos. Una cadena de montañas y colinas, derivaciones de la cordillera pirenáica, atraviesa las Provincias Vascongadas, que confinan, al Norte, con el mar Cantábrico ó golfo de Vizcaya; al Este, con Francia y Navarra, y al Sur y al Oeste, con Castilla la Vieja.—Así departíamos camino de Hernani; el yanqui preguntaba y yo respondía, no siempre.

—Y todo el país vasco, ¿es así?

—Todo. Estas alturas forman muchos valles, poblados de arboledas, regados por muchos arroyos que desaguan en el Bidasoa y en el Ebro.

—¿Y en qué consiste el cultivo principal?

—En las faldas de los montes y en las vegas que las separan se cultivan granos, maíz, uvas de parra, manzanas... El producto mineral más explotado es el hierro.

—¿Y hay industrias?—Claro. Se fabrican armas, papel, fósforos y algodón.—Y usted, ¿sabe el vascuence?—¿Yo? ¡No le sabe nadie! Ni siquiera se sabe—que yo sepa, al menos—á qué familia pertenece. Unos dicen que pertenece á la semítica; otros, que es de origen sánscrito. Vinson y Hovelacque se inclinan á creer que es de origen ibérico. Se sabe, eso sí, que es una lengua antiquísima, tal vez la más vieja de Europa. Como que pertenece á la Edad de la piedra, según afirma el docto filólogo y pésimo escritor D. Francisco Fernández y González. En poco se parece la que se habla en el día á la que se hablaba en el siglo VI. Contiene muchas desinencias. En vascuence se conjugan los sustantivos y se declinan los verbos. Es un idioma duro, pedregoso, de cierto parentesco con el turco y el húngaro, en lo concerniente á la estructura, sobre todo. Casi todas sus palabras terminan en «uc, ic, ec, ago, tua.»

«D. Juan de Azpeitigurrea...
para el diablo que te lea.»

Y no sé más de ese pueblo sano y fuerte. Miento: sé que tienen una literatura que se reduce al «Canto de los Cántabros»—que no he leído,—que es un himno á la resistencia que opusieron á las

legiones romanas, y el «Canto de Altabiscar»—que conozco por referencias,—en que, si mal no recuerdo, se pone á Carlomagno—vencido en Roncesvalles—poco menos que de oro y azul.

El tranvía serpentea entre maizales, hortalizas y manzanos, cuyas rojas pomas contrastan con lo casi negro del ramaje. La ría se quiebra apacible por hondonadas de un verdor apoplético.

Por uno de sus recodos viene una barca: sobre la barca, una vieja en pie, vestida de luto, con un pañuelo negro en la cabeza. Un chico empuja la barca con un palo. Arriba, en un merendero, diviso, al andar del tranvía, un grupo compuesto de dos «caseros» y tres curas que hablan tranquilamente.

En el cielo nebuloso espejean plomizas nubes franjeadas de un oro bermejo.

Se va el día; cae la tarde y yo empiezo á sentirme un poco poeta, es decir, triste.

IV

Llegamos á Hernani. Es domingo. Tomamos la calle Mayor («Kale Nagusiya»), que recuerda la de Fuenterrabía. Es una calle larga y estrecha. De los zaguanes obscuros arrancan rígidas é interminables escaleras. Mi amigo el yanqui, á quien llamaré por su nombre, Mr. Black, se agacha en el umbral para ver dónde acaban aquellos ataúdes en pie con peldaños.

Un fuerte olor á sidra sale de las tabernas, displicentemente alumbradas, á lo largo de cuyas mesas, sentados en fila, comen y canturrean fornidos mozos de boína. Junto á las mesas se alínean los toneles de polvorienta panza. Mr. Black se fija en las labores complicadas de los balcones, unos de madera, otros de hierro, festoneados de flores y enredaderas. Un murciélago pasa casi rozándome la cara. Mezquinos huevos eléctricos alumbran de trecho en trecho la lobreguez de la calle, que ni hecha de encargo para una leyenda á lo Zorrilla. En una casa—probablemente el casino—cantan zortcicos al son de un piano. Grupos de obreros discurren hablando en vascuence.

Llegamos á la Plaza Mayor, sin un árbol, sin un banco, donde están la Casa Consistorial y la iglesia. Nos paseamos un rato por los soportales. Atravesamos después un arco de mampostería y salimos á la Alameda. El polvo nos impide distinguir de pronto lo que allí pasa. Nos aproximamos y vemos diferentes corros bailando al son de un tamboril y de una flauta, evocación semoviente del «baile campestre» de Brueghel. De un lado de la Alameda se extienden varias mesitas al aire libre. En el interior de la taberna, lleno de humo, comen y beben.

—¿Cómo se llama este baile?—me pregunta Black.

—El fandango, ó el «chun-chun,» como popularmente se le conoce. ¿No le halla usted cierto parecido con una danza pastoril griega? Fíjese us-

ted: ni el hombre habla á la mujer, ni la mujer al hombre. Castañetean con los dedos, balanceándose y girando sobre los pies, unos enfrente de otros.

—¡Qué hombres más robustos!

—Sí: son sanos, de un vigor taurino, bruscos é ingenuos. No fuman ni se emborrachan; son castos y frugales. ¿Quiere usted un baile más honesto y menos arrimadizo? Todo en él es regocijo muscular. Aquí la imaginación y los nervios sensitivos nada tienen que hacer. No hay lúbricos meneos de caderas, ni ojos en blanco, ni roces lascivos. Vea usted la pureza bucólica de esas caras, encendidas por el ejercicio y no por la fiebre carnal y el alcohol. A esos ojos no se asoman deseos ni ansias.

Mr. Black aprovecha la coyuntura para darme un curso de orquéstrica, palabra que ignoro por qué no figura en el Diccionario de la Academia.

—En la antigüedad pagana y bíblica la danza se confunde con el culto y la religión.

—Sí: el baile, según Platón y Luciano—agrego yo cortándole el discurso al yanqui,—«es el arte de decirlo todo por gestos.» Entre los antiguos tenía una significación que hoy no tiene. Las danzas egipcias de los sacerdotes de Osiris, por ejemplo, simbolizaban el curso de los astros.

—El placer del baile—me interrumpe Black, no dejándome tampoco lucir mi erudición—reside en una necesidad fisiológica: en la necesidad del movimiento. Tanto el hombre como el animal huyen

del reposo, de la inercia, salvo—naturalmente—cuando están cansados ó tienen sueño.

—Hoy se baila menos que antes.

—Vaya usted á los Estados Unidos y verá si se baila. Allí el baile forma parte de la educación.

—No lo dudo; pero recuerde usted que entre los griegos se bailaba en todas partes: en los bosques, en la campiña, en los templos, en los teatros, en los festines... ¡hasta en los entierros! Todo se solemnizaba bailando, y basta, para convencerse, con sólo fijarse en las pinturas de los vasos, en los bajo-relieves de piedra, mármol ó bronce y en las graciosas «estatuettes» de Tanagra... Cástor y Pólux crearon la danza «cariática» que los espartanos y las vírgenes de Laconia bailaban á orillas del Eurotas.

—Y el pueblo vasco, ¿baila mucho?

—El baile y la pelota son sus diversiones predilectas. A este cultivo del músculo, ¿se deberá acaso la moralidad de sus costumbres? Es innegable que el ejercicio físico doma los apetitos sexuales. Quien se pasa el día al aire libre corriendo y bailando, está menos expuesto á las acometidas de la lujuria que el que hace una vida inactiva y sedentaria. Yo no sé que los atletas griegos llevasen una vida disipada. Los anglo-sajones, partidarios del «sport,» son menos licenciosos que los latinos; menos licenciosos, digo, no menos eróticos, entendámonos.

—¡Ah! ¿Usted cree que somos apasionados?

—Menos polígamos que nosotros, menos emo-

tivos. Son ustedes más constantes, más fieles. Nosotros, por razones étnicas y mesológicas, pecamos de atolondrados y cambiadizos.

—Y la mujer vasca, ¿es como el hombre?

—Sí: es sólida, fresca, pujante y arisca. Suele responder á los requiebros masculinos á bofetada limpia. Lo cual no es privativo de la vasca. La plebeya española, en general, es así. La raza no ha variado. Somos los mismos que describieron Estrabón y Tito Livio... No nos ha pasado lo que al griego de hoy con respecto del tipo clásico. Este era dolicocéfalo, de ojos azules y pelo rubio. El griego moderno es braquicéfalo, de pelo como la endrina y piel pálida, de una palidez mate. Las guerras y las revoluciones sociales acabaron con el griego antiguo.

En vano esperamos el tranvía para volver á San Sebastián. Había descarrilado. Entonces nos dirigimos á la estación en busca del tren. Ibamos á tientas, como quien dice, confundidos con una muchedumbre que cantaba zortcicos á voz en cuello. Un bromista hacía como gato, otro como perro, y los perros de verdad respondían ladrando melancólicamente en el silencio de la noche, de una noche muy negra, acribillada de chispas de topacio.

San Sebastián, 1903.

Pau.

I

Me levanto muy de mañana. El aire es fresco; la luz, tierna y ambarina; el cielo, muy azul. Estamos en Octubre y diríase una alborada de Abril ó Mayo. Salgo de Biarritz á las ocho por el B. A. B. Llego á Bayona á las nueve. Atravieso á pie dos puentes, uno sobre el Nive y otro sobre el Adour, camino de la estación. Asisto al despertar de Bayona—patria de la bayoneta,—ciudad sucia, de calles angostas, pero con dos ríos que parecen dos mares.

El trayecto hasta Pau es un derramamiento de verdura y de luz, una orgía óptica. Llego á las doce del día. Me alojo en el Hotel de la Paix, en la place Royale, que no es tal plaza, sino una alameda, en medio de la cual se yergue la estatua de Henri IV, con una inscripción en latín y «patois.» Almuerzo y salgo á dar una vuelta por el Boulevard des Pyrenées—tres kilómetros en pleno sol. —El espectáculo deslumbra. No sé de panorama más opulento, salvo el de la vega granadina vista desde la Alhambra.

Esta vía de los Pirineos—verdadera vía triunfal—se alarga desde el parque Beaumont—donde se eleva el «Palmarium» con sus graciosos campaniles—hasta el parque del «Chateau.»

A sus pies se tiende el valle, de una verdura húmeda y rutilante, erizada de blancos caseríos entre empinados olmos. En los declives, tapizados de césped, que sirven de sostén á la planicie en que se funda la ciudad, florecen en invierno los rosales y agitan sus penachos las palmeras. Hermosas avenidas de arbustos y acacias sirven de marco á esta decoración rústica, bañada por la serpiente de plata del canal del Ousse. En el fondo, recortando el horizonte, zigzaguean las azulosas vértebras de la cordillera pirenáica, ornadas en su base por una hilera de brumosas colinas.

De la antigua ciudad, en la que Michelet vió algo de Edimburgo, queda poco. En la parte baja sólo permanecen en pie algunas vetustas casas de piedra, gachas y rechonchas, con tejados de pizarra y desvanes coronados de «clochetons.» Abajo, por la carretera, circulan lentamente carretas de ruedas macizas, sin rayos, tiradas por bueyes rubios, y carros cargados de hierba. Una melancolía risueña envuelve el paisaje.

El exceso de luz cruda aleja toda reflexión. No es un espectáculo imponente y severo, debido, sin duda, á que las montañas no son ingentes y están lejos del valle. No se enciman sobre la ciudad, como en Lourdes.

Pau (del céltico «Poll,» equivalente á laguna)

es una ciudad moderna, muy limpia—gracias al celo de su Municipio,—de aspecto meridional, pero sin ruido; un tranquilo refugio de los extranjeros que vienen huyendo de las inclemencias invernales, en busca de aire tibio y refulgente. Es el invernadero aristocrático, lujoso, divertido de los millonarios de Inglaterra, de Rusia y de la América del Norte. Su primacía respecto de otros países obedece á su clima sedativo—excelente para los tísicos y los neurasténicos,—á su posición geográfica, á lo pintoresco de sus contornos, á su vecindad de las fuentes minerales de los Pirineos, á su cielo siempre fulgurante, menos cuando llueve, y llueve á menudo, aunque no con fatigosa persistencia. Los días son calientes y muy claros, y las noches, por lo común, brumosas y frías.

La vida es cara, en invierno sobre todo. Los hoteles son enormes—como los de Norte América—y están provistos de todo género de comodidades: casi todos tienen ascensor, calorífero, luz eléctrica y baños. Lo benigno de la temperatura permite á los ingleses jugar, en el rigor del invierno, al «golf,» al «polo»—cricket ecuestre—y al «lawn-tennis...» Junto á esta muchedumbre alegre, adinerada y frívola que vive en perpetuo jolgorio, gastando á troche y moche, se mueve apaciblemente otra, retraída y modesta, que se satisface—ignorados sibaritas de la naturaleza—con pasearse á la luz del sol, entre el verdor de los árboles.

II

Nada artístico hay que ver en la capital del antiguo Béarn, salvo el «Chateau,» que durante el período galo-romano fué una plaza fuerte sin importancia. Se eleva sobre un promontorio y está flanqueado de torres con techos de pizarra, no todas antiguas. La galería, las esculturas y las ventanas son modernas. En los muros del «Patio de honor,» de forma oval, hechos de guijas del río, se ven medallones de piedra. La parte ornamental, estilo del Renacimiento, se debe á Margarita de Valois (la reina Margot)—autora del *Heptamerón*, —á cuya corte asistían los sabios y los poetas más ilustres de su tiempo. Los salones, muy espaciosos, de techos con vigas, «sansovinescos,» están adornados con tapices de Flandes y de Gobelinos, que representan escenas de caza, de guerra y de mitología. El palacio, despojado de sus riquezas artísticas por Henri IV, Luis XIII y Luis XIV, sirvió de cuartel y de cárcel.

El mobiliario, «brillante y sombrío, de un estilo magnífico y atormentado» (es Taine quien habla), retrotrae el espíritu á aquella época vigorosa, «de inventiva audaz, de placeres desenfrenados y de heroísmo (1).» Ocupa el comedor una larga mesa capaz de contener cien comensales. Aquellos

(1) *Voyage aux Pyrenées:* París, 1900.

hombres que vivían al aire libre, cazando y peleando, para descansar de noche en brazos del amor, debían de tener un apetito voraz. La imaginación les ve, en torno de aquella mesa apostólica, con la suntuosa indumentaria de que nos habla Brantome, entregados á la gula, riendo, contando las aventuras de sus empresas militares improvisadas ó las peripecias cinegéticas, no sin besar á menudo á la mujer que les tocaba al lado.

En una sala el guía me muestra el carapacho de la tortuga donde nació Henri IV, cobijada por un casco de oro con penacho blanco, que sostiene un bosque de estandartes. Por muy viril que fuese Juana de Albret, de quien se cuenta que parió cantando, no creo que llevase su excentricidad hasta dar á luz en la concha de aquel anfibio. Se sabe que el abuelo de Henri IV le untó al nieto, apenas nacido, ajo en la boca. ¿Qué tiene de particular, admitida esta extravagancia, que le diera por cuna la cáscara de una tortuga?

Henri IV fué un hombre violento, audaz, mujeriego y bizarro. La energía puede que la heredase de su madre, y el desenfreno erótico, de sus abuelos. ¿Quién ignora que murió asesinado por Ravaillac?

Al ver discurrir por aquellas salas silenciosas á pálidos tísicos, Taine pensaba que el agotamiento del alma radica en el agotamiento corporal. Pasamos el tiempo—decía el insondable crítico—encerrados en estrechas habitaciones, leyendo ó reflexionando. La dulzura de las costumbres nos

evita el peligro, y el progreso de la industria, las fatigas. Los ejercicios rudos vigorizan los nervios; una sangre más cálida, removida por el peligro incesante, mandaba al cerebro órdenes imperiosas. «Ellos vivían la historia; nosotros, la escribimos.»

III

Salgo del «Chateau,» tomo un coche y recorro la ciudad entera, cuyas calles rectas y pulquérrimas me arrancan gestos y palabras de admiración. Las quintas, los jardines, ubérrimos de rosas y geranios, las sendas agrestes sombreadas por venerables árboles, se suceden sin interrupción. Lo tibio y balsámico del aire, el chispear del cielo azul, el silencio melodioso de los campos, la caricia voluptuosa de la verdura y el rodar lento del vehículo, me adormecen, sumiéndome en un letargo suave y deleitoso...

***

Desde el «Boulevard des Pyrenées» contemplo la puesta del sol. Nunca me pareció tan pobre como ahora el léxico humano para expresar la corriente obscura de las emociones. La palabra se rebela, retrocede, se encabrita y huye ante lo multiforme del espectáculo invasor. La pluma se pierde en tanteos, en símiles sobados, en huecas in-

terjecciones, en muecas dolorosas, en cómico abrir y cerrar de ojos. Y una de dos: ó se enmaraña en la selva de los tropos hugonianos, ó se resigna á describir, en estilo académico, descolorida y correctamente, sin devolver el espectro interior.

El cielo se tiñe, hacia el Este, de un violeta sordo, de una palidez de alba, como si reflejase la impresión de un miedo nunca visto. La luna resalta diáfana y triste, anémica como una monja, acompañada de la estrella vespertina. Hacia el Oeste, el cielo es rubicundo, vagamente rubicundo y sonrosado. Diríase pintado con jugo de flores japonesas. La arboleda de las colinas se extiende como un zócalo plomizo al pie de la cordillera, en cuyas cimas humean las nubes y rutila la nieve color de fresa. Abajo, en el valle del Gave de Pau, brillan, como pedazos de espejos arrojados entre el césped, los lagos y los arroyos. Por un puente que forma una curva, pasa el tren meneando su espina dorsal. De entre los ramajes sale lento, muy lento, el humo de las chimeneas. Algunas luces resplandecen inmóviles entre el boscaje. A la derecha, hacia el Oeste, se vislumbran las viñas del «Jurançon.» Rodeado de pinos se destaca el castillo de Franqueville. Encima del valle se desparrama un anfiteatro de colinas selváticas y sinuosas, agujereadas de quintas.

El panorama es de una melancolía soñolienta, de un sosiego meditabundo. Mientras en una parte del cielo atardece, en la otra surge el día, sangriento y áureo. La campana de la iglesia recoge

en sus sones nostálgicos el lirismo del paisaje, de este paisaje crepuscular en que el olvido se queja con ayes de silencio, de penumbra y de ensueño. Pero este olvido no es el de la muerte, sino el del reposo, el que se experimenta en el limbo del sueño y la vigilia.

Pau, Octubre 1904.

Lourdes
ó La corte de los milagros.

«Lourdes est un immense hôpital Saint-Louis, versé dans une gigantesque fête de Neuilly; c'est une es sence d'horreur égouttée dans une tonne de grosse joie; c'est à la fois et douloureux et bouffon et mufle. Nulle part il ne sévit une bassesse de pieté pareille, un fetichisme allant jusqu'à la poste restante de la Vièrge; nulle part encore, le Satanisme de la laideuer ne c'est imposée, plus véhement et plus cynique.» —(J. K. Huysmans, *Les foules de Lourdes*, pág. 299.)

I

El trayecto de Pau á Lourdes, alegre, montañoso, con lindos pueblos y un río ancho y espumante, de márgenes sinuosas y verdes, me ha placido mucho; pero Lourdes, si va á decir verdad, me ha parecido feo, sucio, pestilente, sin la plácida

perspectiva de Pau. En sus contornos, áridos y grises, como los de Galilea, no hay quintas ni flores.

Sus calles tortuosas, húmedas, sombrías, atestadas de tiendas de objetos piadosos, exhalan un vaho purulento caliginoso. La muchedumbre cosmopolita de atáxicos, leprosos, hidrocéfalos, tísicos, cancerosos, elefanciacos, coréicos... que describe Huysmans con emética pluma, ha dejado, al pasar por aquí, un rastro nauseabundo que ni el ácido fénico logra disipar. Gruesos rosarios cuelgan de las fachadas de las tiendas; anémicos cirios—probablemente de sebo, porque aquí todo se falsifica, los milagros inclusive—llamean á la entrada entre imágenes de la Virgen, de madera pintada de blanco y azul; estampas de santos, libros devotos y escapularios se acumulan en las vitrinas... Y cuenta que he venido en tiempo muerto, quiero decir, cuando la temporada de las curas milagrosas ha concluído y los pacientes ó se han vuelto á sus casas ó tirado en derechura al cementerio.

Si le quitan á Lourdes los peregrinos y los enfermos desahuciados por la ciencia, se muere de hambre, porque este lugar—al que invita la Virgen, por medio de la pastora Bernadette, «á comer hierba,» según reza una lápida conmemorativa (1)—sólo produce... milagros, que no es poco.

(1) «Allez boire à la fontaine et vous y laver. Allez manger de cette herbe qui est là.» *(La Virgen à Bernadette.)*

La cosecha, según dicen, va cada año en aumento, prueba de que no se ha podido extirpar todavía la superstición y el dolor físico, que desde tiempo inmemorial vivieron juntos. La superstición nace de nuestra ignorancia del mecanismo de los fenómenos, y del desconsuelo inherente á la merma de la salud y á las tribulaciones morales.

En Atenas y en Roma hubo santuarios terapéuticos por el estilo (recuérdese el templo de Esculapio) que producían los mismos milagros que la piscina de Lourdes, cuya linfa, dicho sea de paso, ha perdido, con tanta supuración humana, «el poder de reflejar la menor imagen,» como observa Huysmans. Recuerdo haber visto en Venecia un cuadro del Tintoretto, que representa la *piscina probática*, no inferior en dolorosas retorceduras al que se ve aquí todos los años, si bien los inválidos de Jacobo Robusti tienen una musculatura que en vano se buscaría en los lisiados de por acá.

En Lourdes todo es grotesco: la estatua de la Virgen; la gruta, con su bosque colgante de muletas que se menean con el viento; con su vegetación de cirios falsificados que la han vuelto negra de humo; con sus pilas de cartas á la Virgen, que se quedan—¡claro!—sin contestar; la basílica, cuya cripta parece un camposanto lleno de lápidas minúsculas, en que recuerdo haber leído cosas así: «Reconaissance à N. D. de Lourdes par ma guérison et la conversion de mon mari.»

Más ridículo que estas manifestaciones antropomórficas de la gratitud es el buzón en que se

echan las cartas que los peregrinos garrapatean á la Virgen pidiéndola... cotufas en el golfo. ¿Qué se arriesga con pedir? Nada. Por eso muchos la piden dinero, sin menoscabo de pedirla también salud; pero tengo entendido que su poder milagrógeno es muy limitado. Ella no puede enriquecer á nadie (al menos directamente), ni hacerle nacer á un cojo la pierna que le falta ó á un tuerto el ojo que perdió, ni curar, cuente lo que nos cuente el alucinado autor de *A Rebours*, enfermedades nacidas de lesiones orgánicas. No puede impedir siquiera que los rateros (que acuden aquí en bandadas) roben á los peregrinos el reloj. Enriquecer, ha enriquecido á los que monopolizan esta especie de ruleta de la desesperación humana. Aquí vienen á millares los náufragos del mundo, los abandonados de la ciencia, los guiñapos de la miseria antropológica, á jugar su última esperanza. ¡Y con qué ardor! El ansia de vivir, el terror á la muerte, les comunica un vigor centrífugo incontrastable. Comprendiéndolo así, Charcot mandaba á Lourdes sus enfermos incurables. La fe religiosa, cuando es ardiente, galvaniza á los moribundos. La terapéutica sugestiva no es de hoy. Hace siglos que Pomponat decía: «La simple palabra basta para curar las enfermedades.» En las panegirias—procesiones que tienen de feria y de peregrinación—el entusiasmo colectivo irradia sobre cada individuo como un fluido eléctrico salutífero.

«Hay en las colectividades humanas — dice Scipio Sighele—reacciones psíquicas misteriosas,

como hay en todo organismo—que es una colectividad de células—reacciones químicas imprevistas. La psicología colectiva debe estudiar estas extrañas fermentaciones psicológicas, desdeñadas hasta hoy por la sociología (1).»

Zola opina que en estas curas portentosas entran por mucho la auto-sugestión, las emociones del viaje, á menudo largo y penoso, las plegarias, los cánticos, la exaltación creciente y, sobre todo, «el hálito curativo de las multitudes en las crisis agudas de la fe (2).» La obsesión de uno basta para suscitar en el cerebro de los otros las mismas imágenes psicológicas, motrices y sensoriales. Scipio Sighele cuenta un caso de locura colectiva en una aldea de Sicilia. «Toda la familia, el padre, la madre y cuatro hijas, en un acceso de delirio religioso, matan á un pobre hombre que creían poseído del demonio, y le asesinan cantando los salmos de la Virgen é invocando el nombre de Jesús (3).»

Los «milagros» de Lourdes, que no siempre son supercherías, como pretenden los incrédulos, tienen su explicación *natural*. Está probado que bajo el influjo de una emoción fuerte, de una ducha fría, de la sugestión... cesan perturbaciones nerviosas de muchos años: sordera, paralisis neuropáticas, por ejemplo.

(1) *La foule criminelle*, pág. 21: París, 1901.
(2) *Lourdes*, pág. 199.
(3) Obra citada, pág. 51.

«La curación funcional, fisiológica ó clínica, puede producirse sin curación anatómica, es decir, que el órgano primitivamente leso, puede quedar destruído y la curación operarse mediante otras partes (vecinas ó simétricas) de los centros nerviosos. A un atáxico, curado de ataxia, que murió de otra cosa, se le hizo la autopsia y se halló que tenía en la medula la lesión de la ataxia locomotriz no curada (1).»

La psicoterapia obra principalmente sobre la *idea* del enfermo mediante la persuasión. Se le inculca que lo que á él se le figura imposible, puede ser. La acción del hipnotismo puede calmar un dolor apartando la atención del órgano dolorido. La idea de la curación de un mal determina una reacción benéfica sobre éste, facilitando su curación. Es incontestable la intervención de las ideas-fuerzas en la vida orgánica. Desde largo tiempo se conoce—dice Paul Janet—el influjo de la imaginación en la cura de las enfermedades.

II

Comprendo que Huysmans—alma medioeval, pero artística—atribuya al diablo la fealdad decorativa de Lourdes; pero al creyente, ¿qué se le da de la estética?

(1) *Introduction physiologique à l'étude de la philosophie*, par J. Grasset, págs. 186 y 187.

Además, los valetudinarios que vienen aquí, más muertos que vivos, ¿qué humor van á tener para fijarse en esta chapucera *mise en scene?* Ellos vienen con la idea fija de sanar ó aliviarse gracias á la intervención divina, y á esta energía subconsciente, á esta *vis medicatrix*, removida por la autosugestión, puede que respondan los prodigios terapéuticos de que se hacen lenguas las almas sencillas y... los *tenanciers* de Lourdes.

Por lo que á mí toca, no sé de otros milagros que los que nos ofrece de diario y con profusión la naturaleza. ¡Pensar! ¡Eso sí es prodigio! ¡Transformarse una semilla en flor y en fruto! ¡Eso sí es enigma! Pero la humanidad prefiere creer que una imagen de palo hace hablar á un mudo y correr á un tullido... ¡Pobre! Da risa y lástima á la vez.

Lourdes, Octubre.

Biarritz.

MARINAS Y PAISAJES

I

Me siento en el muro de la terraza del Casino Municipal. Abajo, sobre la arena de «la playa de los locos,» hormiguea una muchedumbre cosmopolita. Las familias charlan bajo sus tiendas. En «confesonarios» de mimbre, unos leen y otros dormitan al arrullo de la marea. Los perros corren y ladran pidiendo que se les tire bastones al agua para ir á buscarles. Los niños, trajeados de escarlata, como diminutos cardenales, construyen fortalezas y castillos—á sabiendas de que edifican en la arena;—abren bahías que pueblan de barquitos de papel y de palo, y cavan fosas en que se entierran ellos mismos. Los hombres debíamos imitarles para familiarizarnos con la muerte...

Las sombrillas rojas, blancas, azules, amarillas, verdes, grises con rayas negras, mariposean al sol. Pasa una «fillette» con el pelo suelto y las pantorrillas al aire. Es morena, de ojos verdes y precozmente núbil. Luego otra, rubia, pálida, con un

gran sombrero campestre, como una figura pre-rafaelística. La acompaña una vieja gorda, especie de tonel con patas, salpicado el rostro de cerdosas verrugas. Luego pasa una joven galgueña y clorótica, de cabellos como la mies y ojos, al parecer, de vidrio. Recuerda las mujeres tísicas y desgarbadas de Boticelli. Y el desfile continúa: unas grandes, otras pequeñas, unas graves, otras sonrientes, unas distinguidas, otras plebeyas, hablando alternativamente en inglés, en ruso, en español. Me fijo en un gomoso de alpargatas blancas, cuello muy alto, el «panamá» sobre los ojos de una languidez pérsica. Va casi pisando á una cocota muy blanca, ondulado el cabello de azafrán, de grana las mejillas, sombreados los párpados caídos, hongosa la cadera que lo estrecho y alto de las botas amarillas zarandea lúbricamente á cada paso. La envuelve un traje vaporoso de un blancor espumante y un boa de plumas que se espeluznan con el aire. Pasó, sin duda, la noche jugando en el Casino, y la «grasse matinée» con el querido ó con otro.

Solo, haciendo molinetes con el junco flexible, gatunos los bigotes, el ojo apagado tras el monóculo, el ancho jipijapa á la usanza boer, que en vano disimula la calvicie de avestruz de la nuca, el habano en la boca contraída, se pasea un aristócrata á quien debe de «entretener» alguna vieja rica. ¡Qué hastío de la vida emana de toda su persona! Pero su hastío no es el del hombre analítico, observador, que ha ahondado en la miseria

humana. Es el hastío del macho que ha hecho crujir muchas camas. Tras él se gondolea como un pato una palmista trajeada de negro, una torta de plumas rotas y de cintajos sobre la peluca, la mirada inteligente y viva de gallo, la sonrisa escéptica y maliciosa. Tiene de alcahueta, de prestamista y de bruja. Esta sibila estrafalaria lee en las líneas de la mano el pasado y el porvenir. Una norte-americana, esbelta como una Juno, de gestos imperiosos, deslumbrante de joyas, la llama. La bruja la coge la mano, que es un ascua de brillantes. La yanqui ríe á carcajadas, tapándose la boca (en que hay más oro que dientes), para ostentar las sortijas, de los pronósticos lisonjeros de la vieja. De su seno marmóreo, medio desnudo, cae un ramo de claveles carmesíes, y su selvático sombrero florido tiembla tumultuoso como un jardín agitado por el viento. Los elegantes que la rodean ríen á su vez sacudiendo sus pulseras de oro. Deben de ser rusos. De repente el grupo se levanta y trepa á un automóvil que arranca estrepitoso y humeante por la rue de France, camino de Bayona.

Echado en un cochecito de mano, dormita un viejo lívido, onocéfalo, temblón, de pupilas mortecinas y boca entreabierta y salivosa. Si la parálisis le ha dejado un poco de memoria, ¡con qué tristeza debe de recordar, en medio de este oleaje de mujeres vistosas y provocativas, sus juveniles horas en brazos del amor que pasa!

Entre todos estos tipos, con que sin duda tro-

pezó el visionario *Phocas*, de Jean Lorrain, sobresale un «rastá» color de cedro, el pelo como tinta, carnosas las orejas, vestido de blanco, la corbata roja, que sigue perrunamente á cuantas mujeres pasan junto á él. Debe de padecer de neurosis genital.—¡Qué escenario para leer *Le Journal d'une femme de chambre*, de Octavio Mirbeau, y los diálogos satíricos de Michel Provins!

II

¡Hermosa puesta de sol! Yo no me canso de admirar el crepúsculo de la tarde, á orillas del mar, sobre todo. Siempre varía. El de hoy no se parece al de ayer.

Sabemos por una experiencia diaria que la luz —símbolo de la inteligencia, del júbilo, de la vida —será vencida al cabo por la noche, por la noche sorda y ciega,—símbolo de la ignorancia, de la quietud, del silencio;—y en este duelo mudo, vemos la imagen de la muerte que nos llama, que acabará un día por sumirnos en la sombra eterna...

La marea va invadiendo, rumorosa y espumante, la playa color de ácido crómico, que se la sorbe como un papel secante. A la izquierda se agrupan entre rocas y pinos los hoteles y las casas. En los cristales del antiguo Casino se estrella el sol como un huevo de azufre luminoso.

Ni un buque, ni el velamen de un bote en la ancha lámina de añil. Más allá abren sus brazos

grandes cruces de madera, clavadas en abruptos peñascos. A la derecha, la osamenta solitaria del «Hôtel du Palais,» devorado no há mucho por un incendio. Más lejos, sobre una lengua montuosa que entra en el mar, se proyecta la torre blanca del faro, con su farola metálica aún no encendida. En el horizonte se extiende una faja de nubes violáceas que fingen una arboleda en un llano rubicundo. La marea sigue subiendo, saturando el aire de cloruro de sodio. Su rumor sempiterno de virutas de estaño adormece. Su piel rugosa centellea con los jaldos reflejos del atardecer. La ciudad, encaramada en las colinas, empieza á iluminarse á medida que la sombra avanza. Entre el boscaje pestañean algunas bombas eléctricas. Fijándome atentamente en el horizonte, creo ver una pradera inmóvil, sembrada de trigo, sobre cuyas espigas uniformes cae el rosicler de una aurora boreal. Me abstraigo de lo que me circunda y con los ojos fijos en el panorama telúrico, me traslado á un país remoto, sin hombres, sin bestias, que se dibuja allende el mar; un país de sueño, de silencio, de reposo.

La gente se ha ido. Puedo saborear á mi antojo, sin que nada me importune, esta muerte lenta, muy lenta, de la tarde, de una melancolía elegiaca indescriptible. ¡Cuánto inefable lirismo se esconde en estas combinaciones de la luz, en este adiós quejumbroso del día!

¿No es mucho más poético é instructivo asistir á esta agonía vespertina que salir disparado por

esas carreteras en un automóvil? ¡Y qué facha la de los que van en esos vehículos! Llevan en la cara un á modo de bozal de férrea malla; en los ojos, dos enormes discos de cristal ahumado que les precaven del polvo, pero que les impiden ver por dónde van. ¿Hay alguna diferencia entre estos tipos y los picapedreros que con análoga máscara rompen piedras á orillas del camino? La única que yo noto es que los primeros están expuestos á morir reventados contra un árbol ó un poste del telégrafo, y los segundos, á pillar una insolación.

El automóvil—ese terrorista de las rutas—acabará con la poesía bucólica si todos los poetas, unidos á los labriegos, no toman la determinación de salirles al paso, escopeta al hombro, á esos «detraqués» enamorados del peligro, que se emborrachan corriendo como otros se embriagan bebiendo alcohol. ¡Poetas y campesinos, á defenderse!

Comprendo que se viaje en automóvil para ir aprisa. Lo que no me explico es que se vaya de paseo en una máquina que impide admirar la naturaleza y pone los nervios de punta.

Pero me olvido de que los automovilistas, por lo general, son gentes prácticas que desdeñan el arte. El arte es cosa de infelices peatones.

III

Son las siete de la noche. Me paro en el malecón de la «Costa de los Vascos.» El mar parece de sulfato de cobre. El oleaje que viene hacia la playa choca furibundo con el que refluye hecho trizas del rompe-olas. La onda se enarca, las corrientes se atropellan embistiéndose simultáneamente, y de esta colisión surge como un volcán submarino en erupción de espumas. La degradación crepuscular franjea el horizonte de anchas zonas cobrizas. La luna, como una C de nácar, se perfila en un cielo color de malva. De la lejanía fluye una claridad amarilla veteada de estrías carmesíes, en que se esboza un peñón ciclópeo. Miriadas de lentejuelas de acero, como ojos de aceite sobre una superficie obscura, cabrillean en el agua profundamente azul. Las «falaises,» jaspeadas de una broza verde, imitan las fortificaciones de una ciudad invisible.

Sentados en el pretil del malecón, dos «pecheurs á la ligne»—dígase un utensilio que empieza por un anzuelo y acaba por un tonto—aguardan impertérritos á que muerda algún pez.

La bruma, cenicienta de un lado y rubicunda de otro, va tragándose los contornos de las costas lejanas. Así se va la vida, así se viene la muerte.

Imagen fiel del desierto: el mar es el arenal con sus espejismos; la roca es la esfinge que interroga

á la inmensidad. Entre el serpenteo de las colinas, se encienden uno tras otro los faroles de la ciudad. Las estrellas salen, y sobre el sedoso gemir de los violines de la brisa resuenan estridentes los cobres del oleaje. (¿Me envidiarán los simbolistas esta metáfora?)

IV

Soy idólatra del sol. Asisto todos los días á su muerte, como los creyentes á la misa. ¿Cabe algo más sugestivo que el sol poniente? Yo he visto crepúsculos ingleses, españoles, italianos, franceses, noruegos, africanos... y les he visto en primavera, en otoño, en invierno; desde la montaña, desde el valle, desde la playa, desde la margen de los ríos, desde la cubierta de los buques.

Los del Norte me hacen filosofar; sumergen mi espíritu en un ambiente de abstracciones y de ensueños errabundos, de melancolía y misticismo. Los del Mediodía abrillantan mi retina, me calientan por dentro, sugiriéndome imágenes plásticas y concretas. Estos de Biarritz son una fiesta ocular, como los lienzos de la escuela veneciana; su exceso de colorido ahuyenta la evocación del misterio, la introspección psicológica.

Las nubes se apiñan en el horizonte remedando una cordillera plomiza que se destaca de un fondo anaranjado. Por entre sus grietas asoman brasas de un rojo irresistible. El mar es de un índigo obscuro pastoso. En las crestas de sus olas, que

riza el viento, flamea el crepúsculo. La ilusoria cordillera se derrumba de pronto y una polvareda de oro y grana queda flotando en pedazos de cielo color de ajenjo.

V

Cansado de leer salgo á dar un paseo.

De la plaza del «Puerto Viejo,» en torno de cuya gran farola giran incesantes negras mariposas, doblo á la derecha por una cuesta que ondula á espaldas de una colina. Cruzo un parque artificial—magnífica decoración de ópera,—después un puente de hierro que trepida á mi paso, luego un túnel en que hay un banco, sentados en el cual diviso dos bultos que se abrazan. Así que me acerco reconozco á la mujer: es una marquesa cuyo marido está en Madrid. El joven que la abraza no sé quién es. Ella lo sabrá de fijo. Con razón dicen los franceses: «les absents ont toujours tort.» En el dombo del túnel culmina una virgen cercada por una verja. Del túnel salgo á una bahía que ensambla con el dique, larga lengua rocallosa que se hunde en el mar entre negros arrecifes. Creo hallarme en el puente de un navío. Hasta hay en el centro un á modo de mástil con cuerdas y una escala de cables. Desde aquí abarco el «Nuevo Casino» y parte de la ciudad que chispea en la penumbra; el faro que, desde un promontorio, mueve sus pupilas salvadoras: la una escarlata, la otra overa. En torno de los arrecifes que se confederan

en multiformes archipiélagos, bulle iracundo el mar. Parece decirles: «Vosotros ¿qué hacéis aquí? Idos á la montaña, ó acabaos de hundir en mi seno y no sirváis de estorbo.» Las peñas no responden. Este desdén le irrita y redobla sus vuelcos.

El cielo se nubla; á poco se aclara. Sale la luna con su servidumbre de estrellas y el agua tiembla eléctricamente.

El hombre ha sojuzgado la tierra obligándola á fructificar aún en aquellas partes en que se muestra árida. Con el mar no ha podido. Cuando más, se deja acariciar el lomo por la quilla de los barcos. A lo mejor se insubordina echando á pique los navíos, desbaratando los diques, derramándose por las costas. Esta salvaje independencia nunca domada, es lo que más admiro en él. ¡No dejarse esclavizar, ser libre! ¿Se concibe felicidad mayor? Puede que semejante libertad sea sólo aparente. Sus perpetuas fluctuaciones, ¿no dependen del sol y de la luna, de las corrientes, de los deshielos de las montañas, que, transformados en ríos, desaguan en su cuenca sin fondo, para volver á convertirse en agua dulce, una vez evaporados? Nada tan análogo—observa Jules Michelet—á la transformación constante de nuestra sangre venosa en arterial. Las borrascas y las trombas que cabalgan en su dorso ¿no le sacuden á su guisa? ¿No está sometido como la tierra á leyes? ¿No se predicen sus mareas?

¡Qué tremendos combates libran en sus entrañas insondables los millones de millones de seres

que las pueblan! Diríase que del tumulto de sus olas salen á veces gritos de socorro. Pero ¿qué son estas voces de angustia comparadas con su sonora canturia de amor? Su poder productor maravilla. Michelet, en su hermoso libro *La Mer*, habla de la fecundidad inverosímil de los arenques, cada una de cuyas hembras elabora de «cincuenta á sesenta mil huevos.» Ni la persecución del hombre, ni la voracidad de los otros peces, logran aniquilarles. A medida que viajan (y viajan en caravanas sin fin) se reproducen, dejando una estela viscosa y blanca de semen y freza, bajo la cual el agua desaparece. Suele ser tan compacta, que no se puede meter un remo de punta. Esta exuberancia germinativa resulta irrisoria comparada con la del bacalao. Se calcula que cada uno de esos animales desova ¡nueve millones de huevos! Afortunadamente que ahí están los cetáceos (el tiburón, sobre todo) que ponen á raya esta fecundidad abusiva. El tiburón y la ballena les devoran «á toneladas.» Gracias á estos glotones no colman los mares. ¿Qué sería del globo cuando se pudriesen? Difundirían la peste, y entonces sí que moriríamos todos con la misma rapidez que ellos se multiplican.

El sueño pone fin á estas cavilaciones y me voy á la cama.

VI

Son las doce del día. Me asomo al balcón de mi cuarto. Todo reverbera, todo yace como aletargado. Un hálito caliginoso brota de la tierra. En mi calle—una calleja apacible de provincia—reina un silencio cálido. Las casas están cerradas. Enfrente de la mía, en el jardín, bajo el ramaje de unos tilos, una mujer hace calcetas y otra escribe. En la sala, una joven gargariza al son del piano. Arriba, en un cuarto, entornada la puerta, una vieja cose á máquina; otra peina á una niña que á ratos ayea.

Los gorriones saltan sobre las sillas, huyendo al más leve ruido; se posan en la calle y picotean en el estiércol, siempre inquietos y escurridizos. Un océano de luz rubia se desborda por los ámbitos de la ciudad, espejeando en los cristales y en las hojas de los árboles. Se oyen lejanos martilleos, chirriar de sierras, el ladrido de un perro, el canto de un gallo, el ruido de una puerta que se abre. El pueblo duerme la siesta bajo un cielo llameante y somnífero.

Dos viejas pescadoras se encuentran en la esquina: se paran, chismorrean un momento; luego cada una tira por su lado, la cabeza encorvada, arrastrando los pies, las manos temblonas, como si padeciesen de paralisis agitante. No lejos ronca el mar que, tendido de costa á costa, duerme

también la siesta. En la paz aldeana de la calle suena un grito de alarma. Es una vendedora de sardinas.

Borracho de sol, como un trigal en Agosto, cierro las maderas del balcón y me echo á dormir también la siesta.

VII

Dan las doce de la noche. Llueve á cántaros como en los trópicos. Me asomo al balcón bajo un paraguas. El cielo está claro, un cielo albarizo de amanecer. En el fin de mi calle, hacia el «Puerto viejo,» diviso una mancha obscura que se menea: es el mar. El viento sopla, sacudiendo las arboledas y empujando las puertas como si quisiese refugiarse del agua que tamborilea en los cristales. Cierro el balcón y me acuesto. Oigo entre sueños como el hervor de una caldera formidable y un aullido flébil que se prolonga al través del sonsonete del agua que cae á torrentes como en los trópicos.

¡Qué dulce es dormirse al son de la lluvia!

VIII

La noche, tachonada de estrellas. De tarde en tarde relampaguea en el horizonte. El cielo finge una boca que se abre y se cierra, dejando salir bostezos de luz. Desde la «Roca de la Virgen» columbro la ciudad, que brilla melancólica en lonta-

nanza. El mar se arremolina frenético alrededor de las rocas. El faro gira en la bruma, abriendo un surco gualda y rojo. Sólo los tumbos del oleaje contra el dique turban el silencio de la noche estival.

A solas, lejos del hombre, el más inteligente y dañino de los animales, paladeo este reposo inefable. Arriba, la soledad inmóvil, agujereada de puntos rutilantes, encarnaciones tal vez de los genios muertos, como pensaba Goethe. Abajo, la inmensidad inquieta, eternamente inquieta. Una estrella errante se desprende como una exclamación flamígera. Parece que dice: ¡ah! Líneas de faros distantes hospitalizan el agua erizada de escollos.

Absorto en este espectáculo paso una hora. Las olas se encrespan á mis pies.—¡Qué rápido es el tránsito de la vida á la muerte!—reflexiono. Basta que me deje caer para que esta compleja máquina de mi cerebro cese de funcionar y mi cuerpo flote inerte como ese leño que zarandea el oleaje.

Hombre, ¿de qué te vanaglorías? ¿Eres algo en la inmensidad de las cosas?

Sí: eres un pobre átomo que vives huyendo, como los arenques, de los peligros que te acechan; un pobre átomo que tiene conciencia de su impotente pequeñez. ¡Y pretendes, con todo, dominar el mundo! ¡Y hablas, ahuecando la voz, de responsabilidad moral, de deberes sociales, de virtud y de vicio, de todo eso, en suma, que has inventado para fastidiar al prójimo y que no existe en la naturaleza!

Nada tan instructivo como el contraste. De este curso de filosófica humildad salto á otro curso de vanidad y bambolla. Entro en el Casino. En torno del «tapete verde» se agita febril una colmena cosmopolita fatua y ostentosa. Así vive la humanidad: apretándose, oliéndose, yendo todos por el mismo sendero. Por eso tal vez hay tantos odios, tantas rivalidades, tanta envidia sorda. Son como los borregos: por donde va uno van todos. Malgastan su energía confinados en esta atmósfera de ácido carbónico, de perfumes enervantes, persiguiendo con enfermiza avidez el curso caprichoso de los naipes. ¡Y fuera está el aire puro, la noche tranquila, la inmensidad evocadora! Todo este boato, esta «feria de vanidades»—me digo—puede flotar dentro de cinco minutos sobre el agua, la lengua fuera, los ojos horriblemente salidos de las órbitas, como aquel leño que zarandeaba el oleaje...

IX

Comprendo el terror que inspiraba el mar á los antiguos y las medrosas leyendas á que ha dado origen. Cuantos le ven por vez primera—gentes que viven tierra adentro—se asustan. ¡Es tan grande, tan ruidoso, tan solemne y amenazador! ¡En su cuenca insondable debe de haber tantas cosas que ignoramos, tanto tesoro perdido, una fermentación biológica tan exuberante!

A pesar de los obstáculos naturales con que tropieza—cabos, estrechos, islas, corrientes internas, tumultuosos desagües fluviales...—sigue impertérrito su marcha triunfadora, encrespado y verdoso aquí, muelle y azul allá, pronto á franquear los diques, á romperse contra los promontorios de granito y las dunas; pero siempre fecundo, siempre vario, siempre atractivo como el amor.

En sus horas de paz ondula manso y voluptuoso; en sus grandes crisis nerviosas se alborota y ruge, asaltando las costas, tragándose las naves, anegando los pueblos ribereños, difundiendo el luto y la tribulación entre la pobre gente pescadora.

En sus abismos tenebrosos hay montañas, volcanes, una flora riquísima y una fauna que jamás ve el sol. La oceanografía—ciencia que acaba de nacer—ha descubierto recientemente un mundo submarino, al parecer fantástico.

Se ha venido creyendo hasta ahora que en esas profundidades la vida era imposible á causa de la obscuridad y de las grandes presiones atmosféricas. Y esas profundidades están pobladas de peces provistos de órganos luminosos, á manera de faros—parecidos por su estructura á las linternas de los automóviles,—que les esclarecen en sus peregrinaciones submarinas al través de las tinieblas. Para alejar á los enemigos que les persiguen, disimulan esta luz mediante unos párpados que abren y cierran á su antojo, como nosotros abrimos y cerramos una lámpara eléctrica. Lo mara-

villoso estriba en que pueden dar á esta luz el color rojo, amarillo, azul, gracias á unos órganos especiales que se llaman cromatóforos y que deben de servirles, como á nosotros los discos de las estaciones ferroviarias, para hacer señales.

Millones de animales marinos poseen estos proyectores fosforescentes. Los pulpos, por ejemplo, tienen hasta mil ochocientos esparcidos por los tentáculos, el abdomen, alrededor de los ojos. ¿Y qué diré de esos otros peces que acometen á sus víctimas con una especie de estoque que pueden alargar á varios metros de distancia, inyectándoles un veneno parecido al *curare*, que les paraliza imposibilitándoles todo medio de defensa? ¿Y qué de esos otros que suplen con el disimulo la falta de armas defensivas, tomando el color del medio en que se mueven?

En este respecto nada tienen que enseñar al hombre. Su vientre es azul; su lomo, blanco. Flotan de ordinario con el vientre hacia arriba. Las aves pescadoras les confunden así con la superficie del mar; los otros peces, que nadan debajo, no les distinguen de la claridad del agua.

Si estos animales fueran pintores, ¿qué colorista podría rivalizar con ellos?

Semejante mimetismo, como dicen los naturalistas, es muy común en la vida social; es el arma de los cobardes, de los taimados, de los farsantes, de los vividores. A cambio de materia colorante poseen la mentira y el disimulo, con los cuales se defienden y medran.

X

Me fijo en los que se bañan. Aquella mujer que, vestida, se me antojó una Venus, ahora, en el agua, en traje de baño, me da lástima: el codo, huesudo; el vientre, abovedado; las nalgas, gelatinosas; el seno, caído. Aquel joven que, bajo el elegante *smoking*, parecía un atleta, tiene el iliaco saliente, el tórax convexo, las caderas femeninas, las clavículas puntiagudas, las articulaciones del cuello como cuerdas de guitarra. ¡Y qué turba de viejos barrigones, de niños desmirriados, de matronas aerostáticas!

Platón aconsejaba á los magistrados de Esparta que arreglasen los matrimonios anuales de modo que los hombres más hermosos se uniesen con las mujeres más hermosas, á fin de obtener una prole robusta y sana. Los Platones del día abogan porque los hombres más raquíticos se unan con las mujeres más anémicas, á fin de obtener los hijos más desmedrados. Al revés de los espartanos, que se prestaban entre sí sus mujeres para mejorar la raza, los contemporáneos se prestan las suyas para mejorar... de fortuna. ¡Y vivan los cuernos!

XI

Un negror de tinta encapota el cielo. La mar está picada, biliosa, colérica. Las olas blancas, erizadas por el viento—un viento glacial y cortante,—fingen, á cierta distancia, enormes cacatúas que huyen sobre el dorso de las ondas.

¡Con qué ímpetu se arremolinan en torno de las rocas que, á la luz mercurial del crepúsculo, semejan grandes esponjas fósiles!

¡Con qué iracundia se abalanzan contra el malecón, reventándose en llamaradas de nieve!

Allá vienen en tropel, ampulosas, insolentes, ciegas. Pasan triunfantes por el dique como una cabalgata militar empujada por el viento, estrepitosa charanga invisible que las incita al combate. Hierven en la convexidad de los peñascos como hipérboles de espuma dentro de cráneos carcomidos, y se unen luego, con elástico ímpetu, compactas, lechosas, frenéticas, para continuar el asalto de las otras peñas.

¿Qué espectáculo puede compararse á esta sublevación del mar y el viento? ¿Quién no se siente poseído de una fiebre suicida que le impulsa á mezclarse á este vértigo atronador, á esta locura del agua que ruge como sér extrahumano, á quien aquejan angustias sin nombre, ansias inconcebibles, milenarios anhelos irrealizables?

XII

Es una noche tropical, clara y caliente. La luna riela en el mar, que se retira mansamente de la playa. Atraviesan su piel escalofríos de escamas argentinas. Se acaricia á sí propio con voluptuoso temblor, lamiéndose el lomo en blando serpenteo.

El mar no se aburre como la montaña, siempre inmóvil, siempre adherida á la tierra, símbolo de la estupidez, de la perseverancia, de la rutina. El mar tiene días tristes, días alegres, apacibles y turbulentos. Es como esos aventureros audaces y ambiciosos que corren en busca de mundos nuevos. La montaña, como esos campesinos fanáticos y taciturnos que no conciben más horizonte que el de su aldea.

Imagino que la luna sólo riela en la faja de mar que abarcan mis ojos; pero á medida que ando advierto que otra estela de luz se abre en el agua y que me sigue como los ojos de ciertos retratos.

¡Qué inefable sensación la de renunciar á toda compañía, la de no oir voces humanas, la de olvidar amarguras y cavilaciones, para darse por entero á este gran silencio de la noche, que resuena en lo íntimo del alma como una confidencia pacífica de la naturaleza!

XIII

Tomo el *petit train* que ha de llevarme á Bayona. Va bordeando el mar, que tan pronto se oculta como se muestra, según las ondulaciones de la vía. Ya no se ve.

A un lado y otro, *chalets* y *villas* entre árboles y flores. Aquí una quinta con un magnífico parque; allí una granja. Pasamos por el establecimiento de Salis, que se une al hotel por una galería sobre la calle, como la que une el hotel *Terminus*, de París, con la *gare* Saint-Lazare.

El paisaje varía conforme andamos. Aquí surge un balcón rústico ahogado por una tupida enredadera cuajada de geranios y rosas; allá una pradera de suaves declives; más lejos un campo de remolacha, que se une á un maizal... Los troncos, cubiertos de hiedra desde la base hasta el arranque de las ramas, diríase que tienen pantalones de hojas. Seguimos. El viento sacude el follaje, por entre cuyo calado penetra el sol, como papel tijereteado.

Por un camino vecinal chirria una carreta tirada por bueyes que llevan sobre el testuz una piel felpuda, y sobre el hocico una red á manera de velo que les defiende de las moscas. Andan tambaleándose, descoyuntadas las patas, como si estuvieran borrachos.

Llegamos á una estación. Un ciego toca en el andén un cornetín averiado, mientras un rapaz pordiosea agitando un plato de latón con calderilla. Apenas arranca el tren, el ciego deja de tocar. Nunca se sabe lo que toca. Lo que se sabe es que el infeliz sopla que sopla, hasta ponerse como un tomate, en su instrumento.

A la derecha, un hierbazal muy verde, cuyas briznas tiemblan con el aire; á la izquierda un valle muy hondo, salpicado de vacas que pacen tranquilas; aquí, un prado verde obscuro muy soleado; allá, otro de un verde claro desfallecido. En conjunto parecen el muestrario de un sastre.

El sol se ingiere en las ramas de las acacias, que arrojan arabescos de sombra. Una ráfaga de frescura resinosa nos baña de pronto: es un bosque de pinos y de robles sesudos, misantrópicos, ingentes, algunos con el leño carcomido de vejez, los tendones retorcidos, las raíces á flor de tierra, como un montón de tripas. Diríase que se les han salido de las oquedades del tronco.

¿Quién ha dicho que los vegetales no sienten? Sus células son sensibles, como las nuestras, al influjo de los agentes exteriores. El calor y la luz producen en ellas sensaciones exquisitas. Para los botánicos no es un secreto la sensibilidad de las plantas. ¿No las vemos despertar cuando sale el sol, volviéndose hacia él para recibir sus caricias? ¿No las vemos adormecerse con el crepúsculo de la tarde? Los pétalos de ciertas flores se pliegan de noche y se abren con el día. El nenúfar escon-

de sus corolas en el agua en espera del nuevo sol. La sensitiva tiembla como una mujer.

Estos árboles decrépitos, ¿no se lamentarán en silencio de su ruína irremediable? ¿No tendrán conciencia de la proximidad de la muerte que les va royendo poco á poco?

Las vértebras de una montaña se esbozan á lo lejos. Llegamos á los *Glacis*, hermoso paseo orillado de olmos. En los bancos dormitan obreros, mendigos y burgueses, tomando el sol. En el prado juegan los niños con los perros. Una mancha roja ondula sobre la grama. Son los soldados que hacen el ejercicio.

Pasamos junto al río, en cuyos muelles se apiñan sacos de carbón y maderas. Nos metemos en un túnel y llegamos á Bayona, ciudad vieja y triste, de ceño español. Atravieso la *Place Royale*, solitaria, con unos cuantos platanoides raquíticos á su alrededor y un kiosco para la música en el centro. Bajo el puente del *Espíritu Santo* el río rutila como una solución de permanganato de potasa. Pasa una vieja de cofia, vestida de negro, temblorosa y cabizbaja, con una cesta de legumbres en el brazo. Luego un hombre que va muy despacio. Varios perros, unos flacos, otros gordos, retozan ladrándose. El cielo es de un azul prúsico; el aire, transparente.

Tomo por la rue Thiers, ancha avenida silenciosa. Los gatos se pasean por la acera sin que nadie les moleste. Alguno que otro transeunte discurre con indolencia meridional.

Junto á una tienda de antigüedades, en que se hacinan braseros, bustos, tapices, butacas, cuadros y otros cachivaches rotos, se ve un almacén de música con amarillentas partituras de viejas óperas; al lado, una fonda vetusta, de puertas desvencijadas y ventanas torcidas. Llego á la *Place Jacques Portes*, en la cual se levanta la mole maciza de un castillo feudal, con sus torres góticas del siglo XII. Frente al castillo, una hilera de árboles centenarios se alargan inmóviles.

En un banco de piedra un viejo de antiparras lee un periódico.

Me pierdo por callejas desiertas y quebradas, de casuchas medio hundidas, llenas de sol, sin un alma, aletargadas por el sopor de la canícula.

. . . . . .

. . . . . .

Atardece, y á la tristeza del crepúsculo se une la broncínea voz de la catedral llamando á la oración.

XIV

Cada paisaje es un estado de alma del espectador; pero ante todo es un estado de alma de la naturaleza, que depende de la estación, del lugar, de la hora. El sol estival la hincha, la sacude, la colora, arrancando de su seno voces de amor y de júbilo. El otoño la aquieta, tiñéndola de la palidez rojiza de los tísicos; la inclina al ensueño, á

la melancolía, como la edad madura predispone al hombre á la tolerancia, al perdón, al escepticismo. El invierno la entumece envolviéndola en tules de bruma; la despoja de sus alegrías, la enflaquece, dejándola en los huesos.

En el Norte aúlla, de noche sobre todo, bajo el peso de la nieve. En el Mediodía solloza bajo los latigazos de la lluvia, de la lluvia que convierte en lodazales sus campos; su cielo, antes azul y bruñido, se puebla de arrugas; su sol se empaña, sus noches son frías y tristes.

No sé de nada más depresivo que asistir á la desaparición de las cosas, á la agonía de las cosas. Al hombre, de suyo sociable, la soledad le aflige. Biarritz sin gente, sin ruido, sin agitación, se me figura un gran salón de baile al amanecer, cuando la orquesta se ha ido, cuando no quedan sino los muebles en desorden, las flores marchitas diseminadas por el suelo y el aroma apagado de los cuerpos, que se va escapando por las rendijas de las puertas y ventanas.

Lo que anhelo es irme. Me agrada la soledad en medio del bullicio; pero esta soledad solitaria, parodia de la muerte, me fastidia. ¡Pobre sistema nervioso! No puede soportar largo tiempo la misma sensación, por halagüeña que sea. «Tout passe, tout casse, tout lasse...»

XV

Septiembre toca á su fin. En un cielo pálido, lechoso, sin estrellas, medita una luna redonda, amarilla, inmóvil. ¡Qué quietud, qué silencio! Las pulsaciones del mar están en suspenso. Es el silencio de un encéfalo honda y plácidamente dormido. Todos los bañistas se han ido. Las casas están cerradas herméticamente; las calles, desiertas como las de una ciudad abandonada. De tarde en tarde una ráfaga sacude los ramajes, ó suena lejano, muy lejano, el lamento de un vapor invisible. ¿Pedirá auxilio?

La naturaleza simula que se muere, que se muere de una muerte dulce, lenta, insensible, como aquellos romanos decadentes que se abrían las venas en un baño tibio. La tristeza de estos climas calientes es á veces más honda que la tristeza nebulosa de los pueblos del Norte.

En medio de este reposo de cementerio me dan ganas de sacar mis penas más íntimas, de sentarlas delante de mí y de ponerme á dialogar con ellas. Es noche de charla confidencial, de examen de conciencia. Nadie me oye, nadie me vigila, á no ser la luna, esa andariega milenaria que pide quedo, muy quedo, un asilo.

Es una noche tranquila, para evocada en el aislamiento de la alcoba solitaria, con los ojos cerra-

dos, como se evocan las madonas de Rafael y el Perugino. ¡Qué silencio, qué paz! Diríase que el tiempo se ha parado como un reloj en la media noche. Sólo la música podría dar una traducción de esta poesía sin palabras, de esta melancolía conciliadora, pacífica, meditabunda...

Noches como ésta no son para espíritus turbulentos, atormentados y complejos como el mío. Son noches para almas contemplativas y candorosas que no han sufrido; para almas místicas que sueñan con venturas celestiales y de las que emana, como de Beatriz, según el Dante:

«Uno spirito soave, pieu d'amore,
che va dicendo all'anima: sospira.»

Biarritz, 1906.

El Paso de Rolando.

I

Hablemos en francés, ya que estamos en Francia: *la saison bat son plein.*

Biarritz rebosa de gente de todos los países. Amén de los músicos callejeros, que á veces no dejan ni almorzar, tenemos conciertos en el Casino Municipal y en el antiguo Casino, con *raciones* de Massenet y Saint-Saëns, servidas... por buenos violines. En el Casino de Bellevue nos ha dado la Réjane *La Parisiense*, de Henri Becque, drama viril y amargo, y *La Veine*, de Alfredo Capus, entretenida y graciosa. En el Casino Municipal una compañía de ópera cómica nos ha deleitado con la audición de *Mireille*, *Mignon*, *La Bohéme* y *La Navarraise.*

Yo prefiero á esta vida parisiense de bailes y teatros, la vida campestre, las excursiones á Cambo, á San Juan de Luz, á Guetaria y otros lugares. Eso de andar todas las noches de *smoking* será muy *smart*, no lo dudo; pero maldita la gracia que me hace.

Ayer varios amigos tomamos un *break* y pasa-

mos el día en Cambo. El trayecto no puede ser más rico de color ni más variado. Bosques de olmos y pinos y de vegetación cuasi tropical, estrangulan la carretera, que ondula subiendo y bajando. A medida que se avanza, el aire marino se va transformando en aire de campo impregnado de aromas silvestres, de olor á heno, á vaquerías, á hierba recién cortada. El sonoro toque de la trompeta del *break* se dilata alegre y vibrante de cumbre en cumbre como clamor de guerra. Los caballos corren nerviosos y altivos, y el oleaje de verdura fresca, que resalta en un ambiente diáfano y fúlgido, huye rumoroso á nuestro paso. El cielo está muy azul y el sol cae verticalmente sobre nuestras cabezas febriles de luz y de oxígeno. Todo solemniza á su modo la vida y el amor. Los pájaros pasan como rúbricas con alas; las aguas corren abrillantadas por el sol; las hojas de los árboles recogen como manos abiertas los átomos de oro; las vacas, eternas rumiadoras, pacen inmóviles en los prados, en pie ó echadas con indolencia de sanas campesinas que dormitan bajo el ardor canicular, al aire libre. Los pollinos, con pantalones que les resguardan de la voraz obstinación de los tábanos, tiran de carros atestados de hierba, siempre sumisos, con ese andar de pájaro que les distingue.

Los campos franceses son un modelo de cultivo y de esmero agrícola. Todo está armónicamente sembrado, limpio y cuidado, diríase que por manos femeninas. El paisaje galo carece de la salva-

jez abrupta del paisaje español, entregado á sí mismo.

Lo insoportable aquí es el idioma. Cuando no hablan vasco, gruñen un *patois* ininteligible, pero de cierta vaga melancolía. Las mujeres, en general, son exuberantes, dulces y roblizas.

Llegamos á Cambo á las doce del día. Sobre una mesa rústica, á la sombra sin frescura de copudos árboles, preparamos la merienda: pollo frío, jamón, huevos duros, pastelitos y frutas. Componemos la gira diez ó doce personas. El único español soy yo. Los demás son ingleses y americanos del Norte, gente cuya psicología vengo estudiando con interés desde hace meses. Lo que les distingue psicológicamente de nosotros es el dominio que tienen sobre sí mismos (*self control*), lo mate de su imaginación, la ausencia de malicia y el respeto y la sumisión á la realidad. Tratándoles con cierta intimidad, se explica uno que dominen el mundo. El individuo que supedita sus apetitos y sus pasiones á una voluntad calculadora y fría, triunfa al fin y á la postre. La gota de agua horada la piedra.

El día continúa espléndido. La galbana me va invadiendo paulatinamente, empujándome hacia un sofá ó una cama donde me aguarda la siesta. Todo brilla, todo arde como si la atmósfera fuese un incendio sin llamas. En el cielo, ni una nube. Varios chicos montan en asnos diminutos que se vuelven locos, sacudiéndose las moscas á cabezadas y coces.

En el patio del hotel á donde me dirijo en busca de una yácija, que diría un clásico, varios ingleses dormitan echados en sillas de tijeras que parecen catres, con los jipijapas sobre los ojos. El calor asfixia y las moscas zumban revoloteando.

II

A eso de las cuatro de la tarde, cuando el sol va de vencida, nos encaminamos hacia el famoso *paso de Rolando*, enorme desfiladero, que me recordaba los Andes, aquellos Andes que atravesé no há mucho en lomo de mula y de buey. La montaña está partida en dos, y un «aprendiz de río» la riega perezoso entre guijas y breñas. El espectáculo, para quien ha visto como yo el Tajo de Ronda, el Salto del Tequendama y las asperezas ciclópeas de la cordillera andina, tiene poco ó nada de sorprendente.

Este Rolando, Roldán ú Orlando es el legendario personaje de los libros de caballería, denodado paladín de Carlomagno, que fué derrotado por los vascos y los sarracenos en Roncesvalles, lugar donde, dicho sea de paso, estaba la caverna de Atta-Troll, el fugitivo oso simbólico del sarcástico poema de Heine.

Es el Orlando del famoso poema de Ariosto y el Rolando de la *Canción de Rolando*, de Theroulde, del siglo XI, y de otros poemas medioevales.

«Ninguna obra clásica francesa — dice Gastón Paris—ha sido más traducida ni ejercido en torno nuestro un influjo más extenso y durable que nuestra vieja *Canción de Rolando* (1).»

Rolando, á quien se ha llamado «el Aquiles cristiano,» fué un soldado obscuro cuyo nombre envolvió el olvido durante tres siglos, hasta el día en que la imaginación popular tuvo el capricho de resucitarle transformándole en el eje del ciclo carlovingio, en el ideal de la caballería, guerrero fabuloso que heredaba el vigor de los enemigos que abatía. No sólo en Francia, en Europa entera se ha hecho de Rolando el compendio de las virtudes de una raza y de una época, de las proezas del pasado y del porvenir. Poco á poco se convierte el héroe en un gigante que toma á Constantinopla antes que Baudouin, y á Jerusalén antes que Godofredo. Su caballo *Veillantif* habla como los corceles de la *Iliada*. Su lanza resiste la acometida de un ejército; sus duelos duran cinco días con sus noches. El fué quien abrió de un tajo esta inmensa brecha en los Pirineos. España, á pesar de su Cid Campeador, envidia su gloria, en términos de echarle á un héroe ilusorio, Bernardo del Carpio. Alemania le ha visto cabalgar al través de sus florestas tenebrosas. Hungría le ha visto correr á lo largo de sus estepas. Irlanda también le vió entre las brumas de sus verdes horizontes. Rolan-

(1) *La poésie du moyen âge*, pág. 118: París, 1899.

do se hundió hasta en las nieves de la Tartaria, é hizo temblar á su paso, en el fondo de la India, los pilares de los templos búdicos... ¿De dónde ha nacido esta pasmosa ubicuidad? De una Iliada bárbara cuyos orígenes se ignoran, aunque es probable que, como la mayoría de las *canciones de gesta*, haya procedido de *cantinelas* análogas á la que, escrita en tudesco, se compuso hacia el año 881 con motivo de la derrota de los Normandos en Saucourt.

El autor de la *Canción de Rolando* está envuelto en la misma obscuridad que envuelve al poema. ¿Se le puede llamar, en rigor, *Turoldus* ó *Théroulde*, según parece autorizarlo este verso del manuscrito de Oxford:

«Ci falt la geste que *Turoldus* declinet?»

Declinet significa *acabar*.

*
* *

El sol agoniza, besando con besos de ópalo y naranja las cumbres y los prados. Con la opacidad de la tarde coincide el silencio agreste, despertador de melancolías y recuerdos. A compás del andar del *break* el crepúsculo se torna en atisbos nocturnos. Ya no se ve sino la mancha de las arboledas, al través de cuyo negror verdoso se divisan en el horizonte desgarraduras bermejas y

caprichosos encajes de oro. La luna, como un camafeo de nácar, resalta en el cielo pálido, de un azul sedante y voluptuoso.

A pesar mío voy pensando en el desastre de Roncesvalles, en los anacronismos de la leyenda popular, en la ubicuidad de Rolando, en la batalla de Hastings, en los manuscritos de Oxford y Venecia, en la prosodia del texto de Oxford, en la retirada de Carlomagno, en el cuerno de marfil de Rolando, que debió de sonar como el que toca ahora nuestro postillón, en el adiós á la Durandal (la espada del héroe), en Olivier, en Ganelon, en el feudalismo... Y, muy á pesar mío también, me quedo dormido.

Un alarido de la bocina me despierta. Es de noche. Estamos otra vez en Biarritz.

Biarritz, Agosto 1904.

Burgos.

I

A las dos de la tarde salgo de Biarritz para Burgos. El día se aclara y el sol inunda prados, valles y colinas, arboledas y caseríos, montañas y llanuras. El tren va muy de prisa. Atraviesa un túnel y sale á la bahía de Pasajes, ceñida de montañas, remedo de un «fiordo» en miniatura. A poco llegamos á San Sebastián. Un joven charla desde el andén con otro joven que viene en el mismo coche que yo.—¡Ah! ¿La conoces?—Sí: te la recomiendo.—¿Es exigente?—Cincuenta pesetas ó... nada. Es muy excéntrica.—¡La daré mico!

Con semejante proceder, muy común en España, las prostitutas no ganan ni para comer. ¡No comen los maestros de escuela!

El tren cruza el Urumea, risueño río de apacible curso, en cuya superficie refringe el sol. Es el sol de España, rubio, resonante, que da á cada objeto un relieve lapidario. Las líneas se destacan vigorosas, los colores relampaguean con una crudeza irresistible. No, no puede ser tierra de filósofos—con perdón de Menéndez y Pelayo,—

sino de poetas descriptivos y de pintores, la tierra en que el ojo funciona eternamente impregnado de luz, en que casi no hace falta la memoria visual, puesto que las imágenes—siempre presentes—evitan al cerebro el trabajo de la evocación ideal.

Nos soterramos en un túnel sin fin y volvemos á la luz en medio de unos campos de esmeralda, jaspeados de tréboles.

Luego cruzamos un puente de piedra. En el río, abovedado en un recodo por la fronda de un soto, se reflejan unas casitas solitarias. Este paisaje fragoso me trae á la memoria la visión de Noruega, de una Noruega menos salvaje y grandiosa.

En el fondo de un valle aran, lentas y resignadas, dos yuntas de bueyes, á cuyo paso la gleba se desgrana negra y pastosa. A lo lejos, en las cumbres aterciopeladas, blanquea la nieve.

El tren se cuela, «como un reptil en su agujero,» en varios túneles seguidos, y culebrea sobre el Oria quince veces.

Nos paramos en Tolosa, antigua capital de Guipúzcoa.

Plácidas aldeas, valles ubérrimos hundidos entre ingentes moles, fábricas de humeantes chimeneas huyen al rodar estrepitoso del tren, que se interna, cuando menos lo esperamos, en otro túnel aguanoso y largo. Otro panorama, soleado, fastuoso, en que lo negro de la tierra contrasta con la intensa clorofila de los bosques que la cir-

cundan, surge y desaparece como en un relámpago. Otro túnel, y luego otro y otro que sugieren la imagen de que el tren es una columna vertebral de hierro que va buscando un lomo de piedra en que alojarse. Conforme avanzamos, el paisaje va adquiriendo cierta adustez alpina que se acentúa á partir de Alsasua. Cerros calcáreos tapian el horizonte. A los pueblos vivarachos han sucedido desvencijadas y foscas aldeas. Me aparto de la ventanilla hasta llegar á Vitoria, ciudad viejísima, como que fué fundada por los visigodos, nada menos. Los edificios, altos, con cierres de cristales corridos y blancas paredes de mampostería, parecen invernaderos colgantes. En la incertidumbre crepuscular se dibujan unas torres góticas. Atravesamos el campo en que se dió la última batalla que puso fin á la lucha con Francia en 1808, ya ensombrecido por la noche que se avecina. Como en Miranda de Ebro, y á eso de las diez de la noche llego á Burgos bajo un aguacero diluviano. Una diligencia me conduce á «La Rafaela»—hoy «Hotel de París»—al través de calles plañideras y fangosas. Aprovecho un instante en que no llueve para asomarme al balcón de mi cuarto, que da frente al Cuartel de Caballería. Por la calle, desierta y húmeda, borrosamente alumbrada, andurrean unos chiquillos simulando una procesión, con ramas de árboles en las manos, á guisa de estandartes.—«Ora pro nobis, Santa María,»—cantan con voz gutural de curas. En el reloj de la catedral dan las doce. A lo lejos se oye

el grito atribulado del sereno. De un café cantante salen taconazos y «jipíos» como de gentes atragantadas. Están cantando flamenco. Un extranjero creería que estrangulan á alguien.

II

Es domingo. La atmósfera cristalina deja ver un cielo añiloso. ¡Qué diferencia del Burgos aletargado, esquelético, de cielo plomizo, de fines de Noviembre, que ví hace años, á este Burgos luminoso, austeramente festivo de Mayo!

Me paseo por el «Espolón,» hermosa avenida de ancha acera, entre cuyo arbolado descuellan estatuas de viejos reyes sin narices. ¿Por qué casi todas las estatuas de reyes españoles están desnarigadas? ¿Será porque las apedrean? ¿Dónde está entonces el respeto al monarca, privativo del pueblo español, según algunos historiadores? El Arlanzón—donde acampó el Cid con su gente al salir de Burgos—se arrastra por un lecho guijarroso, en parte tapizado de césped, en que herbajan burros y caballos y beben los carneros. Es un río genuinamente castellano: seco, huesudo, silencioso, al que dan ganas de ofrecerle un vaso de agua.

Al extremo occidental del «Espolón» se levanta el «Arco de Santa María,» con dos torres semicirculares, las estatuas de Carlos V, Laín

Calvo, el Cid Campeador y las columnas de Hércules.

Atravieso el Arco y salgo á la plaza del Sarmental, donde está el obispado. La imponente fachada occidental de la gran basílica gótica cierra la plaza.

En la escalinata del templo pululan unos mendigos que parecen escapados del lienzo de Murillo en que Isabel de Hungría cura á unos tiñosos. Penetro en la iglesia. Consta de tres naves paralelas atravesadas por la nave del crucero. Las dos naves principales forman una cruz latina, y en las dos colaterales están las capillas. El pavimento es de mármol de Carrara.

Los canónigos cantan en el coro, que está en medio de la nave central, como en todas las iglesias españolas del siglo xv. El arte religioso español ha suprimido así la emoción que despierta el abarcar simultáneamente las dimensiones de un templo, la profunda perspectiva de sus naves silenciosas y sombrías, la audacia de sus bóvedas, la noche que reina en las capillas, de súbito iluminadas por el día, que centellea en los vidrios de colores. Una verja de hierro cierra el coro. Las sillas son de nogal con lindos bajo-relieves. Cerca del coro, en medio de la basílica, se levanta un octógono, de estilo greco-romano, selváticamente poblado de esculturas, de arabescos y de estatuas. Es una cúpula afiligranada, aérea y sólida á la vez. Los canónigos cantan en el coro. Están impacientes por acabar aquel rezo monotono y so-

porífero. Unos sacan el reloj, otros bostezan, otros se pasan la mano por la frente, otros se escarban en las narices, otros miran al techo. Ni pizca de unción religiosa, y mucho menos de misticismo. Por lo fornidos y lo marcial de sus caras frescas y relucientes, más parecen soldados que clérigos.

El pertiguero, vestido de rojo, me pregunta si quiero ver las capillas.—Más tarde—le contesto. —El suelo de la iglesia—me dice—costó cuatrocientas mil pesetas.—Que no pagó usted, de fijo... —¿Yo? ¿De dónde?—me contesta con infantil ingenuidad.

Yerro por la basílica, sin plan ni rumbo, lo cual concuerda con mi espíritu medio anárquico. Teófilo Gautier exagera, en mi sentir, cuando compara con la puerta del bautisterio de Florencia la puerta de madera esculpida que comunica con el claustro. Yo he visto la puerta de Ghiberti y se me figura más artística que ésta de Burgos. Las paredes del claustro—un soberbio claustro gótico del siglo XIV—están literalmente cubiertas de retratos de los obispos y arzobispos de Burgos. Me fijo en los órganos: son dos, uno enfrente del otro, como dos baterías de montaña prontas á cañonearse. Me imagino en lo que se convertirá la iglesia cuando toquen ambos á la vez en días de gran fiesta religiosa. Uno de ellos tiene dos teclados con treinta y cuatro registros de una extensión de cincuenta y cuatro teclas: veintitrés registros en el primero y once en el segundo. Es para quedarse sordo.

El catolicismo es una religión plástica, pomposa, que se dirige principalmente á los sentidos. (En esto radica su fuerza.) Que lo diga, si no, esa «escalera dorada» partida en dos ramales, propia de un alcázar y no de un templo, obra de Diego de Siloe; que lo digan todos estos mármoles, todas estas lámparas, toda esta bambolla gentílica, destinada más bien á deslumbrar el espíritu que á moverle á la piedad y al ruego.

El altar mayor tiene tres cuerpos: uno dórico, otro jónico y el tercero corintio, divididos en seis tableros. Está todo él cuajado de hornacinas, de imágenes de tamaño natural y de medallones. La pirámide que forma el tabernáculo consta de dos cuerpos corintios, en que resalta una efigie de Cristo atado á la columna.

Entremos en la suntuosa capilla del Condestable, obra de Simón de Colonia, que acusa una decadencia visible del arte ojival; pero admiremos antes la complicada verja de Cristóbal de Andino. En el centro, sobre espléndidos sarcófagos, se alargan las estatuas yacentes, de mármol de Carrara, del poderoso conde de Haro y de su mujer doña Mencía de Mendoza. El condestable viste de guerrero, y su esposa tiene al lado un perrito, emblema de la fidelidad. Sus cabezas reposan sobre almohadones de piedra. Por las inscripciones que ostentan á los pies sabemos que ambos murieron de edad avanzada.

¿Cabe algo más en oposición con la pretensa humildad cristiana que este boato póstumo? La

promesa de una vida más allá de la tumba no satisface, por lo visto, á estos magnates. Quieren seguir imponiéndose en la tierra á la admiración de los hombres. Aunque huela á paradoja, el católico parece ser más descreído que el ateo, toda vez que se preocupa más de lo mundano que de lo espiritual. Al incrédulo, ¿qué se le da de que le inhumen en un bosque, de que le pongan ó no lápidas y epitafios? El creyente, al revés, desea que se le entierre en un sepulcro lujoso, de lápida pedantesca que recuerde cuándo nació, cuándo murió y hasta los títulos y honores que alcanzó en vida, como si toda esta vanidad efímera, que el tiempo vuelve polvo, no contradijese la concepción metafísica de una existencia mejor, limpia de las pequeñeces terrenales. Tal vez el católico, no obstante su fe, no esté muy seguro de lo que la religión le promete, y *por si no hay cielo*, hace lo posible porque no se le olvide tan pronto entre los vivos. Lo triste está en que, á pesar de estos esfuerzos, se le olvida, porque el olvido no consiste en que se ignore nuestro nombre precisamente, sino en que se ignoren nuestras obras. Hombre ambicioso, no has inventado todavía el medio de escapar al olvido. ¡Ni embalsamándote, como los egipcios, ni transformándote en estatua de piedra, como el convidado de Tirso de Molina!

El retablo, que es una confusión de esculturas, de arabescos y columnas con muchos dorados—revelación psicológica de nuestra índole desordenada y verbosa,—representa la circuncisión de

Cristo, de tamaño natural. En las paredes resaltan los blasones y los retratos de los condes de Haro, entre banderas y estandartes.

En la sacristía de esta capilla sobresale una Magdalena arrepentida, que se atribuye erróneamente á Leonardo de Vinci. He leído que es obra de un discípulo suyo, de Giovanni Pedrini. La cabellera de oro la cubre los hombros; sus brazos son redondos; sus ojos, extáticos; su expresión, ferviente.

En la capilla de la Visitación reposa el obispo Alonso de Cartagena, «varón de purísima estirpe hebrea,» que dice Menéndez y Pelayo, el primero tal vez de los moralistas castellanos del siglo xv, que tanto brilló en el concilio de Basilea, y á quien Pérez de Guzmán, en un poema que compuso en loor suyo, compara con Séneca y Platón.

En el *tras-sagrario* me llaman la atención tres medallones de piedra prolijamente cincelados por Felipe de Borgoña. En el primero sale Cristo de Jerusalén con la cruz á cuestas, acompañado de la Verónica y del Cirineo; en el segundo se le crucifica entre dos ladrones, y en el tercero se le entierra, y, por último, resucita. Es un exquisito bajo-relieve digno de Cellini. Diríase la obra, no de un escultor, sino de un orífice.

Lo que haya de cierto en lo que se cuenta de Juan Cuchiller—paje de Enrique *el Doliente*,—que empeñó la capa para que el rey cenase (Amicis dice que fué el propio rey quien la empeñó), francamente, no lo sé. Como tampoco me consta

que el que está enterrado en la capilla del *Corpus Christi* sea el propio Cuchiller, según dicen. Puede que sea otro. Si Edmundo de Amicis fuese tan cauteloso como yo, no se haría eco de tantas leyendas absurdas como las relativas al «Papamoscas» de la catedral (de quien ni el mismo pertiguero se toma la pena de hablarnos) y al famoso «Cofre del Cid,» que está en la pared de esta capilla. Pero basta que Gautier cuente algo, para que Amicis, que le sigue como la sombra al cuerpo, lo repita, y no me refiero en este caso á la fábula del «Papamoscas,» que Gautier ni menciona siquiera.

Yo no condeno el mito, sobre todo cuando sirve de claro-obscuro á un relato auténtico. La leyenda es la puesta de sol de la historia, es decir, la hora en que todo aparece impreciso, borroso, fantástico (aludo á la leyenda popular, no á la erudita), y así como en las visiones del anochecer hay un elemento real indudable que la ausencia de luz nos impide comprobar, en la leyenda late asimismo un fondo verdadero que la falta de documentos nos obliga, por lo menos, á poner en duda.

Un viajero debe ser verídico, no contar sino lo que ve y procurar beber en buenas fuentes cuando se aventura á evocar el pasado. El lector avisado discierne el error que nace de la ignorancia del que nace de la mala información, el que nace de la vanidad del que nace de la imaginación del viajero. Unos yerran porque, no sabiendo, no se resignan á pasar por ignorantes; otros, por ha-

berse enterado pronto y mal en libros sin crédito; éstos, porque, echándola de originales, no quieren repetir lo sabido, como si la originalidad consistiese en contar mentiras y en descoyuntar los hechos; aquéllos, porque son incapaces, á causa de lo móvil de su fantasía, de amoldarse á la realidad. Un pormenor les basta para formular una opinión, á menudo frágil. Casi todos estos viajeros pertenecen á la familia de *esprits faux*, á que Paulhan consagra una de sus más sugestivas monografías psicológicas.

Amicis dedica dos páginas al embuste del «Papamoscas»—el muñeco que figura en la caja del reloj de la iglesia,—y apenas si para mientes en la riqueza monumental de la basílica. Y este libro suyo sobre España, superficial, sensiblero, calcado en muchas cosas en el de Gautier, que, al pasar á su pluma, pierde la originalidad de las imágenes, la frescura y el color del estilo, la novedad del hallazgo, lo gráfico y agudo de muchas de sus observaciones... ¡ha dado la vuelta al mundo! Sus impresiones de Holanda, aunque no exentas de errores, se ajustan más á la realidad directamente sorprendida que éstas sus impresiones de España, escritas al parecer de memoria, sin crítica, sin depurada preparación histórica y cuando ya empezaban á desvanecerse. En poco difieren de las crónicas volanderas de ciertos *turistas* suramericanos—y aun franceses—tan aturdidos como audaces; y no lo digo por el estilo, pues Amicis escribe con desenfado y brillante amenidad, sino

por la falta de información sólida y la ligereza con que acoge todo género de patrañas, orales é impresas. Véase con qué gracia y elegante erudición se burla Morel-Fatio en sus *Etudes sur l'Espagne* de aquellos viajeros franceses á quien aludo (1). La filípica es aplicable á todos los viajeros de la misma laya.

En una capilla tenebrosa, atestada de fieles de hinojos, abre sus brazos sarmentosos, entre el temblor amarillento de los cirios y de las lámparas de aceite, un Cristo de mazapán lleno de llagas y de sangre. Hay quien cree que es un cadáver momificado. Se le conoce popularmente por el «Cristo de Burgos.» De la cintura abajo le cubre una especie de zagalejo, que á Teófilo Gautier, que no estaba habituado á ver el Nazareno vestido así, le produjo «singular efecto.» ¿Es verdad que, según se cuenta, le reviste una piel humana—la piel de un criminal,—y que su cabellera polvorosa perteneció á una devota que se la cortó en vida para ofrendársela en acción de gracias? No lo sé; pero el fanatismo es capaz de eso y mucho más. Sólo sé que es una imagen de un realismo de museo de cera, muy en consonancia con nuestra manera espeluznante de entender la religión.

La capilla de Santa Tecla está enfrente. Por lo churrigueresco de su ornamentación polícroma

(1) *L'Espagne en France. (Etudes sur l'Espagne.* Première serie, 2ᵉ édition: París, 1905.)

parece una casa modernista. El retablo, abrumado de figuras, refulge como el oro. Las vides se enredan á las columnas; árabes trajeados abigarrada y fastuosamente, como los que figuran en ciertos anuncios murales de París, atizan el quemadero de la santa, que vuelve sus ojos de vidrio al cielo entre las llamas que la cercan. Este lujo *rococó* no impide que á la entrada, sobre un cepillo, se anuncie que allí se echa la limosna «para Nuestra Señora de Gracia.»

La higiene va entrando, aunque paulatinamente, hasta en las iglesias. Harto á las claras lo dice este letrero: «Por respeto al Santísimo (donde dice Santísimo léase higiene) se ruega á los fieles que se abstengan de escupir en el templo.» Los microbios no entienden de religión, y lo mismo se propagan en una pila de agua bendita que en un estercoléro.

Entran dos mujeres de luto, y luego de mojar los dedos en la concha, se santiguan rápidamente; luego entra un campesino con una gruesa manta sobre el hombro, y hace lo mismo: por su camisa entreabierta asoma una araña de pelos; luego una vieja, también de negro, con una cesta colgada del brazo, y hace lo propio; luego otras dos mujeres enlutadas; luego un mendigo hecho trizas, la cara cubierta de una costra eruptiva, y hace lo mismo; después un viejo encorvado, tembloroso, de atáxico andar, y hace lo mismo; luego una lugareña obesa y tripuda, con un pañuelo en la cabeza, y hace lo mismo. Todos se dirigen á la capilla del Cristo.

III

El frío que reina en la iglesia me obliga á salir en busca de sol. Me detengo ante la puerta principal, en que se apiña toda una población de estatuas de piedra, mayor que la que anda viva por las calles, como observó Gautier. Esta fachada da sobre la plaza de Santa María, en medio de la cual hay una fuente con una verja de hierro. Es una plaza irregular, entre las grietas de cuyo empedrado brota á su placer la hierba. No lejos de la catedral se levanta otra iglesia, la de San Nicolás, desde cuya escalinata se domina el octógono del formidable monumento. Las torres simulan andar, ilusión óptica producida por las grandes nubes que las rodean y semejante á la que se advierte cuando se está en un tren parado junto al cual pasa otro corriendo.

Al entrar en San Nicolás no veo sino las comas rojizas de los cirios. Poco á poco voy distinguiendo en la penumbra las siluetas de los fieles: unos en pie, otros de rodillas. Los cráneos cerosos de aquellos hombres enjutos y verdinegros, sus caras entretejidas de raíces, emanan ascetismo. Diríase que una fiebre interior, una angustia recóndita de ultratumba les consume. El altar mayor, de piedra tormentosamente labrada, finge una gran colmena de yeso.

El templo huele á cera, á retama, á incienso, á macho cabrío. Terminada la misa, empieza el desfile de la Cofradía, cirio en mano, por las calles de la ciudad. El repique de las campanas se funde con la explosión de los cohetes. Por el «Espolón» viene un rebaño de ovejas; detrás otro de seminaristas larguiruchos, como figuras del Greco, pálidos, de mirada crepuscular y ojeras violáceas, vestigios de solitarias tentaciones nocturnas. La Cofradía se pierde entre los chopos, lenta, taciturna, como una visión medioeval.

Preguntando á éste, preguntando al otro, llego, al cabo de mucho andar, á las «Huelgas,» monasterio de piedra que fué antiguo castillo de recreo de los Reyes castellanos, y posteriormente, reinando Alfonso VIII, convento cisterciense. Está en una ciudadela separada del resto de la población por un muro macizo y un arco con su puerta. Tiene algo de *beguinaje*. Por su recinto divagan las gallinas y los gatos. En las casitas que se agrupan en torno de la iglesia viven pobres y numerosas familias. Bajo un puentecito, fuera ya del monasterio, corre un arroyo que sale á una callejuela festoneada de verdura. Diríase un canalillo de Brujas. El sol brilla intensamente y un aire vigoroso difunde el trino de los pájaros. ¡Qué sosiego, qué reposo!

Próximo á la carretera, en un terreno baldío, se levanta una especie de monumento rúnico, en que se lee que allí nació el Cid Campeador, el héroe castellano—cuya existencia negó el histo-

riador Masdeu,—que sirvió de protagonista al poema que lleva su nombre, á un drama de Guillén de Castro y á una tragedia de Corneille—para no citar sino lo más conocido.—La historia ha despojado de su halo poético al tipo legendario, reduciéndole á un guerrillero audaz y valiente, ambicioso y sin escrúpulos, que tan pronto peleaba al frente de los moros contra los cristianos, como al frente de los cristianos contra los moros, cosa muy común en aquella época, según observa Quintana en su *Vida de Guzmán el Bueno*. De que á Rodrigo le quitaban más el sueño los «marcos de plata» que la conversión de los muslimes, lo prueba á granel el poema. Pero qué más, ¿no sacó dinero de un cofre lleno de piedras? Véase la clase:

«Si con moros lidiaremos, no nos darán el pan.»

«Por aduzir las archas é meter las en vuestro salvo
que non lo sepan moros nin christianos.»

«Rrefechos son todos esos christianos con aquesta ga-
[nancia.»

«Grandes son las ganancias que mio Cyd fechas ha.»

«Mesnadas de myo Cid rrobado han el campo:
entre oro e plata fallaron tres mill marcos.»

«Alegre es myo Cid con todas sus conpañas,
que á la rracion caye seys cientos marcos de plata.»

«Todas estas ganancias fizo el Canpeador.» (1).

(1) Edición Vollmöller.

Podía seguir citando versos alusivos á ganancias y rapiñas; pero basta con la muestra. Este afán lucrativo predomina en casi todas nuestras guerras, lo mismo con los árabes que con los holandeses y los flamencos y los indígenas del Nuevo Mundo.

¿Quién es el autor de los *Cantares de myo Cid?* Se ignora. Al fin del poema se lee que «Per abbat lo escrivió;» y como entonces escribir y copiar significaban lo mismo, surge la duda de si *Per abbat*—suponiendo que Abbat sea apellido—fué el amanuense ó el autor. En un documento relativo á Sevilla, de 1253, se nombra á un Pero Abad, chantre de la Clerecía Real, al cual no ha faltado quien atribuya la paternidad del poema.

Digamos algo de la obra, considerada literariamente, y dejemos á los filólogos dándose de calabazadas respecto de su pertenencia.

Está escrito en una lengua amorfa, abrupta, en estado formativo, de sintaxis imprecisa, pero curtido por el aire ardiente de la estepa castellana. Los hechos se narran con la pesadez de una crónica monástica, como indicó Ticknor; la metrificación no se ajusta á un número de sílabas determinado, y menos, á las exigencias de la rima, «su único aderezo exterior,» como observa Costa (1). «El poeta (cedo la palabra á Tomás Sánchez), bajo un asonante solía hacer más de cien versos seguidos, sin desechar los consonantes que le ocu-

(1) *Poesía popular española*, por Joaquín Costa: Madrid, 1888.

rrían, y muchas veces admitía versos que ni asonaban ni consonaban; otras veces se cansaba presto de un asonante y tomaba otro.» En mi sentir, el que le compuso era poco ó nada poeta, sin nociones de la cesura ni del ritmo, escueto, anguloso, paupérrimo de imágenes, lo que evidencia el ningún influjo que ejerció en él la poesía oriental. Lo que avalora el poema es la viveza con que en él se pinta la edad heróica de España y la figura romántica del Cid. Confieso que á mí no me entusiasma como á Ticknor y Menéndez y Pelayo. Será, tal vez, porque no siento la epopeya. Con todo, concedo que hay en él cuadros no exentos de cierta austera poesía: el de la llegada á Burgos de Rodrigo, cuando los burgaleses, asomados á las ventanas, le ven pasar silenciosos, sin atreverse á hablarle; el de su llegada á Valencia; el del miedo de los Infantes de Carrión, cuando el león se sale de la jaula, á la cual vuelve merced al arrojo sereno del famoso caudillo; el de las Cortes de Toledo, que se reúnen para juzgar á los burladores de las hijas del héroe. También se nota cierto brío en el relato de las batallas, en que los españoles peleaban—como en tiempo de Sertorio—«trepando por los montes, veloces como el viento, tolerando el hambre y no echando menos el fuego de las tiendas (1);» pero el poema, en general, peca de fastidioso y prosáico.

(1) Plutarco, *Vidas paralelas*, pág. 289, tomo III (trad. española de Ranz Romanillos): Madrid, 1879.

En el español de entonces, como en el romano antiguo, no dejaba de ser un obstáculo para la poesía el fondo rudo y agresivo de su carácter; y así como el romano despreciaba el *græcum otium*, el español prefería la acción al ensueño, el errar belicoso al descanso contemplativo. Esto se advierte hasta en los místicos, como Teresa de Jesús, por ejemplo, en cuyos éxtasis hay no sé qué torbellino nervioso, más propio del campamento que del claustro.

IV

El poema del Cid me da pie para discurrir sobre la vida castellana en los siglos XI, XII y XIII, que tanta analogía tienen entre sí. Seré sucinto, porque yo no estoy escribiendo una historia, sino mis visiones de viajero á salto de mata. En la *Historia de España* de Rafael Altamira hallará el lector cuanto sigue, si bien contado con más orden y más por lo menudo.

Las sociedades, como el universo, no se rigen por el acaso, aunque á ratos lo parecen. Son un producto intrincado de causas y efectos. Lo difícil es dar con las leyes de esta concatenación. A cada paso excepciones imprevistas quebrantan estas leyes, aun en las mismas ciencias biológicas. En sociología la confusión de los fenómenos nacidos de otros fenómenos anteriores y concomitantes, impide formular leyes precisas. La conjetura es lo más á que puede aspirarse hoy por

hoy, al menos. Si el período histórico de que se trata carece de fisonomía propia—como éste á que me contraigo,—por ser uno de esos períodos en que no hay nada estable todavía, se me antoja temerario roturarle, á imitación de lo que acostumbran hacer los farmacéuticos con los frascos de sus anaqueles.

La población castellana de entonces—como la de Galicia y León—dista mucho de ser homogénea. Al elemento indígena se mezcla el judío y el mudéjar, que, aunque peninsulares, no son de estirpe española; el alemán, el franco y el gascón, que vienen á la Península, ó por lucro ó en busca de albergue, de otros países, con los nobles italianos y franceses que secundan á Alfonso VI y á otros príncipes en sus empresas militares. Los más de estos extranjeros se rigen por leyes especiales.

Los judíos son, sin duda, el factor social más valioso: intervienen en las relaciones diplomáticas de árabes y españoles; tienen vara alta en el comercio; pelean como soldados en las milicias cristianas, y difunden en los reinos castellanos su vasta cultura oriental, principalmente científica.

Los reyes, comprendiéndolo así, les utilizan, y los fueros locales de entonces atestiguan la estimación en que les tienen. La mayoría de los médicos, de los intendentes y de los pedagogos de la Casa Real son hebreos. La preponderancia intelectual y social que adquieren en los siglos XI y XII—«la edad de oro del judaísmo»—empieza á

declinar á principios del siglo XIII, en que se les coarta su esfera de acción. La saña con que les hostilizan los almohades—gente robusta y briosa—les compele á emigrar á los reinos castellanos. Dígalo Toledo, donde se refugian á miles.

Los mudéjares son los moros que, mediante ciertas condiciones, se someten al dominio español, sin menoscabo de su libertad jurídica y religiosa. Conforme avanza la Reconquista, el número de los mudéjares aumenta. Los reyes, aunque quisieran expulsarles, no podrían. Son muchos. Por otra parte, les necesitan para repoblar las tierras adquiridas, para defenderlas y cultivarlas. Esto explica la tolerancia real para con ellos, tolerancia que se inspira en el proceder humanitario de los sarracenos para con los cristianos de sus territorios.

Los mudéjares se reparten entre el campo y la ciudad. Los campesinos se componen de siervos, de labradores que, agrupados en *aljamas*, disfrutan de cierta independencia administrativa, y de militares que, aunque súbditos del rey castellano, se aislan en fortalezas bajo las órdenes de sus alcaides ó régulos. En la ciudad la cosa varía: se les prohibe el culto público de su religión, se les obliga á trajear *oficialmente* y á confinarse en barrios fuera de la población.

A estos componentes de la sociedad de Castilla hay que añadir los mozárabes ó godo-ibéricos, que se gobiernan en algunas partes por el *Fuero Juzgo*, su código tradicional. Los cristianos debieron

mucho, por lo que hace á la cultura, á estos afines suyos, afines por la sangre y la religión, aunque fuertemente influídos por los árabes, que les sojuzgaron largo tiempo. El saber oriental que, unido á la cultura clásica, priva entonces, procede de los mozárabes, de los mudéjares, de los italianos y de los franceses. Alfonso VIII hace venir á Palencia muchos profesores extranjeros, y no pocos españoles van á estudiar á París.

Las Cortes castellanas, que empiezan por concilios ó curias en que se discuten asuntos de índole distinta, las convoca el Rey, bajo cuya presidencia se abren y se cierran solemnemente. Tienen un carácter representativo, y aunque votan los impuestos que el monarca solicita, carecen, en rigor, de poder legislativo. Un noble ó un prelado preside las sesiones, que suelen ser secretas. En lo concerniente á la legislación, cada ciudad y cada villa tiene sus fueros.

Mucho más autónomos que las asambleas populares son los municipios, que, á pesar de sus relaciones con el trono, proceden á menudo con una libertad rayana en licencia. Atacan á los mahometanos, se rigen por ordenanzas, tienen alcaldes y dictan sentencias, todo sin la venia del rey. Se dió el caso de que declarasen la guerra al extranjero y de que discutiesen tratados de paz, con desdén manifiesto de la corona. Esta auto-arquía, tan celebrada por algunos, refleja el desbarajuste político de dos civilizaciones confluentes, de las cuales la una se disuelve y la otra se bosqueja.

La legislación penal se distingue por lo cruel. Con el criminal se cometen verdaderos horrores: se le entierra ó se le quema vivo, se le arroja al mar, se le lapida, se le despedaza, se le ahorca.

Para que *cante*, se le medio cuece en agua hirviendo ó se le aplica un hierro candente, amén de otras torturas similares. Contrasta con esta represión truculenta la lenidad con que se trata al homicida. En el espíritu belicoso de la época quizá se halle la explicación. Sólo se le exige una indemnización pecuniaria. Según el *Fuero de León*, el homicidio prescribe á los nueve días. Lo que no prescribe tan pronto es la venganza privada de los deudos del difunto. Los reos burlan á sus perseguidores acogiéndose á las iglesias, que tienen el privilegio de ampararles. Los sacerdotes les entregan á la justicia, pero á condición de que no les maten. A esto se llama *derecho de asilo*.

Donde resalta el carácter violento del feudalismo y la sevicia castellana es en las guerras. No hay piedad para el vencido. Se le persigue con frenesí. La soldadesca castellana no deja á sol ni á sombra á los moros. Con frecuencia tala sus campos, aniquila sus rebaños, incendia sus caseríos y mata á sus moradores, cuando no les esclaviza. Los musulmanes se vengan cuando pueden haciendo lo mismo.

Los españoles, protegidos de un casco, de una coraza y de un broquel, les acometen con la pica, con la espada, con el puñal y el hacha. Se sirven, como arma arrojadiza, del dardo. Los caballos se

resguardan con lorigas. El ejército permanente no existe. En caso de guerra los nobles y los eclesiásticos se agrupan en torno del rey con sus mesnadas. El noble da de comer al soldado. También acuden las milicias municipales con sus abanderados, al modo de las que pintaron Franz Halls y otros artistas holandeses.

Mientras el hombre pelea—y «su descanso es el pelear»—la mujer se queda en casa. La casa, de madera por lo común, se llena de humo por no tener chimenea. A esto responde la frecuencia de los incendios. Por eso se ordena que al toque de oración se apague el fuego en todos los hogares. La obscuridad es cómplice y protectora del amor. ¿Qué tiene de extraño que abundasen las intrigas eróticas? El mobiliario es tosco y pesado, como el espíritu de la época; pero á veces ostenta esculturas de caza, guerreras y religiosas. Las personas se sientan en taburetes y no duermen en camas —salvo los ricos,—sino en arcones ó en el suelo. El uso del mantel y del tenedor se desconoce. Todos comen en un plato común, sin duda con los dedos. Los relieves quedan sobre la mesa ó á los pies de los comensales. Con la suciedad doméstica concuerda la incuria corporal. El traje no se muda ni para lavarle. Se le renueva cuando se cae á pedazos. Hay baños públicos, que probablemente no se usan ó se usan poco.

El seglar viste á la usanza árabe, con larga túnica multicolora y un bonete. A imitación de los visigodos, se deja crecer el pelo y la barba, y el

mayor insulto que puede hacérsele es tirarle de ella. Los clérigos trajean casi lo mismo que los legos, con la diferencia de que su túnica es de un solo color.

La cortesía del hombre para con la mujer—¡oh mentira de las leyendas!—carece de fundamento histórico, no obstante la severidad de las leyes para con el que la insulta ó la tira del pelo.

¿A qué se debe este respeto capilar? Lo ignoro. En el día se llama *tomar el pelo* á chulearse de uno. ¿Cómo va á ser galante quien no tiene más ocupación que reñir y apacentar reses? El arte de la guerra—digan lo que dijeren sus panegiristas—endurece el corazón, habitúa al botín, á conculcar las leyes, al desprecio de la vida propia y de la ajena, y la galantería implica respeto, admiración, exquisitez, cosas que se adquieren con la buena educación, con el cultivo de la inteligencia, con la dulzura de las costumbres pacíficas. El hombre medioeval es lujurioso, sardesco, impulsivo, grosero, fanático. En este respecto no deja de ser instructivo el episodio del poema del Cid, concerniente á la conducta de los Infantes de Carrión con las hijas del famoso adalid.

Los clérigos viven amancebados. De nada sirvió que en un concilio se acordase excomulgar á las concubinas de los curas y privar á éstos del derecho de testar á favor de sus hijos, como venían haciéndolo. En punto de devoción y de moralidad las monjas rivalizan con los frailes. Los monjes benedictinos de Cluny ponen coto á la corrupción

del clero español, para quien el *nicolaísmo* y la simonía eran cosa corriente. Logran, además, unificar la liturgia—que en muchas partes de España era gótica,—y disciplinar á los eclesiásticos, que vivían apostólicamente, subordinándoles á la autoridad pontificia de Roma. A los cluniacenses puede afirmarse que debe España la nefasta unión del trono y de la iglesia.

Ya quisiéramos hoy que el matrimonio se practicase como antaño.

Hay un matrimonio religioso, que se celebra con solemnidad; otro, *civil,* como si dijéramos, que se celebra sin publicidad ni pompa, y otro, la *barraganía*, que, aunque sin carácter legal, exige de los contrayentes *fidelidad* y *permanencia.* Tanto el seglar como el clérigo—y hasta los hombres casados—pueden contraerle. La ley concede á la barragana, cuando el cónyuge es célibe, los mismos derechos que á la mujer legítima. ¡Y aún seguirá repitiéndose que España fué *siempre* enemiga del progreso!

El adulterio de la mujer se castiga con la pena capital nada menos. El marido *inocente* puede casarse segunda vez. Había entonces en Castilla lo que aún no existe en España: divorcio. En esto hemos retrocedido. El marido, al revés de lo que se estila en el día, dota á la esposa, y ésta aporta al matrimonio el *ajuar*. Los *gananciales* pertenecen tanto al marido como á la mujer—sea legítima ó no.—Hoy, gracias que se pague á la querida un mal piso y se la vista, quedando el amante

libré de darla un puntapié—cuando se cansa de ella—para que ruede más pronto al montón. Los hijos, mientras permanecen bajo la patria potestad, no poseen bienes propios; pero muerto el padre, sean legítimos ó naturales, le heredan.

La prostitución se mira con desprecio. A la mujer pública se la puede ultrajar á mansalva. Este desprecio por la infeliz carne de prostíbulo persiste en España, donde la ramera no puede salir á la calle sin exponerse al vejamén popular.

La única industria floreciente es la pecuaria. Las leyes protegen el ganado con detrimento á menudo de la agricultura. Se multa al que le daña y se prohibe que se junten las reses sanas con las enfermas. Buckle atribuye al calor excesivo este predominio de la ganadería sobre la agricultura en España. ¿No había calor en tiempo de los árabes? ¿Les impidió acaso dedicarse con fruto á las labores agrarias? Para el ilustre historiador inglés —á quien nadie ha refutado todavía seriamente en España,—casi todos nuestros males dimanan del pastoreo, que con su errabundez privativa despertó en nosotros el espíritu aventurero y romántico. La agricultura, al mancomunar al hombre con la tierra, le vuelve sedentario, comunicándole el apego al terruño de los vegetales.

El pastor, por el contrario, al cambiar continuamente de sitio, adquiere no sé qué de tornátil que le connaturaliza con el anhelo de trasponer ignoradas lejanías.

La llanura favorece el pastoreo é inclina á las

emigraciones periódicas, al paso que los bosques favorecen la caza. Buckle concede al clima una actividad creadora en el desenvolvimiento histórico, que, á mi ver, no tiene sino cuando se une á la raza y al medio social.

Es innegable que el calor, cuando es muy fuerte, excita la sangre y embota la sensibilidad. Si el calor deprime, ¿cómo explicarse que los castellanos se impusieran al resto de España, que conquistasen la América, donde dieron pruebas de una energía indomable? El clima de Castilla es extremoso: en verano puede cocerse un huevo en el aire; en invierno se hiela hasta la respiración. Por donde que la hipótesis de Buckle no tiene aplicación sino parcialmente.

El teatro se desconoce. Las diversiones públicas se reducen á torneos ó algo así —introducidos por los caballeros franceses,—con los cuales se festejan las bodas; á bailes populares, con panderetas y sonajas, á propósito de las ferias, de los mercados, de las romerías; á funciones de títeres y juglares; á cabalgatas, con que también se celebran los casorios, y que, una vez terminada la ceremonia religiosa, recorren tumultuariamente la población, cometiendo á menudo abusos increíbles.

Por lo que toca al arte, el único tal vez que en rigor culmina es la arquitectura, la arquitectura gótica, así religiosa como civil y militar. Se construyen catedrales—en cuya fabricación interviene todo el pueblo—y castillos de mampostería, que

hasta fines del siglo XII son de madera, y cuyo aislamiento en medio del campo favorece el bandolerismo de los nobles. Al viajero que pasaba por allí le dejaban en camisa.

Esta reseña, aunque fragmentaria y superficial, da una idea de la vida castellana en los siglos XI, XII y XIII. Hemos visto que predominaba entonces cierto espíritu liberal en lo que se refiere á los municipios, á la organización del ejército, análogo al de la Noruega del día, en que los soldados sólo son soldados en tiempo de guerra; en lo concerniente al matrimonio y á la misma religión; en la propensión del pueblo á instruirse; en la afición á los relatos históricos, en que España eclipsa en estos siglos á otros países de Europa, como lo atestiguan las crónicas del siglo XII, escritas en latín y romance... «Esta sociedad castellana, tan atrasada todavía—dice Tapia,—ofrece, sin embargo, elementos de orden público y de subordinación á un poder supremo que no se encuentran en otros países donde reinaban el feudalismo y la anarquía (1).»

V

Por la carretera pasan unas monjas, luego unos frailes descalzos, después unos curas de teja y sotana, más tarde otras monjas y otros frailes. Unos

(1) *Historia de la civilización española*, por Eugenio de Tapia. Tomo I: Madrid, 1840.

chicos apedrean á un pollino atado por las patas. —¡Qué crueldad!—exclamo.—¿No sabéis que los animales sienten como vosotros?—Los chicos se ríen de mi zoofilia.

—¿Qué quiere usted?—me dice un cura.—La falta de educación.

—Granujas—les grita,—¡á ver si dejáis en paz á ese pobre borrico!

Las campanas de todas las iglesias suenan á un tiempo. Mujeres de negro con mantilla se dirigen á la catedral, á los conventos, á las demás basílicas. Aquí ondula la mancha cenicienta de unos borregos muy lanudos; allá, la mancha azul de unos oficiales; más lejos, la mancha verde de una colina. Ni coches ni tranvías rompen el silencio vespertino.

Desde el Castillo—hoy convertido en cuartel —en que se celebró, según las crónicas, el matrimonio del Cid con Jimena, abarco todo Burgos, con su catedral, su pardo caserío, sus ligeras ondulaciones verdosas, rojizas, negruzcas, sus chopos y los cipreses de su cementerio. No se ve un solo bosque, nada que sirva de obstáculo al viento, que zumba libre y sonoro.

El cielo se ha vuelto blanco; el horizonte se ruboriza; huye el crepúsculo y cae la noche, solemne, estrellada, profunda, á que la soledad de la llanura comunica no sé qué de austero que recuerda la estepa rusa. La luz no se esfuma lenta y voluptuosa; desaparece de pronto, como una llamarada de pólvora. A este ambiente adusto,

sin transiciones lánguidas, corresponde la complexión mental del castellano: leñosa, con anteojeras, formalista, dogmática, sin repliegues, imperiosa; la que ergotiza en los dramas de Calderón y Lope, la que dictó la novela picaresca, la que forjó la escolástica, la que destruyó la civilización precolombina, la que enterró y quemó vivos á los protestantes de Holanda, la que atizó las leñeras del Santo Oficio en la Península...

VI

El paseo de los Cubos me conduce á Santa Gadea, iglesia gótica de una sola nave. «Esta iglesia —dice la guía—es célebre por el juramento que en ella prestó Alfonso VI, antes de subir al solio, al Cid en persona. El rey juró tres veces: una sobre la cruz, cerca de la puerta principal; después sobre el cerrojo, y, por último, sobre los Evangelios.» El historiador Rafael Altamira sostiene que la tal jura es invención de los poetas castellanos de la Edad Media y de la fantasía del vulgo, como asimismo el casamiento de las hijas de Rodrigo con los condes de Carrión y las batallas ganadas por el Cid después de muerto (1).

Creo que Vico fué el primero en advertir que los héroes en quienes la historia personifica el alma de una época, son puro engendro de la ima-

(1) Obra citada, tomo I.

ginación popular. Para Goëthe, el Hércules antiguo encarnaba, no sólo sus proezas, sino las de los otros héroes. Contemplemos las montañas desde lejos, á la luz incierta del crepúsculo. Unicamente así no nos parecerán lo que son: hacinamientos abruptos de piedras.

Por el paseo de la Quinta, festoneado de olmos, cabalga un alférez en un alazán nervioso; á poca distancia le sigue un lugareño á mujeriegas en un burro: el jinete, la manta y el pollino son del mismo color pardo. Pasan luego tres curas charlando de política.

—Por aquí ¿se va á la Cartuja de Miraflores?—le pregunto á un pastor de ovejas.

—Sí, señor: por ahí,—me contesta lacónicamente.

Poco antes de llegar al monasterio diviso varios cartujos paseándose, con la capucha caída, al aire libre. En el deslumbre del mediodía sus hábitos blancos semejan movedizas estatuas de cal. En el portal de la Cartuja varios pordioseros aguardan la sopa boba. Tiro de una campanilla y me abre un fraile, el hermano Daniel, peludo como un oso, con la cabeza afeitada, los ojos vivos y socarrones.

—La Cartuja—me dice—fué fundada por Don Juan II y reconstruída, después de un incendio, en 1454, por Juan de Colonia y su hijo Simón.

Llaman á la puerta, y mientras el hermano Daniel acompaña á unos ingleses que acaban de entrar, me quedo solo en la iglesia—que no tiene más que una nave—ante las tumbas de mármol

de D. Juan II y de su mujer Doña Isabel de Portugal.

D. Juan era un apático sensitivo, y esta clase de caracteres coincide á menudo con una circulación sanguínea lenta y un temperamento linfático. En lo perezoso de su organización psíquica tal vez entró por mucho el crónico padecer físico de su padre, llamado por eso el «Doliente,» como la locura de Doña Juana, hija de Isabel *la Católica*, fué la resonancia patológica de los alifafes del bisabuelo. La psicología, aun la experimental, es de suyo indecisa y compleja. ¡Cuán frágil no resultará aplicada á una distancia de varios siglos, sin la persona viva delante y sin testimonios irrecusables en que fundarla! Pero si aguardamos á poseer los requisitos necesarios para un firme análisis psicológico... ya escampa. Atengámonos al *à peu-près*, á que, después de todo, vienen á quedar reducidos, cuando no á humo, los juicios, las grandezas y los sueños humanos.

El condestable D. Alvaro de Luna—sobrino del arzobispo de Toledo—supo explotar hábilmente esta indolencia del monarca, lo que explica, amén de su energía y de su talento, la preponderancia política que alcanzó en aquel período, turbulento y anárquico, de discordias intestinas, en aquella corte de copleros pseudo-eróticos, análoga, desde *cierto punto de vista*, al siglo XVIII francés, siglo de lo *bonito*, de lo pintoresco y de la cortesía, en la apariencia al menos.

Era el rey D. Juan—al decir de un cronista

coetáneo suyo—«muy franco é muy gracioso; dábase mucho á leer libros de filósofos é poetas; asaz docto en la lengua latina; mucho honrador de las personas de sciencia; era gran músico; tañia é cantaba, é trovaba é danzaba muy bien; plazíale mucho la caza.» Este retrato, aunque sobrado lisonjero quizá, concuerda con el que hizo del propio rey Juan Pérez de Guzmán, historiógrafo á quien algunos comparan con Plutarco. A D. Juan le agradaban los «dezires rimados,» el hablar gracioso y alegre; «savia del arte de la música,» «le recreaba metrificar.» Esta inclinación á lo artístico, á lo frívolo, que le incapacitaba para la política, no revela ciertamente un carácter viril, el que requería aquella edad de revueltas continuas. De aquí que su reinado—que duró cerca de medio siglo,—si propicio á las letras, fuese calamitoso para Castilla. La prueba más palmaria de lo débil de su voluntad, de su incalificable cobardía, la dió al acceder á las intrigas de la reina, concernientes á D. Alvaro—su *alter ego* y su amigo entrañable, —que dieron por resultado la prisión y la muerte del favorito, cuya historia compara Prescott con la del cardenal Wolsey.

Fernán Gómez de Cibdarreal—médico de Cámara del rey, amigo y confidente suyo—participó la muerte del monarca al obispo de Orense en estos términos: «Finó de fiebre, que mucho le apretó. Como el rey estaba tanto trabajado de caminar dacá parallá, é la muerte de don Alvaro siempre delante la traya, plañiendo en su secreto: así ca-

minando de Avila para Medina, le dió en el camino un parogismo con una fiebre acrecentada que por muerto fué tenido... E me dixo tres horas antes de dar el ánima: «Bachiller Cibdarreal, naciera yo fijo de un mecánico é hobiera sido frayle del Abrojo é no rey de Castilla...» E á todos demandaba perdon si algo les oviese fecho de mal (1).»

En este contrito despedirse de la vida, ¿no se refleja la timidez, un si es no es afeminada, de su espíritu?

Era su corte brillante, fastuosa y libertina. Las mujeres trajeaban con lujo, se pintaban el cabello, recurrían para hermosearse á todo linaje de afeites y hasta se espolvoreaban los chapines con almizcle, de suerte que al pisar dejaban un rastro oloroso. Los hombres también se teñían el pelo; se rellenaban de algodón para parecer más robustos, se perfumaban las ropas, y á fin de realzar su estatura usaban tacones altos. Contra estos artificios disparó no pocas de sus sátiras Martínez de Toledo en su *Reprobación del amor mundano*.

Era una corte de literatos influídos por la lírica gallega, que iba amortiguándose después de haber imperado en los siglos XIII y XIV, y por la italiana, que acabó por eclipsarla. Hasta el rey y el condestable hacían coplas. La recomendación más

(1) *Epístola al obispo de Orense*, pág. 35. *(Epistolario Español.)*—Biblioteca de Autores Españoles, tomo I: Madrid, 1884.

eficaz para ganarse el apoyo del monarca y de los próceres era escribir poéticamente, en estilo conceptuoso. En tiempo de Luis XV, ¿no brillaban las mujeres en las artes cosméticas y los hombres en el de saludar y decir madrigales?

En la corte de D. Juan las cacerías, los torneos y los banquetes menudeaban, y si se da crédito al relato de Jorge Manrique, en la corte de los infantes de Aragón el dinero se despilfarraba de firme. D. Alvaro de Luna gastaba anualmente 100.000 doblas. En vano se trató de poner coto á estos derroches con leyes suntuarias. El marqués de Villena, en su *Arte cisoria*—libro pedantesco, pero instructivo en lo que se refiere á las costumbres de su época,—habla prolijamente de los variados manjares y condimentos de la cocina de entonces, del abuso de los cuales contrajo la podagra que le causó la muerte. De los desórdenes políticos nos dan exacta cuenta, entre otras crónicas, la anónima de D. Alvaro de Luna y el *Seguro de Tordesillas*, en que se ve á la nobleza conspirando en torno del monarca para derrocar al condestable. De las justas y torneos nos habla el *Paso honroso*, crónica de Rodríguez de Lena, en que relata el arrojo de Suero de Quiñones, caballero leonés que retó, con otros caballeros más, en el puente del Orbigo, á los peregrinos, nobles y plebeyos, que se encaminaban al santuario de Compostela. Este quijotesco y casi inverosímil desafío, organizado por el rey, nació de que Quiñones—que probablemente fué un neurópata—quería eximirse por este medio

de su promesa á cierta dama de llevar todos los jueves una cadena de hierro al cuello. Refieren que la justa, en que se quebraron más de sesenta lanzas, duró treinta días, y que en ella hubo muertos y heridos.

Entre los muchos versificadores de aquel reinado culmina el cordobés Juan de Mena, que estudió primero en Salamanca y luego en Roma. El «doto varon Juan de Mena» le llama el supuesto bachiller Cibdarreal en sus cartas. Plegadizo, ingenioso, áulico, afable y complaciente, supo vivir risueño y tranquilo en medio de los odios y las rivalidades de aquellos palaciegos, devorados por la fiebre del poder. Hasta murió de repente, al caerse de una mula. Fué cronista del rey (1). Don Juan, que «era codicioso de loa,» le insinuaba cómo debía narrar ciertos hechos, de suerte que resultasen honrosos para el monarca. Con semejante ductilidad no es raro que medrase y que sus coplas se aplaudiesen en palacio, porque, como dice Pérez de Guzmán en sus *Generaciones y semblanzas*, «los reyes no dan galardón á quien mejor sirve ni á quien más virtuosamente obra, sino á quien más les sigue la voluntad y les complace.»

(1) El hispanista irlandés Fitzmaurice-Kelly no aduce testimonio alguno que justifique su afirmación de que Mena no colaboró, por lo menos, en la *Crónica de D. Juan II*. (Véase su *Historia de la literatura española*, traducción castellana de Adolfo Bonilla, con prólogo de Menéndez y Pelayo.)

He leído, no recuerdo dónde, algo que revela lo prontadizo de su musa. Cierto poeta le dijo á D. Juan en plena corte:

«Vuestra Majestad me ahorque
de lo alto de una almena,
si el poeta Juan de Mena
halla consonante á porque.»

A lo que Mena, que estaba presente, contestó en seguida:

«Vuestra Majestad le ahorque,
pues él se impuso la ley,
que en los jardines del rey
hay quien los cardos aporque.»

Con todo, la característica mental de Mena, como la de los más de sus contemporáneos, era el énfasis, la erudición indigesta, el alambicamiento pastoso, la falta de sinceridad artística, vicios que, dicho sea de paso, advierto en casi toda nuestra literatura clásica—y en parte de la moderna,—reveladores de lo pesado de nuestro modo de ser psíquico, más cerca del germánico (¿será herencia de los godos?) que del latino. Concedamos, no obstante, á Mena el mérito de haber dilatado las fronteras del léxico castellano con neologismos que tomó de otros idiomas, del latín sobre todo, y de haber lubrificado la rigidez métrica de los siglos anteriores con el óleo que se trajo de Italia. El habla castellana carecía entonces de con-

tornos fijos; se hallaba en un período balbuciente. Por donde que tales licencias, sobre acaudalar su vocabulario, la diesen cierta flexibilidad ondulante que no tenía.

Un ligero examen de las obras de Mena bastará para confirmar lo que indico más arriba. No sé de nada más soporífero que *Los siete pecados capitales*, disputa alegórica entre la Razón y la Voluntad, atiborrada de sutilezas metafísicas. En su *Coronación*—poema satírico,—el poeta finge asistir, en el monte Parnaso—á donde llega tras largo divagar por una selva obscura,—á la apoteosis de su amigo y protector el marqués de Santillana. La obra capital de Mena es el *Laberinto*, en que imita servilmente, más que en la *Coronación*, al Dante. Está escrito en versos de arte mayor, de una monotonía que da sueño.

Mena, á imitación del poeta florentino, se traslada á un páramo en que se le aparece la Providencia, encarnada en una virgen, que le promete explicarle el enigma del mundo, como se explicaban entonces estas cosas. Llegados á cierto sitio, que el poeta describe geográficamente, le enseña tres grandes ruedas místicas: dos, que simbolizan lo pasado y lo futuro, «firmes, inmotas y quedas,» y otra, personificación de lo presente, que gira sempiterna. Cada una de estas ruedas se compone de siete círculos, alusión sibilina al influjo que los siete planetas ejercen en el destino humano, según los astrólogos. En la Luna residen los castos, en Marte los guerreros, en Febo los doc-

tos, y así por el estilo. El poeta, en otra parte, apostrofa al monarca para que su justicia proteja igualmente al poderoso y al desvalido; le pide que reprima el envenenamiento entre los cónyuges, que, por lo visto, era epidémico, y protesta contra la quemazón de los libros de Villena.

D. Juan admiraba tanto este logogrifo poético, que le llevaba siempre consigo á guisa de breviario. Hay gustos que merecen palos.

Otro escritor prominente de aquel período—y cuyo talento literario dista mucho, á mi ver, de la fama que sus contemporáneos le dieron—fué el marqués de Villena, que, según el ya citado Fitzmaurice-Kelly, tuvo tanto de marqués como Montalbán de doctor, al decir de Quevedo. Pérez de Guzmán le pinta pequeño y gordo, glotón y mujeriego, y cuenta que era de regia prosapia y el caballero más poderoso de aquel reino; lo que prueba que la aristocracia física, como la intelectual, no la dan los pergaminos, sino la naturaleza. Aunque desdeñoso de la cosa pública y más dado á la poesía que á las armas, no permaneció ajeno á los disturbios políticos de su época. Tradujo á Virgilio, al Dante; abogó por la introducción en Castilla de la poesía provenzal en su epístola al marqués de Santillana «sobre el arte de trovar,» y se enfrascó con tal ahinco en la astrología, que el vulgo, fácil á la conseja, calificándole de hechicero, le supuso en trato íntimo, como el doctor Fausto, con el demonio.

La fama de nigromántico que envuelve todavía

sú nombre, fué causa de que el rey mandase expurgar su biblioteca y quemar sus manuscritos concernientes á la magia.

Juan de Mena lo lamentó en estos detestables versos de su *Laberinto:*

«Perdió los tus libros sin ser conocidos,
y como en exequias te fueron ya luego,
unos metidos al árido fuego
y otros sin orden no bien repartidos.»

Los tales libros, á juzgar por los que se salvaron de la quema, debían de ser insufribles. Ejemplo: su *Arte cisoria*, en que empieza hablando del origen del mundo, de la invención de las artes—entre las cuales incluye con ridículo encomio la de cortar con el cuchillo,—y acaba—¡al fin!—con una nimia descripción de cómo se trinchaba en la real mesa. Lo menos infulado y ampuloso que salió de su pluma, fastidiosamente erudita y crespa, es una especie de novela mitológica, no exenta del influjo clásico, que dedicó á las empresas de Hércules, y en que cuenta la fábula del jardín de las Hespérides, donde hay un árbol, el árbol de la filosofía, plantado por Atlante, que custodia un dragón.

El libro, muy alegórico, está erizado de citas latinas, de amplificaciones y arcaísmos, y no recuerdo si de chistes, de aquellos chistes suyos que mueven á risa de puro pesados.

¿Cómo no evocar la doliente sombra de Macías

al hablar de D. Enrique Villena, de aquel Macías, «ídolo de los amantes,» como le llama el Sempronio de *La Celestina?* Su pasión desventurada y su fin trágico dieron origen á románticas leyendas de amor que Lope de Vega dramatizó en su *Porfiar hasta morir* y Larra en su *Macías.* Este trovador galáico, que, por los versos que se le atribuyen en el *Cancionero* de Baena, valía poco, se enamoró de una doncella, llamada Elvira, del servicio de Villena, y que, á pesar de corresponderle, se casó con otro, por motivos ajenos á su albedrío. Ni este contratiempo, ni las amonestaciones de Villena, ni, por último, su encierro en una cárcel por orden de su señor y á petición del marido, lograron arrancarle de su obsesión erótica. Celoso el marido de tal persistencia, halló modo, de acuerdo con el alcaide de la torre en que estaba Macías, de arrojarle, al través de la reja del calabozo, un venablo que le mató, en momentos en que evocaba, en una canción, el nombre de Elvira. Su muerte fué llorada por el mismo Villena, por Santillana, que puso en sus labios la célebre redondilla que anda hasta en los compendios de retórica:

«La mayor cuyta que aver
puede ningun amador,
es membrarse del placer
en el tiempo del dolor.»

Mena, en su *Laberinto*, le consagra también un recuerdo sin asomo de poesía ni terneza.

A esto se reduce lo que nos cuenta la historia. La tradición añade patéticos episodios y ciñe á la frente del trovador gallego una corona de espinas. Larra, que la siguió, sin ajustarse á los pormenores con que la realza Argote de Molina, concibe un Macías violento, orgulloso, audaz, que reta al marido, injuria á Villena, llamándole hechicero y cobarde; penetra de improviso en la alcoba de Elvira, á raíz de la ceremonia nupcial, y muere á la postre asesinado á mansalva en la torre por Fernán Pérez (el marido) y sus secuaces. Elvira, que se ha introducido en la torre para advertir á Macías del peligro que le amenaza, en presencia del fin desastroso de éste, se suicida, sin haber dado su cuerpo ni al amante ni al marido, y nótese que ambos tuvieron ocasión de poseerla; pero, por lo visto, el *ayuntamiento de hembra*, que dijo el arcipreste de Hita, no era el móvil principal del amor de aquellos dos maniacos, cada cual á su modo.

Esta concepción abstracta del amor, sin raigambre en la realidad afectiva, originada, en parte, por un petrarquismo huero, en parte por la ardiente sequedad mesológica (hablo en hipótesis), no es un fenómeno aislado en la poesía medioeval, sino algo muy significativo de nuestra raza ascética, escuetamente soñadora, más inclinada á lo artificioso, á la fraseología hiperbólica, que á lo sencillo y espontáneo. Somos apasionados, pero no somos tiernos. El distintivo de la pasión es la monotonía absorbente; viene á ser, con respecto

á la sensibilidad—discurre un psicólogo moderno,—lo que la idea fija con respecto á la inteligencia.

La acción del drama de *Fígaro* se desenvuelve con intensa concisión, sin enojosos incidentes; la versificación á trechos corre vigorosa, suelta y limpia (en el primer acto sobre todo); pero adolece, en mi sentir, del lirismo enteco, de la gárrula pompa de casi todo nuestro teatro.

Amigo de Macías fué su paisano Rodríguez del Padrón ó de la Cámara, el último de los trovadores galáicos, de quien se cuenta que anduvo en amoríos con la mujer de D. Juan II, aventura que le valió el destierro.

Otro de los líricos de la corte de D. Juan II—superior á los anteriores—fué D. Iñigo López de Mendoza, señor de Hita, más conocido por el marqués de Santillana. Nació en Asturias y heredó de su padre, el almirante de Castilla, una cuantiosa fortuna, que vióse obligado á defender, de la rapacidad de los nobles, con las armas en las manos, al menos, en parte.

Fué el suyo el primer marquesado de Castilla, título que obtuvo poco después de su victoria sobre los moros en la batalla de Olmedo. Según Fernando del Pulgar, que le retrata en sus *Claros varones de Castilla*, era valiente, muy leído y dado á la filosofía moral, á lo que debió tal vez su nombradía fuera de España. De casi todo lo que escribió se exhala el tufo de retórica efectista de su época. Sus *Proverbios*, que compuso en co-

plas á instancias de D. Juan II, están calcados en los de Salomón; en sus *Edades del mundo*—poema cosmogónico ó algo así—alardea de un prosaísmo inaguantable, y en su *Comedieta de Ponza*—alegoría del desastre de la flota aragonesa en aguas de Gaeta, que consternó á sus contemporáneos—se sorbe al Dante, el bebedero á que acudían todos los devotos de la «gaya ciencia» del siglo XV. A Santillana se debe la introducción en nuestra poesía del soneto, que cultivó «al itálico modo.» Su nombre vive gracias á una poesía ligera y candorosa, de corte bucólico, sugerida por una zagala que encontró en una de sus expediciones militares,

«en un verde prado
de rosas é flores
guardando ganado
con otros pastores.»

Esta *serranilla* ó *vaqueira* contrasta por su aroma virgiliano con el olor á aceite de la versificación artificiosa, descarnada, rastrera y sin frescura de entonces.

Fernán Pérez de Guzmán, escritor y soldado, brilló también en el reinado de D. Juan II. En el *Cancionero* de Baena ocupa como poeta lugar preferente; pero yo me quedo con el prosista incomparable de las *Generaciones* y *Semblanzas*. ¡Con qué opulento pincel, con qué sutileza psicológica nos devuelve la silueta de sus contemporáneos!

En la antología de Baena figura otro poeta llamado Villasandino, muchas de cuyas coplas, de inequívoco sabor provenzal, se apropió D. Alvaro de Luna, según Ticknor. No obstante el perpetuo adular de su musa pordiosera y cínica, no logró salir de la pobreza en que murió. Para Baena fué «corona de los trovadores españoles,» lo cual es mucho decir.

De los líricos de aquel tiempo, el más grande, á mi juicio, el que á todos avasalla, es Jorge Manrique. Perteneció á una familia de poetas, de soldados y políticos ilustres. Como á Rodrigo Caro, le inmortalizó una sola poesía. Sus coplas á la muerte de su padre, ¿están calcadas, como afirman algunos críticos, en la elegía á la decadencia musulmana, del poeta Abulbeka Selik Ex-Rundí? ¿Sabía Manrique el árabe? Juan Valera cree que «Manrique hubo de conocer é imitar los versos del poeta arábigo rondeño (1).» Comparadas ambas poesías, se advierte que ciertos estados de alma y algunas imágenes y conceptos son análogos á los de Abulbeka. Esta analogía resulta evidente cuanto á la técnica, si nos atenemos á la traducción de Valera, «en el mismo metro y con la misma combinación rítmica» de las coplas; pero en este caso quien imita no es Jorge Manrique.

(1) *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*, por Adolfo Federico de Schack. Traducción del alemán por Juan Valera. Tomo I, pág. 240: Sevilla, 1881.

El hecho de que las demás composiciones suyas no revelan ni la exquisita sensibilidad nerviosa, ni la habilidad técnica, ni el nostálgico filosofar que campean en las coplas, parece justificar la aseveración de Valera.

La inspiración es un fenómeno casi mecánico, ó, como la define Ribot: «es una especie de telegrama cifrado que lo inconsciente dirige á lo consciente, que se encarga de traducirle (1).» No acude siempre que se la invoca; tiene, como la voluntad, sus caprichos, pero no surge sin más ni más; presupone cierto sordo trabajo de incubación, y, sobre todo, una contextura psíquica especial. Sin negar que un poeta puede tener momentos felices y desgraciados, según le sople ó no la musa, en su obra total muy rara vez desmiente la unidad creadora de su genio. Siempre se ve en ella no sé qué característico, el predominio de una tendencia, algo, en fin, que depende, ó de su complexión mental, ó del medio cósmico, ó del ambiente social en que vive, con todo de ser tan complejo cada uno de estos agentes de la producción artística. Prescindo de los cambios intelectuales y afectivos que originan los trastornos orgánicos.

Comparando los acrósticos amatorios y otros versos de Jorge Manrique, vulgares é insípidos, con sus célebres *coplas*, noto una disparidad enor-

(1) *Essai sur l'imagination créatrice*, pág. 48: París, 1900.

me que me induce á suponer que, al componerlas, se inspiró en el poeta árabe, por mucho que, como indica Menéndez y Pelayo, «la meditación moral» que las informa estuviese entonces en la atmósfera, y que Jorge Manrique no hizo sino condensarla.

Entre los romances de Góngora y sus *Soledades* hay cierta semejanza: la de ser productos del mismo ingenio, si bien influídos por causas, ya individuales, ya de otra índole, diferentes. Entre el Nietzsche del *Origen de la tragedia* y el Nietzsche francamente vesánico de *Así hablaba Zarathustra*, hay un parentesco mental innegable... Aun en los casos de sonambulismo artificial, lo que hay de más íntimo en nosotros, persiste.

El más hábil hipnotizador no obligaría á robar á quien no nació con la predisposición al robo.

Dejando aparte este arduo problema de la génesis de la obra artística, obscuro como casi todos los problemas psicológicos (obscuridad á que se agarran los espíritus superficiales para negar á la psicología carácter científico), las coplas de Jorge Manrique se me antojan un oasis en el páramo de ripios de aquel tiempo. ¡Con qué ondulante melancolía se ingieren en el alma del lector! ¡Con qué desconsuelo nos hablan de lo precario de la vida, del derrumbe de todas las cosas, del andar felino de la muerte!

¡Con qué plañidera voz se pregunta el poeta, como nos preguntamos nosotros por las cosas idas de que fuimos un tiempo espectadores, «qué se

hizo el rey D. Juan, los infantes de Aragón, los vestidos y los olores de las damas, las músicas acordadas de los trovadores!...»

A veces, leyendo estos versos de tan inquietante lirismo, he recordado al cirenáico Hegesías. Produjo tal epidemia de suicidios con su propaganda pesimista, que Ptolomeo Filadelfo se vió obligado á cerrarle la escuela.

Salgo de la Cartuja con dirección á mi hotel. El cielo se ha vuelto gris y hace frío. Lo desolado del paisaje pone al unísono mi alma con la del poeta:

«Recuerde el alma adormida,
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando.»

Burgos, Mayo 1906.

Valladolid.

I

Me alojo en el «Hotel de Francia,» pura antífrasis, porque de hotel sólo tiene el nombre. Pregunto por el dueño para ajustar el hospedaje.—El principal no está—me contesta un mozo, no sé si de comedor ó de cordel.—¿Con quién me entiendo entonces sobre el precio?—Y nadie me responde.

Subo la escalera, en cuyas paredes aullan unos frescos horribles, que diríase pintados—y tal vez acierte—por un ciego. Un chusco ha firmado con carbón al pie de uno de ellos: «Goya.» Entro en mi cuarto. En el suelo no hay alfombra; en las ventanas no hay visillos. ¿Estufa? ¡Que si quieres! Tiritando de frío me desnudo; me arropo hasta las narices, y, dando diente con diente, me duermo. Sueño que estoy en el Polo Norte.

A la mañana siguiente, al levantarme, pregunto por el principal.—Está en la cama todavía—me contestan.—Pero ¿con quién diablos se entiende uno en esta casa? Se hacen ustedes los remolones para ponerme después en la cuenta lo que se les

antoje. ¡O viene ó me largo!—Al fin aparece el dueño, en chancletas, desgreñado, legañoso, medio dormido.—¡Ah! ¿Es usted francés?—Sí, *señog*.—¿De dónde?—De Bayona.—Pues hablemos en su lengua. Me han dicho que tiene usted hospedajes de ocho pesetas.—No, monsieur.—Oui, monsieur. Me lo ha dicho un señor que ha vivido muchos años en Valladolid.—Pues ese señor miente.—No, quien miente es usted, y no se desmande.—Tras mucho disputar, porque mi francés es un razonador impenitente, me quedo por las ocho pesetas.

Frente á la fonda hay un colegio, en cuyo zaguán, destartalado y fangoso, una vieja—la portera, sin duda—remienda unos pantalones sucios. El vocerío de las niñas, que dan la lección cantando en coro, se derrama por la calle con yo no sé qué de la tristeza de una Salve carcelaria. Ha llovido durante la noche y la humedad cala los huesos. Me figuro estar envuelto en un papel mojado. Atravieso barrizales orillados por decrépitas viviendas con portalones sombríos. Me asomo á una de ellas: por dentro es glacial; en la sala, sin muebles, bosteza un brasero apagado; la alcoba tiene por única ventilación un ventanillo que da á un corral. En las paredes se ven imágenes de vírgenes y santos. La cama, grande, con una colcha verde, está pregonando ascetismo, padecimientos crónicos, castidad guarra. Sigo andando.

A cada paso me asalta un mendigo pestilente. Viejas de luto, boquisumidas, encorvadas, tem-

blorosas, andan de aquí para allá como si buscasen algo por el suelo. Me ingiero en un callejón lóbrego, con tres casuchas, enfáticamente llamado «calle del Emperador.» Zancajeando sin rumbo, salgo al «Puente Mayor,» sobre el Pisuerga, en cuyas márgenes herbosas lavan ropa unas mujeres en cuatro pies. En el agua cenagosa flota el cadáver de un perro. De tarde en tarde pasa por el puente un lugareño á mujeriegas en un burro. De improviso tropiezo en la calle de San Gregorio con una rimbombante fachada gótico-florida.—¿Qué edificio es éste?—le pregunto á un transeunte.—La iglesia de San Pablo—me contesta.—Aquí vivió y estuvo enterrado algún tiempo Don Juan II.—Me asomo á la puerta, y una bocanada de frío y de silencio me obliga á retroceder.

Facero de San Pablo está el Palacio Real, construcción del siglo XVII, en cuyo patio dormitan unos bustos romanos que se atribuyen á Berruguete. Cerca está la casa del conde de Rivadavia, donde nació Felipe II. En una visión rápida y sintética resucito la España de aquel tiempo, fastuosa y pordiosera á la vez, guerrera y frailuna, linajuda y rufianesca, parasitaria, supersticiosa, trapacista. El tránsito brusco de lo trágico á lo picaresco era entonces lo corriente. Dentro de cada héroe había un Guzmán de Alfarache.

No lejos culmina el campanario romano de la Antigua, basílica del siglo XIII, de pórtico bizantino; varios caserones, que fueron palacios en los

siglos XVI y XVII, y el magnífico teatro de Calderón.

El panorama del Campo Grande, con sus arboledas, sus fuentes y sus estatuas, me produce, en la turbia palidez del día, alegre impresión visual. En esta vasta llanura se celebraban «los juicios de Dios» y ardían á menudo las piras del Santo Oficio (1). ¿Quién no ha leído la descripción de estas fiestas suntuosamente repulsivas? Rojas colgaduras engalanan por fuera la casa del Inquisidor general. Timbales y clarines atruenan las calles. Sale la cabalgata con el alguacil mayor á la cabeza. La muchedumbre hierve en todas direcciones, ávida de presenciar el piadoso espectáculo. El pregonero anuncia la celebración del auto. Se preparan los haces de leña. Al día siguiente (la función dura varios días) ondula pintoresca por la ciudad una procesión de familiares del Santo Oficio, de aristócratas, de frailes de todas las Ordenes que cantan el *Miserere*, de soldados, de niños con blandones en las manos. Por la noche (suprimo muchos pormenores en obsequio á la brevedad) los inquisidores se dirigen á la cárcel, y llamando «hermanos» á los reos (¡oh santa hipocresía!) les anuncian su próximo fin. Muy temprano, antes de romper el alba, les ponen una coroza con llamas y diablos, una túnica amarilla con una cruz roja pintada en el pecho y una mordaza

(1) El primer auto de fe celebrado en España se celebró en Valladolid en Mayo de 1559.

en la boca; les ligan fuertemente las manos por las muñecas. Estos herejes han sufrido en la lobreguez sin eco de las mazmorras todo género de torturas para que *canten en el ansia*, es decir, para que declaren la verdad—la verdad que conviene á los verdugos,—lo cual de nada les vale. A lo sumo, cuando se arrepienten y abjuran públicamente de sus errores, para que se les ahorque antes de quemarles. Del mal el menos. A los reos se les ofrece un opíparo almuerzo, á fin de hacer creer al vulgo que en la prisión les tratan del mismo modo; pero cualquiera prueba bocado con la perspectiva de una hoguera ó de un garrote en las narices. Sucede que los frailes les arrebatan á menudo las viandas de las manos.—«Comamos nosotros que hemos de seguir viviendo—pensarán—y no éstos que están de paso (1).»

Llegan los reos al escenario en que han de representar á lo vivo la trágica pantomima de su propia muerte. Un *velarium* resguarda á los espectadores del sol. Damascos carmesíes, paños y tapices adornan las gradas y los palcos. En uno de ellos se arrellana el tribunal. La nobleza tiene sus cátedras aparte. En el centro se eleva un altar negro, alumbrado por candelabros de plata. El rey aparece en su balcón de oro. Después de jurar todos, desde el monarca hasta el alcalde, intérprete del pueblo, empieza la misa en medio

(1) *Procedimientos de la Inquisición*, por Julio Melgares Marín. Dos tomos: Madrid, 1886.

de un silencio planetario. Un fraile pronuncia un sermón *gerundiano* en alabanza del Santo Oficio, en que refuta las herejías y colma de injurias á los reos. El fiscal lee luego las sentencias, en que pide para unos el azote público, para otros el remo á perpetuidad, para muchos la hoguera y la horca, y para todos la confiscación de bienes, con beneplácito de la multitud.

Los reos desfilan gesticulando, sonambúlicamente, la soga de esparto al cuello, con velas apagadas en las manos, símbolo de sus vidas próximas á apagarse. Los crímenes que á muchos se les imputa son irrisorios. En rigor, no han delinquido. ¿Se puede llamar crimen á que un fraile lea libros sospechosos? ¿Se puede llamar crimen á que una alcahueta afirme haber hablado con Cristo, á imitación de los histéricos canonizados por la Iglesia, ó á que una bruja se jactase de tener comercio con el diablo? (1).

Entre los reos no faltan mujeres hermosas, con las cuales me figuro lo que habrán hecho á solas los que, en nombre de un Dios sin piedad, las condenan á morir achicharradas.

Al día siguiente (el auto de fe ha concluído) chisporrotea la carne viva entre las llamas y el

(1) Según Llorente, se consideraba como delito no terminar diciendo, al rezar un salmo de David: *Gloria Patri et Filii et Spiritu Sancti. (Historia crítica de la Inquisición.* Dos tomos: Barcelona, 1870.)

humo del quemadero. Las víctimas—escarnecidas por el populacho—aullan, blasfeman, suplican, se retuercen... La vieja tabla del Museo del Prado, atribuída á Pedro Berruguete, es muy sugestiva en lo tocante á la indiferencia con que los inquisidores asistían á estas escenas espeluznantes.

Las almas purificadas de los reducidos á pavesas han volado al cielo; la conciencia nacional está tranquila; los defensores de la fe católica, satisfechos. El pueblo, habituado á este linaje de regocijo, duerme aquella noche más á pierna suelta que nunca, convencido de que la justicia impera inexorable...

***

A esta Inquisición—cuyas ramificaciones corruptoras se extendieron como un pólipo por todo el cuerpo social—debe España principalmente su ruína. El erudito y sagaz Menéndez y Pelayo no lo cree así, fundándose en que, durante su predominio, España dió pruebas de una exuberancia mental increíble. Es el mismo argumento que emplearía un libertino para convencer al médico de que los males que le aquejan no provienen de su vida disoluta, porque mientras la llevó sintióse más saludable que nunca.—Eso no prueba—discurre el médico—sino que por lo robusto de su complexión pudo usted soportarla más tiempo

que otros; pero ahora las está usted pagando todas juntas.

Ernesto Renan cita el ejemplo de Atenas y Roma en apoyo de que el despotismo, lejos de perjudicar, favorece la actividad psíquica. «El estado habitual de Atenas—dice—era el *terror*. No se sabe de costumbres políticas más violentas, de menos garantías individuales. El enemigo estaba siempre á la vista y había que combatirle constantemente. En lo interior, ¡qué serie de peripecias y de revoluciones! Hoy desterrado, mañana vendido como esclavo ó condenado á beber la cicuta. Y con todo, el ateniense, que vive en esta agitación perpetua, produce con una espontaneidad maravillosa.»

Las obras más originales de la literatura romana—añade líneas después—nacieron en épocas de proscripciones y de guerras civiles (1).

La explicación del fenómeno tal vez estribe en que durante estos períodos de excitación colectiva, la sensibilidad se aguza, el sensorio se excita y el mismo temor á la muerte activa la imaginación creadora. Pero así como durante la pelea no se sienten las heridas que se reciben, sino después, la decadencia de un pueblo, que ha derrochado á tontas y á locas su energía, no aparece sino siglos más tarde, cuando el organismo social se da cuenta de su agotamiento nervioso. Por otra

(1) *L'avenir de la science,* págs. 420 y 421: París, 1890.

parte, no hay que buscarla en lo externo, sino en los diferentes factores sociológicos, en la *entraña;* como la etiología de una enfermedad no se busca en la expresión facial del paciente, que, desde luego, puede ser un síntoma, sino en los órganos y sus funciones. ¡Cuántos enfermos andan por ahí con cara de risa!

Que el pensamiento español se mostró fecundo y original en aquellos siglos de odiosa intolerancia (manifestación espontánea de la constitución mental y anatómica de una raza), ¿quién lo duda? Pero lo que produjo, así en literatura como en ciencia, está impregnado—salvo excepciones (1)—de pedantesco escolasticismo, de intrincada teología, es decir, del ambiente mefítico entonces imperante, cuando no de delirantes desatinos, como los del P. Fuente Lapeña, autor del *Ente dilucidado.*

Una sociedad no puede vivir largo tiempo ator-

(1) A Luis Vives no se le puede considerar como genuinamente español desde el punto de vista filosófico, porque pasó toda su vida en Flandes y en Inglaterra. «Hizo bien Vives. De establecerse en su patria hubiera prestado menos servicios á las letras y hubiera corrido la misma suerte que Juan de Vergara, Bernardino Tovar, Pedro de Lerma, Luis de la Cadena, Alonso de Virués y tantos otros renacientes sus contemporáneos, víctimas de la implacable saña inquisitorial.» (*Luis Vives y la filosofía del Renacimiento,* por Adolfo Bonilla San Martín, págs. 153 y 154: Madrid, 1903.)

mentada en su carne, fiscalizada á todo momento en su fuero interno por un espionaje sofístico, suspicaz, aterrador y utilitario, sin que su moral se prostituya, sin que su máquina cerebral se desarregle al fin, originando el delirio de persecución y la megalomanía de que nos dan copiosos testimonios el *Quijote* de Cervantes, los caprichos de Goya, y en el día algunas novelas de Pérez Galdós, amén de la epidemia de alucinaciones místicas, de ataques convulsivos que infestaba los monasterios.

«En los demás países—pregunta Juan Valera,—¿no se atenaceaba, no se quemaba viva á la gente, no se daban tormentos horribles? (1).» Cierto: en Alemania y Francia, por ejemplo; pero en ninguna parte de Europa, que yo recuerde, se prolongó tanto como en España este régimen de opresión teocrática, de crueldad excesiva. Los recientes horrores de Montjuich, de que todo el mundo sabe, ¿no son una supervivencia de la Inquisición? Y en este caso, no se trataba de herejes, de nigrománticos, sino de simples sospechosos de anarquismo.

Menéndez y Pelayo llega hasta «bendecir la Inquisición como fórmula del pensamiento de *unidad* que rige y gobierna la vida nacional á través de los siglos, como hija del espíritu genuíno de pueblo español (2).»

(1) *Disertaciones y juicios literarios*, pág. 122. (Biblioteca Perojo.)

(2) *La ciencia española*, tomo I, pág. 232: Madrid, 1887.

rescindiendo de lo que significa *bendecir* una institución fundada en la mentira, en la ambición del poder, en el lucro (1), en la delación (el padre podía denunciar al hijo, y á la inversa), en la sevicia y á menudo en la envidia (dígalo el proceso de Carranza, arzobispo de Toledo), y no hay argucia metafísica ni disculpa pseudo-histórica que me persuadan de lo contrario, yo pregunto al insigne crítico: unificar fanáticamente á un pueblo (no al modo equitativo y severo como entendió Roma la unificación, respetando las creencias y los hábitos de los pueblos más diversos), ¿no equivale á despojarle de toda facultad crítica, de toda curiosidad investigadora y, por consiguiente, de toda aspiración al progreso? Esta absurda imposición unitaria, propicia tal vez á la acción colectiva, enderezada á un fin violento, convirtió á la na-

(1) «Mientras todos los cronistas del siglo XIV, que hablaron de las matanzas de los judíos, achacaron á la envidia y codicia popular la mayor culpa del saqueo é incendio de las juderías, todos los escritores del reinado que historiamos y los que inmediatamente les suceden, se fijan en que las primeras víctimas de los inquisidores *era gente muy acaudalada* y principal de las ciudades, añadiendo éstas ó análogas frases: «E fueron aplicados todos sus bienes para la cámara del rey é de la reyna, los quales fueron en gran cantidad.» (Pulgar, *Crónica*, cap. XCV.)—José Amador de los Ríos, *Historia social, política y religiosa de los judíos en España y Portugal*, tomo III, pág. 254: Madrid, 1876.

ción en una cárcel, en que, como es sabido, los presos no se llaman por sus nombres, sino por el número de las celdas que ocupan; imprimió al cerebro español una monotonía ideológica insoportable, evidente hasta en aquellos pensadores que más se esforzaban en aparecer originales y que en el fondo, prescindiendo de las variantes de temperamento y de estilo, no son sino frailes disfrazados de filósofos, ergotistas con conatos científicos. El Dr. Huarte, una de las inteligencias más observadoras y realistas del siglo XVI, ¿no mezcla en sus intuiciones fisiológicas (las relativas á la herencia, por ejemplo) mil patrañas bíblicas que á él se le antojan inconcusas? (1).

Si la filosofía ha de juzgarse por sus efectos, como el árbol por sus frutos, según quería Macaulay, convengamos en que la muestra, tan decantada por el eximio autor de *Los heterodoxos*, vale poquísimo. Toda investigación—añade el crítico británico—tiende á mejorar la condición del hombre, á disminuir el dolor y las enfermedades, haciendo menos penosa la vida. Y ya sabemos á lo que nos ha reducido el solitario especular de nuestros filósofos y la masturbación de nuestros místicos, traducidos del alemán.

Pocos pueblos han tenido más motivos para llorar que el pueblo español, y, no obstante, es el

(1) Véase su *Examen de ingenios*, libro en que son más las citas de autores griegos y latinos, que las observaciones personales.

pueblo que menos ha llorado. Hasta en su propia lírica, que, por su carácter subjetivo, se presta á la lamentación como ningún otro género, se muestra seco y adusto. ¿No habrá influído en esta analgesia un fanatismo militante que parece no haber perseguido otro fin que ennegrecer la vida, triste de por sí? No deja de ser sugestivo lo que dice Saint-Simon del Santo Oficio en sus *Memorias* («odia toda ciencia, toda luz: no quiere sino ignorancia»), porque en su país se perseguía entonces con ardor á los protestantes y los jansenistas.

II

Una mole de granito fija mi atención en la plaza de Portugalete. Es la catedral, concebida y ejecutada en parte—está sin concluir aún—por Juan de Herrera, aquel arquitecto de aplastante rigidez egipcia. (Testigo, el Escorial.) Desierto y glacial, sin imágenes ni vidrios de colores, más que al recogimiento convida al estornudo.

El sacristán me enseña una custodia de plata maciza de Juan de Arfe, en la cual—valga la franqueza—ni me fijo. Para tortas está el horno.

Al salir le pregunto á un clérigo por la plaza del Ochavo.—¿No sabe usted dónde está la plaza Dorada? Pues por ahí—me contesta.—Está á un paso.—En esta encrucijada, un tiempo plaza del Ochavo, fué decapitado en 1453 D. Alvaro de Luna,

«... aquel gran condestable
maestre que conocimos
tan privado...»

Sacudamos el polvo á la historia y galvanicemos aquella gran figura.

Era D. Alvaro hijo natural de un caballero aragonés y sobrino del arzobispo de Toledo D. Pedro de Luna. Siendo muy niño quedó huérfano. Sus parientes se cuidaron de educarle y en poco tiempo aprendió á leer, á escribir y á montar á caballo. Tan pronto como entró al servicio del príncipe D. Juan, en calidad de paje, se granjeó las simpatías de la corte, principalmente de las damas, á quienes mostró su agradecimiento con el *feminismo* que palpita en su *Libro de las claras y virtuosas mujeres*. Si éstas le amaron, no fué, de seguro, por su hermosura física. Pérez de Guzmán nos le pinta «pequeño de cuerpo é flaco de rostro, calvo, de ojos pequeños é muy agudos; la boca honda é malos dientes (1).» Le amaron porque era atrevido, enérgico, valiente, astuto y cauteloso; «muy galante y atento con las damas, muy discreto y reservado en sus amores»—como dice Quintana;—«dado mucho á los placeres, gran caballero de toda silla y buen justador,» y porque «danzaba é trovaba bien.»

Las mujeres—observa Herbert Spencer—admi-

(1) Fernán Pérez de Guzmán, *Generaciones y semblanzas.*

ran la fuerza y la autoridad. D. Alvaro llegó á ser el personaje más poderoso de su tiempo. Al decir de Lafuente, dormía á los pies del soberano, «que era la mayor confianza y honra que podía recibirse entonces de un rey.» Durante treinta años fué su amigo y consejero.

La sugestión obra por inhibición y dinamogenia, acrecentando la excitabilidad refleja y la ideomotora. La credulidad es una tendencia mecánica del cerebro. La mayoría de nuestros actos son sugeridos. Hay individuos más fáciles á la sugestión que otros. Son aquéllos—de ordinario irresolutos—que creen ciegamente en la palabra de un extraño. Fué el caso de D. Juan con respecto de su favorito, á cuya voluntad se sometió, convirtiéndose, quizá sin darse cuenta, en un sér pasivo.

Gracias á D. Alvaro logró escapar de su efímero cautiverio de Talavera; él deshizo las intrigas de los que pretendieron apoderarse nuevamente de su persona; él derrotó á los nobles sediciosos en la refriega de Olmedo; él, cuando casi todos abandonaron al monarca, permaneció fiel á su lado; él, en fin, triunfó de los moros de Granada en la famosa batalla de Higueruela...

¿Cómo no había de premiar, dado el cariño que le tenía, estos servicios, estos testimonios de adhesión, de arrojo y de amistad?

Le hizo condestable de Castilla y gran maestre de Santiago, le colmó de riquezas—de los «tesoros, villas y lugares,» á que alude Jorge Manrique

en sus coplas,—despertando la envidia de aquellos cortesanos codiciosos y díscolos.

El reinado de D. Juan II—dice Quintana—«fué un flujo y reflujo continuo de facciones y de intrigas, de confederaciones y de rompimientos sin fin (1).» Contra el tesón de D. Alvaro se estrellaron más de una vez las confabulaciones de la nobleza. Acaudillados por dos primos del monarca, D. Juan y D. Enrique, enemigos entre sí, se formaron dos partidos adversos al condestable, que, aterrorizando al rey, le obligaron á desterrarle, aunque por poco tiempo, porque la ausencia del privado, sobre entristecerle, echaba sobre sus hombros el peso, para él harto fatigoso, de los negocios públicos; pero quien contribuyó á la pérdida definitiva de D. Alvaro fué la reina doña Isabel de Portugal, que, cediendo á la presión de los rebeldes y á sus desórdenes mentales, le arrancó al monarca, á quien dominaba por el amor y la juventud, la cédula de prisión, que rezaba así: «Don Alvaro de Stúñiga, mi alguacil mayor, yo vos mando que prendais el cuerpo á don Alvaro de Luna, maestre de Santiago, é si se defendiese, que le mateis.—Yo el Rey.» La promesa que se le hizo al condestable de respetar su persona, no se cumplió.

Al partir de su casa, ya preso, sus criados, afligidos, le decían: «¡Señor! ¿cómo nos dejáis así?

(1) *Vida de los españoles célebres*, tomo II. Biblioteca clásica: Madrid, 1906.

¿A dónde os vais sin nosotros? Con vos, señor, queremos ir: si vos preso, nosotros presos; si vos muerto, nosotros muertos.» Esta conducta generosa de su servidumbre contrasta con la soledad y el desamparo en que le dejaron todos, incluso aquéllos á quienes encumbró. A mí no me sorprende, porque la ingratitud es la moneda con que suele pagar el hombre los favores que recibe. ¡El tópico es tan viejo!

Doce letrados del Concejo Real—hostiles á D. Alvaro—le acusaron pérfidamente y sin pruebas «de que tenía usurpado el poder real; de que había procurado siempre destruir los grandes del reino, desterrando á unos y matando á otros; de que había impuesto á los pueblos grandes sumas de maravedises y tomado para sí muchas cuantías; de que todas las alcaldías que vacaban las daba á sus criados; de que había causado la muerte de D. Fadrique,» y de que había dado hechizos al rey (1). De resultas de estas acusaciones fué condenado á muerte, se dice que con gran dolor de D. Juan, que no pudo sobrevivir largo tiempo á fallo tan injusto. Esta aflicción del monarca no tiene otra validez que una carta del bachiller Gómez de Cibdarreal, cuya contradicción con otros documentos evidencia Quintana.

Cuando llevaban al condestable de la fortaleza

(1) Modesto Lafuente, *Historia general de España*, tomo VIII.

de Portillo á Valladolid para ejecutarle, nadie se atrevió á decirle por qué le llevaban; pero habiendo encontrado en el camino á un fraile amigo que le hablaba de los desengaños del mundo, le preguntó si su fin estaba próximo. «Todos, mientras vivimos—respondió sentenciosamente el religioso, —caminamos á la muerte; pero el hombre preso está más cerca de ella, y vos, señor, estáis sentenciado ya.»

D. Alvaro, reprimiendo la turbación que le produjo semejante noticia, replicó que cuando se es cristiano la muerte no parece tan horrible, y que él acataba el mandato del rey; réplica muy en armonía con el espíritu medioeval y la tradicional sumisión de los españoles al monarca, indicada por Buckle y confirmada por los hechos. Recuérdese, entre otros, el caso de Guzmán el Bueno. El atentado de que fué víctima en Barcelona Fernando *el Católico* no obedeció, según parece, á una confabulación política.

Muy de mañana, el condestable oyó misa y comulgó. A petición suya le dieron un plato de guindas y un vaso de vino. A la hora convenida la fúnebre comitiva dirigióse al cadalso. Cabalgaba el reo en una mula, camino de la Plaza Mayor, con una larga capa negra. El pregonero iba diciendo: «Esta es la justicia que manda facer el rey nuestro señor á este cruel tirano, usurpador de la corona real; en pená de sus maldades *é deservicios*, mándale degollar por ello.» Cuéntase que como el pregonero se equivocase una vez diciendo *servicio*

por *deservicio*, exclamó el maestre: «Bien dices, hijo: por los *servicios* me pagan así.»

Subió al patíbulo «con resolución y presteza;» pero oigamos al anónimo analista de la *Crónica de D. Juan II:* «Y esto hecho, comenzó á desabrocharse el collar del jubon é aderezarse la ropa que traia vestida, que era larga de chamelote azul, forrada en raposos ferreros, é como el maestre fué tendido en el estrado, luego llegó á él el verdugo, é demandándole perdon, é dióle paz, é pasó el puñal por su garganta, é cortóle la cabeza, é púsola en el garavato, y estuvo la cabeza allí nueve dias y el cuerpo tres dias; é puso un bacin de plata á la cabecera donde el maestre estaba degollado, para que allí echasen el dinero los que quisieren dar limosna para con que le enterrasen.»

Este relato concuerda con el del bachiller Gómez de Cibdarreal—personaje fantástico, según algunos,—que presenció la ejecución (1). Hele aquí: «E llegado al cadahalso, fizo reverencia á la cruz que sobre un paño negro estaba; é luego miró un poco el garabato de fierro que en un palo estaba... E se paseó por el cadahalso, ca parece estuvo dudando si fablaria al pueblo ó si callaria...

(1) El ilustre filólogo colombiano Rufino J. Cuervo prueba que el vocabulario de las cartas del supuesto bachiller, sobre no ser castellano, dista mucho de pertenecer al siglo XIV, en que se supone que fué escrito el *Centón*.

E el verdugo le quiso con un cordel atar ambas muñecas; é don Alvaro sacó del seno una cinta é se la dió para que le atase. E demandó si el garabato era para meter en él la cabeza, é le dijo de sí; é dijo: despues de yo degollado, el cuerpo y la cabeza nada son. E luego se comenzó á componer la ropa, á descubrir el collar é se tendió en el paño del cadahalso, é el verdugo le cortó con gran sutileza el garguero de primero para matarle de súbito, porque menos dolor sintiera, é luego de vagar le acabó de cortar la parte de hacia el cogote. E porque nada le faltase de lo que con los más míseros se faz, fué demandada la limosna para lo enterrar, é despues de ajuntada buena cantia de dinero, lo llevaron é tres dias á la ermita que es fuera de la villa, donde á los malhechores entierran. E así acabó sus dias este caballero tan levantado é tan abatido de la fortuna (1).»

Así murió, estóicamente á la española (tal vez herencia romana), el personaje más prominente del reinado de D. Juan II. No profanemos su memoria con plañideros tópicos. Él, que se hizo temer de los hombres y amar de las mujeres, bajó de la cima del poder, de los honores y de la riqueza, para morir á manos del verdugo como un criminal, víctima del odio y de la envidia de sus rivales, de la ingratitud de una histérica, á

(1) Epístola al arzobispo de Toledo. *Epistolario español*, págs. 33 y 34, tomo I. Rivadeneyra: Madrid, 1884.

quien elevó al solio de Castilla, y del miedo de un monarca tornadizo, quién sabe si aquejado de arterio-esclerosis... D. Alvaro pudo morir diciendo (sin duda lo pensó): «he vivido;» porque vivir es pasar de lo grande á lo pequeño, de la luz á la sombra, y apurar la amargura en la misma copa en que se apuró el placer... Los seres que arrastran una existencia incolora, sin emociones, no viven: vegetan.

III

En una calle solitaria, mal alumbrada por un farol, se levanta un caserón conventual, en cuya fachada, que perforan minúsculos balcones y celosías, dice una lápida que allí murió el descubridor de América.

Lo lluvioso del anochecer aviva la tristeza de los recuerdos que brotan de la histórica vivienda franciscana.

No soy ni pretendo ser americanista; pero algo he leído referente á Colón y á sus empresas náuticas. No pretendo, con todo, descubrir Mediterráneos. Me embarco en la frágil carabela de mi erudición, en compañía de Las Casas y Bernáldez, de Muñoz y Asensio, de Irving, de Harrisse, de Sophus Ruge, de Thacher, de Vigneaud y otros. Voy en calidad de simple marinero, y si naufrago, como mi antepasado Francisco de Bobadilla, cúlpese á estos pilotos, que basta que

sean muchos y todos ganosos de timonear, para que no arribemos felizmente á costa alguna. Dicho lo cual, me hago á la vela al través del *mar tenebroso* de la historia colombina, más tenebroso y erizado de sirtes—quiero decir, de confusiones y de conjeturas contradictorias—que los que surcó el intrépido Magallanes.

Del físico de Colón sabemos, no por sus retratos iconográficos—de los cuales no hay ninguno auténtico, ni el que se atribuye á su contemporáneo Antonio del Rincón,—sino por Las Casas y Oviedo (1), que le pintan alto, musculoso, de gallarda apostura; muy blanco, pecoso, la nariz aguileña, la tez sonrosada, el rostro pomuloso y largo, zarcos los ojos; el cabello, un tiempo rubicundo, prematuramente cano; «gracioso y alegre;» sencillo en el vestir; afable, pero á veces impulsivo, aunque con mucho dominio sobre sí; más que creyente, fanático y supersticioso, como lo prueba su escrupulosa observancia de todos los mandatos de la Iglesia y el creerse *un enviado de Dios*, en lo que, después de todo, no hizo sino imitar á los reyes y á los papas, con más fundamento, sin duda, porque estos últimos no descubrieron, que yo sepa, ningún mundo nuevo. Hasta en su nombre Cristóforo, con que firmaba criptográficamente, creyó que se encerraba una

(1) Las Casas, *Historia de las Indias*, libro , capítulo II; Fernández de Oviedo, *Historia general*, tomo I, cap. II.

misión evangélica. Cristóforo significa portador de la cruz (1).

La crítica moderna, fundándose en documentos que no son de fuente colombina, sostiene que el descubridor «no dijo una palabra de verdad en lo que se refiere á su persona (2).» Nació en Génova (Harrisse lo duda) en 1436 según unos, en 1446 según otros, en 1451 según Vigneaud. No fué de noble linaje ni perteneció á una familia de marinos, como él pretendía. Su padre, Domenico Colombo, era cardador de lana ó tejedor de paños, ó ambas cosas á la vez. De su juventud poco ó nada se sabe. Lo que cuenta su hijo Fernando, que habló siempre por boca del almirante, parece no ser cierto. Su verdadera profesión hasta la edad viril fué la misma de su padre, en sentir de Harrisse (3). Es posible que pasase su juventud en Génova, á la vista de cuyo puerto, muy comercial

(1) «El fervor teológico que caracteriza á Colón no procedía de Italia, de este país republicano, comerciante, ávido de riquezas, donde el célebre marino había pasado su infancia; se lo inspiraron su estancia en Andalucía y en Granada, sus íntimas relaciones con los monjes de la Rábida...» (Alejandro de Humboldt, *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*, tomo II, págs. 175 y 176.)

(2) *Vie de Colomb avant ses Découvertes*, par Henry Vigneaud, pág. 511: París, H. Walter, éditeur, 1905.

(3) Henry Harrisse, *Christophe Colomb:* París, 1884. Dos volúmenes.

entonces y del que salían á diario numerosas galeras mercantes para lejanos países, se abriese su imaginación desde temprano á las aventuras marítimas. No consta que recibiese instrucción universitaria alguna. Con todo, no creo que fuese tan ignorante y embustero como pretende Sophus Ruge, que llega hasta despojarle de la paternidad del descubrimiento (1), en lo cual se le adelantó siglos há López de Gomara, que, sobre llamarle indocto, dice que «tuvo noticias de las Indias» por el piloto que murió en su casa (2). ¿No se ha dicho de Darwin que tuvo muchos precursores? Humboldt, que admira á Colón, asegura que no sabía palabra de física ni de historia natural, y que sabía poco, poquísimo, de matemáticas (3). La ignorancia—una ignorancia relativa,—lejos de dañar, favorece la invención. No hay que dar crédito, por consiguiente, á lo que dice Andrés Bernáldez de que «era muy diestro en el arte de la cosmografía,» ni á lo que dice Las Casas de que sabía leer y escribir desde niño, aritmética y dibujo, y menos á lo que el propio Colón declara en sus *Profecías* respecto de que «trató y conversó con gente sabia,» que estudió «cosmografías, historias, coronicas y filosofía y otras artes.» Estos

(1) *Colombus:* Berlín, 1902.

(2) *Historia general de las Indias*, por Francisco López de Gomara, pág. 165; *Historiadores primitivos de Indias*, tomo I, Rivadeneyra: Madrid, 1852.

(3) *Cosmos*, vol. II.

apologistas no hicieron sino repetir lo que el mismo Colón les contaba, y que un análisis severo ha desmentido, apoyándose en los nuevos informes de la *Raccolta Colombiana*.

Sus notas marginales en mal latín á las obras del cardenal Pedro de Aliaco y á las relaciones de Marco Polo, son de un geógrafo y de un escritor perspicaz é independiente, al decir de Gaylord Bourne (1). «Hay en sus escritos—habla Menéndez y Pelayo—numerosas observaciones exactas, y entonces nuevas, de geografía física, de astronomía náutica y aun de zoología y botánica... Describe tan exactamente los animales y las plantas, que ha sido tarea fácil el identificar la mayor parte de las especies que reconoció en sus viajes (2).» Según sus panegiristas, Colón adquirió esta cultura en Portugal (donde residió catorce años, si hemos de creerle), centro entonces de los estudios geográficos y astronómicos y de las más atrevidas expediciones oceánicas.

En aquel tiempo, de universal ignorancia, se confundían con infantil candor las verdaderas exploraciones con las fábulas y las hipótesis relativas á lejanas tierras, como lo atestiguan los mapas de entonces. Los pensadores del siglo XV compartían el sentir de los antiguos respecto de la

(1) *Spain in America.*

(2) *Los historiadores de Colón*, pág. 221. (*Estudios de crítica literaria*, segunda serie: Madrid, 1895.)

redondez del planeta y de lo limitado del mar. Tanto el alemán Behain—ó Martín de Bohemia, según los españoles,—como el florentino Toscanelli, opinaban que se podía llegar á la India—el maravilloso país de las especias y los marfiles—con rumbo á Occidente.

Los hechos, aun los más simples al parecer, no se producen aislados, sin antecedentes, sin encadenamiento alguno, y menos los que entrañan la magnitud de todo un hallazgo continental. La matriz, de ordinario, desaparece. Si hay algún problema sin solución hasta el día es el de los orígenes, cualquiera que sea su índole. Pasado cierto límite reina el caos, que en vano la metafísica pretende alumbrar con su linterna sorda.

La hipótesis de *descubrir* las Indias—inaccesibles desde las Cruzadas á los europeos—no surgió sin más ni más del cerebro de Colón. La intuición—dice un insigne psicólogo (1)—puede bastar en obras de poco momento: una estrofa, un cuento, un boceto; pero desde que exige tiempo y desarrollo, el procedimiento discursivo se impone.

La creación no es producto aislado del individuo; necesita la colaboración anónima del medio social. No olvidemos el papel que desempeña la casualidad en todo invento. ¿Quién no sabe de la lámpara de Galileo y de la manzana de Newton?

(1) Th. Ribot, *L'imagination créatrice:* París, 1900.

Pero lo fortuito, para ser fructuoso, requiere un espíritu observador, capaz de asociarle al fin que persigue. ¿Qué hubiera sugerido á una inteligencia vulgar el juego de unos niños con unos pedazos de vidrio? Nada. Pues á un óptico atento y perspicaz le sugirió la invención del telescopio nada menos. En la historia de la ciencia abundan los casos así.

La hipótesis del descubrimiento se la sugirió á Colón la carta de Paolo Toscanelli al canónigo lusitano Fernán Martín (amigo del rey D. Juan), en que, ateniéndose á los relatos de Marco Polo, sostenía la posibilidad de aquella exploración (1). En el carteo de Colón con el astrónomo toscano yo no veo lo que ven algunos: la intervención decisiva de Toscanelli en la novelesca hazaña del marino genovés. ¿Le informa siquiera de cómo ha de hacer la travesía? El papel de Toscanelli se redujo á orientar el espíritu de Colón. La conje-

(1) Henry Vignaud sostiene (*La lettre et la carte de Toscanelli:* París, 1901) que Fernán Martín, caso de haber existido, no fué contemporáneo ni conocido siquiera de Toscanelli; que la carta de éste á Colón, copia de la que primero envió al canónigo portugués, es apócrifa, y que el descubrimiento le fué sugerido al almirante por la información y el mapa del piloto que murió en su casa, y del que hablan casi todos los historiadores de Indias, con más extensión Las Casas que ningún otro. Nadie ha visto el mapa del piloto Sánchez de Huelva, ó como se llamase.

tura del piloto, aunque ingeniosa, no pasa de conjetura, como la que atribuye á Bacon las obras de Shakespeare.

No se sabe á punto fijo cuándo solicitó el célebre navegante la ayuda de D. Juan de Portugal para la realización de su viaje á «las islas de Cipango,» dígase el Japón. Se dice que el monarca no hizo caso de su proyecto, tal vez porque se le antojase quimérico, tanto más cuanto el genovés —charlatán de suyo—se excedió en sus fantasías coloreándolas jactanciosamente; tal vez porque juzgase inadmisibles sus pretensiones, que fueron las mismas que impuso más tarde á la corona de España.

Desengañado al fin, salió furtivamente de Lisboa para burlar, según dicen, á sus muchos acreedores, dirigiéndose á España, donde «fué mercader de libros de estampa,» si se cree á Bernáldez. Tras penosa jornada á pie, llegó al monasterio de la Rábida con su hijo Diego, en cuya portería se desmayó de cansancio, de sed y de hambre. El prior del convento, Antonio de Marchena, sorprendido de su saber (todo es relativo) y de sus magníficas ambiciones, le prometió recomendarle á la corte. Hermana de esta leyenda es la concerniente á las famosas Juntas de Salamanca, de que habla Washington Irving, fundándose en el solitario testimonio de Remesal, que, como advierte Menéndez y Pelayo, supo lo que allí pasó como nosotros. El historiador norte-americano cita hasta el texto de Lactancio con que uno de los teó-

logos de aquella asamblea combatió la teoría de los antípodas (1).

El ilustre italiano llegó á España en mal momento. Los reyes Católicos estaban absortos en la Reconquista, que ya tocaba á su fin, y el estruendo de las armas y la natural agitación de los tiempos de guerra, no les permitieron prestar atención á los sueños de «un lunático,» que ni los mismos doctos tomaban por lo serio.

Siete años permaneció en España en espera de la resolución de su asunto, y retenido además por sus ilícitos amores con Beatriz Enríquez, noble cordobesa con quien tuvo un hijo, Fernando, biógrafo del almirante.

Cansado de tanta dilación infructuosa, de tanta falsa promesa, de tanto vejamen y de tanto andar de ceca en meca tras una corte en continuo movimiento, al que la obligaban las vicisitudes de la campaña militar, determinó pasar á Francia en busca de protección, cuando, gracias á la intervención de Juan Pérez, antiguo confesor de la reina, y de Luis de Santángel, tesorero de la corona de Aragón, fué llamado á toda prisa por Isabel, ya pronta á patrocinar su empresa.

Los que censuran á la eximia soberana por estas fluctuaciones, tardanzas y resistencias con respecto á los planes de Colón, ignoran las difi-

(1) Washington Irving, *Hist. of the life and voyages of Cristofer Colombus:* Londres. Cuatro volumenes.

cultades con que siempre tropiezan—presupuesto el misoneísmo humano—todo proyecto original é insólito y toda innovación, mayormente tratándose de una época ignorante y fanática y de un país revuelto por una guerra casi milenaria. La conducta de Isabel es realmente asombrosa y justifica el nimbo de luz... y de sangre con que se destaca del fondo anubarrado de aquel siglo.

Dirigióse Colón á Granada en momentos de su rendición; de modo que pudo presenciar la salida de la Alhambra de Boabdil (1) entre el júbilo marcial y religioso de un pueblo que, al cabo de centenares de años de titánica lucha, veía ondear victorioso el estandarte de Castilla en la torre de la Vela.

En Abril de 1492 se firmaron las capitulaciones en la vega de Santa Fe, bajo la tienda de los reyes Católicos, tras no poco acalorado discutir sobre las condiciones exigidas por el genovés, que pedía, «en remuneración de sus trabajos y servicios é industria,» se le nombrase «almirante y visorrey» de las tierras que descubriese, y que se le diera el diez por ciento del producto comercial de las conquistas. ¿Qué arriesgaba el trono de Castilla? Unos millares de florines y unos hono-

(1) «Vide poner las banderas reales de vuestras Altezas en las torres de la Alhambra... y vide salir al Rey moro á las puertas de la ciudad y besar las reales manos...» (Las Casas, *Historia de las Indias*, cap. XXXV.)

res problemáticos. En cambio, Colón se exponía á naufragar obscuramente, como Ugolino de Vivaldi, ó á volver á España desacreditado. Si antes fué objeto hasta de la mofa de los granujas, al regresar vencido le hubieran apedreado por las calles, como apedrearon en Valladolid más tarde al duque de Medinasidonia, que volvía de Inglaterra con los buques de la *Invencible* hechos pedazos. La disyuntiva no podía ser menos halagüeña.

Es falso que Isabel empeñase sus alhajas para costear la expedición. «Yo terné por bien—dijo la reina,—en caso de no hallarse los fondos necesarios, que sobre joyas de mi cámara se busquen prestados los dineros.» Esto no arguye que las pignorase. El dinero para las primeras atenciones salió, según algunos, de las arcas de Fernando, que se cobró con creces con el primer oro que vino de América, destinado á hermosear su alcázar de Zaragoza. Thacher asegura que quienes sufragaron los gastos del primer viaje fueron la reina y el propio Colón; pero Colón estaba en la inopia y mal podía afrontar tamaño desembolso. Si así fué, alguien le facilitó el dinero. ¿Qué prestamista sería ese que osó aflojar la mosca sin garantías, por escrito, al menos? ¿Fué Alonso Pinzón el prestamista? ¿Fueron los monjes de la Rábida? ¿Fué el judío converso Luis de Santángel? Esteban Garibay dice: «Hallándose los reyes en necesidad de dinero para esta empresa, prestóles diez y seys mil ducados Luis de Santángelo, su escribano de raciones.»

Sólo á su perseverancia sin ejemplo, á su intrepidez, á su firmeza voluntaria, á la intensidad de su idea fija—que no era la de un maniaco, sino la del genio (1),—debió el marino insigne la realización de su empresa, inverosímil como un sueño.

¡Con qué febril regocijo oyó sonar esa hora, después de tantos años de amargura, de sobresaltos, de cavilaciones, de incertidumbres!

Su imaginación mística—antítesis de la de Magallanes y Vasco de Gama, hombres ejecutivos y misógrafos (2)— debió de abrirse fastuosamente á la temerosa poesía de lo desconocido, y en la repentina iluminación de su gloria se vió dueño de un mundo, del mundo que surgía á su conjuro de aquel «mar tenebroso,» nunca surcado por nadie, y se vió convirtiendo al catolicismo á los súbditos del gran Khan y rescatando el sepulcro de Cristo, su más vehemente anhelo. No presintió quizás, deslumbrado por sus visiones proféticas, el triste fin que le aguardaba, el que reserva á menudo la humanidad á todo el que rompe con la rutina, en-

(1) La idea fija normal se impone á la conciencia sin romper la unidad psíquica, al paso que la idea mórbida, la obsesión, se impone automáticamente, de un modo penoso é irresistible. La primera se somete á la voluntad; la segunda, la avasalla. Tal vez, en lo *íntimo*, no haya diferencia entre una y otra.

(2) Colón, comparado con ellos, enemigos de toda escritura, fué un grafomano.

sanchando el horizonte sensible, sin perjuicio de aprovecharse después de sus descubrimientos, elaborados con lágrimas de sangre...

***

Estamos en el puerto de Palos, en la provincia de Huelva. Colón ha triunfado de la pedantería de los teólogos, de la insolencia de los nobles, de la malquerencia de los envidiosos, de la burla de los incrédulos, de la desconfianza de los reyes. Sólo le falta vencer el miedo popular.

Tiene á su disposición, surtas en el puerto, las carabelas que ha pedido; pero no halla, ni por ofertas de dinero, ni por amenazas, quien las tripule. Aquellos marineros no se atreven á embarcarse al través de un mar que la superstición entenebrece con espantosas leyendas y siniestros presagios, y menos en compañía de un vesánico, cuyo viaje califican de absurdo los cosmógrafos; pero Colón no desfallece: es de la misma contextura férrea del P. Las Casas. A medida que crecen los temores, que se agigantan los peligros de su empresa con todo linaje de patrañas, aumenta su energía. Los vecinos de Palos, apremiados por las órdenes rotundas de los reyes y hasta amenazados por la artillería para que equipen los buques, apelan á la fuga. Ya se iba á recurrir á los presidiarios, cuando el eficaz y generoso concurso de Martín Alonso Pinzón, «gran marinero é hom-

bre de buen consejo para la mar»—como dice Andrés Bernáldez,—perteneciente á una honrada familia de la comarca, inteligente y activo, puso fin á la resistencia pasiva del pueblo. «Amigos, andad acá—les decía;—idos con nosotros esta jornada é todos verneis ricos é de buena ventura.» Se cuenta que Pinzón hizo más: puso á la disposición del almirante su dinero y su vida. ¿Hubo entre ellos alguna estipulación antes del viaje? Si la hubo, fué verbal y se cumplió, pues no consta que los Pinzones ni sus herederos reclamasen nada contra Colón (1).

En la bahía se balancean las tres embarcaciones: una se llama «La Niña,» propiedad de Juan Niño, de quien tomó, sin duda, el nombre; otra—la más velera—«La Pinta;» otra «La Santa María» ó «Marigalante,» propiedad de Juan de la Cosa, afamado piloto vizcaíno. Son tres bajeles ligeros: el mayor—único que justifica que se le llame *nao*,—«La Santa María,» en que va Colón, sólo tiene cubierta, al decir de Pedro Mártir; son sólidas, de andar rápido, y ostentan dos castillos, con cámaras para la dotación, á popa y á proa, y

(1) Su deserción de la escuadra en las costas de Cuba, á que le movió la codicia, su insolencia con el almirante, empañan su memoria. Murió, según dice Juan Bautista Muñoz, de remordimientos y de envidia: de remordimientos, por su conducta incalificable; de envidia, por las ovaciones de que fué objeto Colón en España al regresar de su primer viaje.

cuatro mástiles con velas latinas de tamaños diferentes.

Respecto de sus toneladas, se calcula que la capitana tenía de 200 á 280, y las otras dos de 100 á 140. En el equipaje, compuesto de 90 hombres, según Las Casas, iban dos ingleses. ¿Qué se hizo de ellos? A Gaylord Bourne le sorprende que no figure en la expedición ningún clérigo, cosa inexplicable dado el fanatismo de la época (1). En la «gran Armada,» por el contrario, fueron *ciento ochenta frailes* y... ¡cinco médicos! Tenía que hundirse...

En el embarcadero todo es ajetreo y bullicio, abrazos, apretones de manos, consejos y lágrimas. Las recuas descargan granos, galletas y salazones en las carabelas. Los marineros, después de confesar y comulgar, á ejemplo de Colón, suben á bordo.

Estamos en Agosto. El mar, ensangrentado por la aurora, diríase que presagia las hecatombes de la conquista. Hasta el mismo nombre del puerto —Palos—anuncia la descomunal *paliza* con que los conquistadores agasajarán á los indios. Una angustia espasmática aprieta los corazones: unos ya se ven sumergidos en el abismo sin fondo; otros, devorados por los salvajes; otros, los menos, en los dominios del gran Khan, dueños de fabulosas riquezas...

El almirante, en pie sobre el puente de su nao,

(1) *Spain in America.*

bebiéndose el horizonte con los ojos, tremola el pabellón de Castilla; las lonas, infladas por el viento, fingen llamaradas carmesíes; los navíos, abriendo surcos de plata y púrpura, se alejan entre el sollozar de los que quedan en tierra—agitando las gorras y los pañuelos—y los tumbos del oleaje.

—¡Buen viaje!—gime al unísono la muchedumbre, y el incendio del día envuelve en sus desgarros la audacia heróica de los que se internan en el mar y la resignación aflictiva de los que regresan á sus casas, temerosos de no volver á ver á los que se van...

¿Qué leyenda imaginada no palidece ante esta leyenda viva de un puñado de argonautas que corren en pos del oro, al través del misterio y de la muerte?

***

Prósperamente empujados por el viento, navegan con rumbo á las Canarias; pero á los pocos días se le antoja al timón de «La Pinta» desencajarse—hay quien supone que la avería no fué casual,—y entre repararla y aprovisionarse de leña, agua, pescado, carnes y legumbres, pasan un mes en aquellas islas. En Septiembre se hacen de nuevo á la mar, camino de las Indias. Al pasar por Tenerife ven un volcán en erupción. El equipaje se asusta y quiere volverse á España. Navarrete recuerda que para los marineros de Palos semejante fenómeno no era cosa nueva, puesto que es-

taban habituados, desde el siglo XIII, á los fuegos de los volcanes de Italia.

Colón lleva dos diarios: uno para sí, en que anota las verdaderas singladuras, y otro para los marineros, en que suprime ocho ó diez leguas, á fin de que el viaje no les parezca tan largo.

La mar está tranquila, el aire fresco, el cielo sin nubes. Un fenómeno, no advertido hasta entonces, consterna á los pilotos: la variación de la aguja magnética (1), que Colón les explica más ingeniosa que científicamente. Van de sorpresa en sorpresa. El mar se cubre de una alfombra flotante de *fucus*. Los tripulantes, temerosos de que las naves no puedan seguir andando, murmuran y protestan. Son plantas submarinas que, desarraigadas por las corrientes, se estancan en la superficie. «Mar de sargazo» llaman los marinos á esta parte del Atlántico en que abundan (2).

A cada paso imaginan ver señales de tierra próxima. Les afirma en este engaño visual la aparición de algunas aves acuáticas. Lo caliente de la temperatura y la calma chicha del mar invitan á los marineros á bañarse, y uno tras otro se arrojan al agua.

(1) La variación de la aguja de marear conocíase en China desde el siglo XII.

(2) Véase lo que dice Alejandro de Humboldt, en su libro *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*, sobre el mar de sargazo, págs. 47 y siguientes, tomo II (traducción española): Madrid, 1892.

El 1.º de Octubre el cielo se aborrega, sopla el viento y llueve á manta, refrescando la atmósfera. Víctimas de su perpetuo espejismo y codiciosos de la recompensa de diez mil maravedises anuales, prometida por los reyes al primero que divise tierra, se engañan suponiendo verla á cada triquitraque. «La soledad, el silencio, la obscuridad—advierte un psicólogo,—suprimen ó disminuyen la sensación correctiva, facilitando ó provocando la alucinación.» El almirante prohibe que se den falsos gritos anunciando tierra, so pena de anular el premio ofrecido; lo cual no impide que «La Niña» dispare una lombarda é ice el pabellón días después, segura de haberla descubierto, fundándose en la bandada de pájaros que vuela en la lejanía y en los leños que flotan en el agua.

La travesía se prolonga demasiado; la tierra no aparece por parte alguna; la tripulación de la «Santa María» se impacienta primero, se conjura después contra el almirante para echarle al agua (1), según cuenta en sus *Décadas* Pedro Mártir, analista instantáneo y pintoresco, generalmente bien informado, á quien, como dice Las Casas, «hay que dar más fe que á ninguno cerca de estas primeras cosas,» y en cuyo testimonio, unido al del obispo de Chiapa, funda John Boid Thacher

(1) Se dice que Colón se hubiera vuelto á España á no ser por Martín Alonso Pinzón, que se opuso enérgicamente.

su *Christopher Colombus* (1), obra erudita, profusamente documentada, pero sin método científico.

Ni el almirante en su *Diario*, ni Las Casas en su *Historia de las Indias*, ni Fernando Colón en la biografía de su padre, mencionan este episodio de la sublevación á bordo; pero algo grave debió, no obstante, de ocurrir, cuando Martín Alonso Pinzón dijo al genovés: «Señor, ahorque vuesa merced á media docena de ellos ó arrójelos al mar, y si no se atreve, yo y mi hermano lo haremos.» ¿A qué pretender atenuar con sofismas sentimentales—como han intentado algunos historiadores—lo que fué eminentemente humano? Aquella gente no sabe á dónde va, y juzgándose burlada, se vuelve contra aquél que la lleva al abismo. ¿Cabe nada más natural, más en consonancia con el instinto de conservación? ¿No se le sublevó también á Magallanes la tripulación?

Para ser historiador, historiador psicólogo, hay que tener un poco de malicia y no olvidar que los instintos son más imperiosos que las ideas. Como qne las ideas se adquieren, al paso que el instinto es congénito.

Apaciguada la tripulación, continúan los bajeles por aquellas latitudes ignoradas con mayor velocidad. La vecindad de la tierra parece ser un hecho ahora. Bien claro lo indican las hierbas de agua dulce, las ramas recién cortadas y un ma-

(1) Tres gruesos volúmenes: New-York and London, 1903.

dero labrado artísticamente por el hombre, que sobrenada en el mar. No: la tierra no está lejos. Con esta presunción se ponen á rezar la Salve al declinar la tarde del 11 de Octubre. Colón exhorta á los marinos para que bendigan á Dios por haberles conducido sanos y salvos al término del viaje.

Pasan la noche despiertos, nerviosos, auscultando la obscuridad con el deseo, en espera de la tierra suspirada ó de un nuevo desengaño. Sentado en la popa de su nao, también vela Colón. De pronto se levanta anheloso y febril, atraído por una llama rojiza que se mueve á distancia. Cierra los ojos, se pasa las manos por ellos, y cuando vuelve á abrirles, vislumbra la misma luz erradiza. Para convencerse de que no sueña, apela al testimonio de algunos oficiales, que certifican su visión. El marinero Rodrigo de Triana, que va en «La Pinta,» es el primero que da el grito de ¡tierra! (1). Las carabelas se ponen á la corda y así aguardan el despuntar del día. A lo lejos se esboza confusa la tierra. ¿Qué tierra será? ¿Corresponderá con el relato de las leyendas, ó serán unos arrecifes inhabitados y mortíferos? ¿Qué encontrarán en ella? ¿Salvajes hostiles ó gente civilizada y pacífica? Aquellos hombres experimentan sensaciones

(1) El premio se adjudicó, no obstante, á Colón, motivo por el cual Triana, ó como se llamase el marinero que dió el grito, se hizo mahometano, según refiere Oviedo.

que sólo los que han naufragado en islas desiertas pueden apreciar.

A la mirada atónita de los navegantes surge al día siguiente, incendiada por el sol, una isla larga y arbórea, llana, de viciosa vegetación, llamada *Guanahaní* por los *indios*, que así bautizó el almirante á los aborígenes del Nuevo Mundo, que á él se le figuró la India. Mucho se ha discutido sobre la situación geográfica de esta isla, llamada «San Salvador» por el almirante. Sophus Ruge sostiene que no puede decirse á punto fijo dónde estuvo. Esta incertidumbre radica en que, después de descubierta y extinguidos sus moradores (1), fué totalmente abandonada y olvidada, en términos de que en el siglo XVII los ingleses la descubrieron segunda vez. Se sabe que fué una isla de coral perteneciente al archipiélago de las Lucayas; pero ¡vaya usted á saber cuál en aquel laberinto de veintinueve islas, de cerca de setecientos arrecifes y de mil cuatrocientas rocas de mar!...

Por otra parte, el P. Las Casas dificulta la solución de este problema geográfico por haber omitido las latitudes astronómicas (2).

***

(1) En veinte años no quedó un lucayo para un remedio. Los españoles, so pretexto de convertirles al cristianismo... les exterminaron.

(2) Véase, *sobre la primera tierra que descubrió Colón*, el largo y erudito estudio de Alejandro de Humboldt, obra citada, tomo II.

Colón desembarca vestido de escarlata, con el pendón real en la mano; se arrodilla, besa la tierra y da las gracias al cielo por haber premiado sus afanes y fatigas, y ante los capitanes y el escribano de la escuadra, Rodrigo de Escobedo, toma solemnemente posesión de la isla en nombre de los monarcas castellanos. El asombro es recíproco: los españoles se sorprenden al ver «cómo todas las gentes de aquellas tierras andaban desnudas (1),» y los indígenas, asustados con aquellas armaduras, cascos, estandartes y vestiduras multicoloras, corren á refugiarse en la espesura; pero al notar que no les hostilizan ni persiguen, se van acercando poco á poco. Les pasan las manos por los aceros y las barbas con infantil curiosidad, maravillándose de la blancura de su tez, que contrasta con el color de membrillo de la suya. Son mansos, de «muy fermosos y lucidos cuerpos»—dice Colón,—y los cabellos criniformes, cortados al ras de las cejas, les caen por los hombros. Aunque inocentes, «eran de muy sutil y de muy agudo ingenio,» según Bernáldez. El almirante y los suyos para atraerles les dan cuentas de vidrio, cascabeles, cintas, gorros encarnados, á trueque de ovillos de algodón, papagayos, frutas y tortas de casabe; porque «todo lo que tienen lo dan por cualquier cosa que les den.»

(1) Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos. Biblioteca de Autores españoles,* tomo III: Rivadeneyra, 1878.

Los infelices imaginan que son gentes caídas del cielo. Ríen y saltan al tocarse con los bonetes rojos; pero lo que les enloquece de alegría son las sonajas. Navegan en canoas hechas de un solo tronco. «No tienen hierro, ni acero, ni armas, ni cosa que de ellos se hiciese ni de otro ningún metal, salvo de oro; eran y son gente muy temerosa de los de acá, que de tres hombres con armas huían mil; y no tienen armas sino de cañas ó de varas sin hierro con alguna cosa aguda en el cabo, pues pueden á los hombres de acá empecer muy poco, y aunque armas tenían no sabían usar de ellas, ni de piedras, que es fuerte arma, porque el corazón para ello les faltaba (1).»

Colón nos dice, por su parte: «Yo estaba atento y trabajaba de saber si había oro, y vide que algunos de ellos traían un pedazuelo colgado en un agujero que tienen á la nariz.»

«Para saber si había oro.» He aquí el prólogo de la tragedia, de la tragedia horripilante de la conquista, que arrancó á Las Casas gritos de indignación y de piedad.

Cuando los botes se alejan culebreando entre las islas—á cada una de las cuales va poniendo Colón un nombre femenino,—los indios les siguen á nado por el agua diáfana y tranquila. En la playa le reciben otros indios, idénticos en lo físico y lo moral á los de Guanahaní. Viven en «bohíos» y duermen en hamacas, lechos colgantes

(1) Andrés Bernáldez, obra citada.

tejidos de algodón, en uso todavía en América.

Lo verde y fresco del campo recuerda al almirante el mes de Mayo en Andalucía, si bien los árboles, las flores y hasta las piedras difieren de los de España.

Los indígenas les ofrecen las frutas de sus selvas, sus loros domésticos y su algodón, nervio de su principal industria; les conducen á los manantiales más cristalinos para que llenen sus cubas, agasajándoles con todo lo que pueden; pero á estos aventureros, ávidos de oro, ¿qué les importan semejantes garatusas?

Lo que les interesa es saber dónde están los criaderos del rico metal.

Por señas les dicen que por aquellos contornos hallarán lo que buscan, en una ciudad opulenta cuyo rey posee magníficos tesoros. Sí: dan con la isla; pero con una isla pobre de indios en cueros. ¿No sugerirían á Cervantes éstos y otros episodios análogos algunos capítulos de su *Quijote?*

El clima es benigno; la atmósfera, fragante, y un mar voluptuoso arrulla la playa de fina arena. Colón, obcecado con los relatos de Marco Polo, como el hidalgo manchego con los libros de caballería, imagina hallarse en el Asia, y hasta el aire que respira le huele á aromas enervantes del Oriente. Don Quijote, ¿no confundía las ventas con los castillos y no transformaba los molinos en gigantes? ¿No parece Colón á veces aquejado del mismo delirio que aquejaba al Caballero de la Triste Figura?

A flor de agua chispean con irisados reflejos peces de oro y plata; anubarran el cielo vistosos papagayos y pájaros multicoloros de músico trinar; abundan los lagartos, los guanacos y los perros mudos, de irrisorio tamaño, que los indios se comen luego de cebarles con carne de pescado.

Colón, luego de recorrer otras islas—siempre en busca de oro,—se dirige á Cuba. No duda esta vez estar en la Cipango de Marco Polo y de Toscanelli.

La isla es larga y fértil, de cielo azul, con muchos ríos marginosos que corren entre impenetrables arboledas cuajadas de aves é insectos. Conforme se interna, crece su admiración y su entusiasmo. Nunca vió bosques tan espesos; sus collados le trasladan mentalmente á los montes de Sicilia. El cocotero, la palma real, el helecho, la acedera de ígneo follaje, el laurel silvestre, el algodonero, la caña brava, el guayabo, el aguacate, el cedro, el mango... enlazados por los bejucos, se aprietan lujuriosos en frenética lucha por la vida. En la llanura, los flamencos, de flogodio plumaje, se alargan en líneas militares con su escucha á la cabeza, pronto á dar el grito de alarma al menor peligro, seguidos por greyes de patos que parpan contoneándose. Es una isla de sueño, arcádica, de noches claras como el día, que inundan el alma de Colón de placidez inexplicable. No en balde dice que «es la isla más hermosa que humanos ojos vieron.» En las chozas de los indígenas—ornadas de toscas escultu-

ras y de máscaras de palo, fetiches sin duda—ven los europeos por vez primera fumar tabaco. Le fuman en unas pipas en forma de Y, cuyas horquillas se meten en las narices.

En vez del supuesto monarca oriental—la Dulcinea de Colón,—encuentran los misioneros que éste le manda, con regalos de los reyes de Castilla, á un cacique desnudo que les recibe solemnemente, invitándoles á sentarse en unos á modo de sofaes de madera, que fingen animales con ojos y orejas de oro. El intérprete de la escuadra, Luis de Torres, judío converso, habla en vano al cacique y á sus súbditos en varias lenguas; pero un indio de Guanahani que, por lo visto, ha aprendido el español en un periquete, les explica el objeto de la embajada. Cuando acaba su «arenga,» los cubanos besan las manos y los pies á los españoles; admiran sus rostros blancos y barbudos, sus armas y sus trajes. No hallando el oro que persiguen, se vuelven á sus barcos.

En el camino descubren la patata, la plebeya y nutritiva patata, hoy difundida por todo el orbe. Colón se apodera de algunos indios para llevarles á España, á fin de que aprendan el castellano y puedan servirle de intérpretes en sus futuros viajes. La religión de estos siboneyes consiste, según Pedro Mártir, en la transmigración de las almas de los muertos á los bosques. El eco para ellos es la voz de los difuntos.

De Cuba—siempre en busca de oro—pasa Colón á Haiti ó «La Española,» *que entre las otras is-*

las es como oro entre plata, al decir de Andrés Bernáldez. Es una isla de hondos valles, montuosa, de prados feraces que verdeguean entre los arrecifes como piel por cuyas roturas se ven los huesos; abundosa en árboles frutales y caudalosos ríos. En estas aguas ve Colón manatíes ó vacas marinas, que á él se le antojan sirenas. A cierta distancia parecen, en efecto, mujeres desnudas bañándose. López de Gomara, historiador más elegante y agudo que veraz, dedica al manatí un capítulo de su *Historia*, que interesa por los pormenores que contiene, ya descriptivos, ya concernientes al uso que de su carne y de su piel se hacía (1).

Los haitianos—habla Colón—andan desnudos, «y son los más hermosos hombres y mujeres que hasta allí ovimos hallado.» Son, además, filántropos, pacíficos y muy dados al baile.

Aquí, en un banco de arena, naufraga «La Santa María,» y, gracias al generoso concurso de los indígenas, se salvan la carga y las provisiones. La conducta de estos salvajes asombra: no cometen un solo hurto y lamentan, como propio, el desastre de los españoles.

¿Qué pueblo civilizado, en igualdad de circunstancias, hubiera obrado así? (2).

(1) *Historiadores primitivos de Indias*, páginas 174 y 175, tomo I: Rivadeneyra, Madrid, 1852.

(2) Recientemente en San Francisco de California, mientras la ciudad ardía, después del terremoto, los excesos cometidos por los ladrones fueron tales,

El cacique, Guacanagarí, ofrece á Colón cuanto posee—¡esto sí que es socialismo!—y para consolarle de las pérdidas sufridas, le dice que no lejos de allí hallará á porrillo, en unas montañas, el oro que desea. Que se compare este proceder altruísta—no enseñado por ninguna doctrina ética—de unos pobres indios en porreta, con la voracidad de los conquistadores, que, so capa de cristianizarles, les sometieron más tarde á ignominiosa esclavitud. ¡Qué mentís á los que achacan los crímenes de la conquista al atraso moral de la época! En pleno siglo XIX, los ingleses ¿no han despojado por la fuerza á los boers de sus minas? Comprendo la cólera de Las Casas, que, en mi sentir, no fué, como pretende Menéndez y Pelayo, «la encarnación de la intolerancia,» ni un temperamento irascible—Menéndez y Pelayo no asistió á las matanzas á que él asistió, no tantas, sin embargo, como las que su imaginación le sugiere,—sino un alma ardientemente compasiva, superior á su siglo, humanitaria y grande. Sorprende que un católico tan fervoroso como Menéndez y Pelayo (1) le censure por haber obrado

que la tropa recibió la orden de fusilarles en el mismo lugar en que les sorprendiesen, lo que dió origen á no pocos abusos por parte de ésta. Se me argüirá que la honradez de los indios obedecía á su ignorancia del valor del oro y á su falta absoluta de ambición. Tal vez.

(1) «Soy católico á machamartillo, como mis pa-

conforme á los preceptos de Cristo. ¿Qué deja para Nietzsche?

El darwinismo me enseña que la vida es una lucha sin cuartel de unos seres con otros; una lucha con el medio cósmico, hasta del individuo consigo propio, y que de esta lucha sale vencedor el más fuerte, el más *apto*, cuando no... el más astuto. Esta guerra, en que—para servirme de la expresión de Schopenhauer—morimos con las armas en las manos, prueba la inmoralidad absoluta de la naturaleza y la preponderancia de no sé qué espíritu malévolo, sordo á la clemencia, sordo á la ternura, sordo á las lamentaciones de los débiles, que goza con el espectáculo de las tribulaciones humanas. El progreso moral parece á menudo un mito; la crueldad ingénita en el hombre (de que se hacía eco el Dr. Sepúlveda en su polémica con Las Casas), sólo cambia de forma; el fondo permanece intacto. Al proselitismo de la Edad Media ha sucedido la guerra solapada de los intereses; al arrojo personal, cuerpo á cuerpo, la cobardía á distancia de las máquinas explosivas...

No todos los indios de estos parajes son de alfeñique. Hay otros, los caribes, «de cabellos luengos, como mujeres,» sanguinarios y belicosos, que

dres y abuelos, sin mutilaciones ni subterfugios, sin hacer concesión alguna á la impiedad ni á la heterodoxia...» *La ciencia española*, pág. 232, tomo I: Madrid, 1887. (Creo que el preclaro humanista no piensa hoy lo mismo.)

hostilizan á las tribus pacíficas. Las islas caribes —dice el cura de los Palacios con su candor habitual—«son pobladas de unas gentes muy feroces que comen carne humana; tienen muchas canoas, con las cuales corren todas aquellas islas comarcanas, y roban cuanto pueden y fallan y llevan presos los hombres y las mujeres que pueden y mátanlos y cómenlos, lo qual es cosa de mucha admiracion y espanto (1).» Contra estos antropófagos piden los haitianos protección al almirante.

La cariñosa acogida de los indios, lo feraz del suelo, en que «hay grandes minas de fino oro y de otros metales,» deciden á Colón á fundar una colonia en este sitio. Emplea el maderamen del buque encallado en la construcción de un fuerte, á orillas de un río, no lejos de la residencia del cacique Guacanagarí, con la eficaz colaboración de los indígenas. Entre los 44 españoles que la componen figuran varios artesanos, un lombardero, un cirujano y un sastre. Les deja armas, aperos de labranza, semillas para la siembra «y pan y vino para más de un año.»

Antes de partir, les recomienda solemnemente, con lágrimas en los ojos, que obedezcan al capitán, que permanezcan unidos, que observen una conducta amistosa con los isleños y... que rescaten todo el oro que puedan.

***

(1) *Historia de los Reyes Católicos*, por Andrés Bernáldez.

Dicho lo cual, y después de haber comido con el cacique, se hace á la vela el 4 de Enero proa á España. El día 13 ancla en el «Golfo de las Flechas,» donde los españoles derraman la primera sangre india. De los bosques surgen unos salvajes de larga cabellera, recogida por detrás con plumas de loros, armados de arcos y flechas, que les acometen. Los españoles, claro, se defienden, dispersándoles. El viaje continúa feliz; entran de nuevo en el *mar de sargazo*, que esta vez no les asusta. A fines de Enero empiezan á escasear los víveres; pero la pesca de una tonina devuelve la paz estomática á la tripulación. En estos días de sosiego marítimo debió de coordinar el almirante sus relaciones viatorias, que dirige á los reyes Católicos, y las cartas en que da noticias del descubrimiento á sus amigos y protectores. El 12 de Enero el cielo se ennegrece, la mar se aborrasca, sopla el viento impetuoso. El 14 la tormenta se declara sin ambajes; el huracán brama con ese bramido aterrador suyo en las grandes soledades; la lluvia cae á torrentes; los relámpagos zigzaguean azufrando cielo y agua; la caja de los truenos retumba; las olas saltan por encima de la carabela haciendo crujir su maderamen, como dientes que rechinan de pánico; tan pronto se abisma en el hondón tenebroso, como queda en vilo, subrayada por la línea de plata del oleaje.

El navío, zarandeado entre las dos inmensidades, la de arriba y la de abajo, que se funden en una mancha caótica, da la sensación á los que

van en él de hallarse en un plato enorme que una mano invisible y poderosa ladea á diestro y siniestro en el vacío. Colón y los tripulantes hacen voto de ir, si saltan á tierra, en procesión, descalzos y en camisa, á orar á la primera ermita que encuentren. El almirante, más consternado que los otros, porque teme que el naufragio sepulte para siempre el fruto de sus afanes, confía á un pergamino, que encierra en un barril calafateado, el relato de sus aventuras, para que, si alguien le encuentra, le lleve á los reyes Católicos, «con la promesa de mil ducados.»

El 3 de Marzo, ya próximos á las costas lusitanas, les asalta otra tormenta. Por fin, el 4 de Marzo de 1493, echa Colón el ancla en la desembocadura del Tajo. Le escribe al rey de Portugal, dándole cuenta de su peregrinación y de las tierras que ha descubierto. El monarca le recibe en Valparaíso, dispensándole grandes honores. Los cortesanos, según refieren los historiadores portugueses, traman contra Colón una intriga á fin de asesinarle; pero D. Juan, noble y magnánimo, la rechaza en redondo.

En la alborada del 15 de Marzo de 1493 el pueblo de Palos divisa á lo lejos una carabela: es «La Niña,» una de las tres que hacía siete meses y medio salieron del mismo puerto con rumbo á lo desconocido.

¿Qué «novela novelesca» excede en colorido, en peripecias dramáticas, en intensidad épica, en visiones alucinatorias, á este poema incompa-

rable del descubrimiento? Al acercarse aquella embarcación, injuriada por el vendaval, el júbilo popular no tiene límites. La muchedumbre acosa á los navegantes á preguntas sobre lo que han visto en aquellos países fantásticos. Cuando Colón, enfermo, medio tullido por la lluvia y el frío que tuvo que soportar á palo seco, pone el pie en tierra, todos quieren abrazarle. Un grito unánime le aclama; las lombardas atruenan con sus salvas el aire; los campanarios de todas las iglesias voltean á la vez: todo es regocijo, músicas, locuacidad, agitación, entusiasmo. Colón exhibe sus indios y los trofeos de su viaje.

En el horizonte se vislumbra otra carabela: es «La Pinta,» en que viene Martín Alonso Pinzón, caviloso, triste, roído por el remordimiento. Sin que nadie lo advierta en aquel tumulto, dirígese á su casa, donde muere «á pocos días, porque iba muy doliente,» como dice Oviedo.

El 31 de Marzo entra Colón triunfalmente en Sevilla por el barrio de Triana. En Abril, luego de recibir una carta de los reyes Católicos, se dirige por tierra á Barcelona—residencia entonces de la corte,—al través del gentío que obstruye los pueblos para verle pasar y vitorearle. Los indios son esta vez objeto de la misma curiosidad que en ellos despertaron los españoles: les palpan las carnes y los cabellos.

Al frente de la caravana van los heraldos; detrás los marineros de «La Niña» con plantas y otros productos ultramarinos: éste lleva papaga-

yos en una percha; el otro loros en una jaula; fija la atención de la muchedumbre una iguana, parecida á un caimán con paperas; detrás van los indios, tatuado el cuerpo, con brazaletes, máscaras de oro, arcos y flechas; cierra la marcha Cristóbal Colón, cuyo venerable continente se destaca de la caballería española que le corteja. Resuenan estridentes vivas á España, á los reyes, al almirante.

El trono de los soberanos es de oro y plata, ornado de suntuosos tapices y alfombras. Allí está lo más selecto de la nobleza de Castilla, Aragón, Valencia y Cataluña, trajeada con deslumbrante pompa.

El momento es solemne: Colón se arrodilla para besar la mano á los monarcas, que le reciben en pie, cosa nunca vista en aquella corte ceremoniosa y austera. Colón, á instancia de los reyes, empieza el relato de sus travesías.

Es una narración objetiva, puesto que á las palabras se unen los diferentes productos de la fauna y de la flora americanas, que trae consigo. El salón regio se convierte en un museo vivo de historia natural: indios, papagayos, piedras metálicas, hierbas medicinales, semillas, pedazos de oro... con que el almirante va ilustrando sus descripciones. El cuadro de Ricardo Balaca—que Asensio reproduce en su obra (1)—da una idea

(1) *Cristóbal Colón*, tomo I, pág. 456: Barcelona, Espasa y Compañía, editores.

exacta de esta recepción, conforme con la verdad histórica. Concluído el relato todos se arrodillan, y al son de la música entonan el *Te Deum laudamus*. Se le concede á Colón el uso de un escudo de armas dividido en cuatro cuarteles. La leyenda que ondula en las cintas:

«Por Castilla y por León
Nuevo Mundo halló Colón,»

fué añadida más tarde, después de su muerte (1).

Se da noticia del descubrimiento al papa Alejandro VI, que fija, por una bula de 3 de Mayo, los derechos de España al dominio de los países que descubra y que no estén bajo la soberanía de príncipes cristianos. Así no podrán confundirse los territorios de los españoles con los de los portugueses.

***

En Mayo empiezan los preparativos del segundo viaje al «Nuevo Mundo,» como llamó *por vez primera* Pedro Mártir á las Indias, nombre este último con que le designan siempre los primitivos cronistas. El nombre de América fué una usurpación injustificada de Américo Vespucio.

Los encargados por los reyes de la expedición —que cuesta quince mil ducados—son el arce-

(1) Los Pinzones, según Harrisse, adoptaron también esta divisa, poniendo Pinzón donde dice Colón.

diano de Sevilla, Juan de Fonseca, soberbio y envidioso (1), y el propio almirante. Las recomendaciones, los empeños, las exigencias de los que quieren que se les admita, aun sin retribución, pues á todos, salvo doscientos, se les paga, prueban la codicia despertada por los relatos del primer viaje (2). Muchos se esconden en la bodega de los barcos hasta que zarpan del puerto.

La flota se hace á la vela en la bahía de Cádiz el 25 de Septiembre de 1493. La componen 1.500 hombres distribuídos en 17 carabelas. Entre estos 1.500 hombres—palaciegos, soldados, misioneros, labradores...—regresan los indios conversos. Citemos á algunos de los expedicionarios: el catalán Fernando Boil, fraile benedictino, «el primer apóstol del Nuevo Mundo,» enemigo más tarde de Colón; el médico y alquimista sevillano Alvarez Chanca, á quien se debe una relación de este viaje; el aragonés Pedro Margarit, que contribuyó con sus desórdenes libidinosos á la ruína de la colonia; Alonso de Ojeda, coquense famoso por su vigor físico, su arrojo y lo irresistible de su mirada, de quien se cuentan hazañas casi increíbles, como la concerniente á la catedral de

(1) La mala calidad de los víveres, que llegaron en parte podridos, no habla muy en favor de la honradez de Fonseca.

(2) Las cosas no han variado mucho, pues este procedimiento de las recomendaciones se emplea para todo en España.

Sevilla, que Washington Irving reproduce de Las Casas. En la expedición no figura una sola mujer, señal de la poca importancia que siempre dieron los españoles al sexo femenino.

Las carabelas van cargadas de pollinos, de caballos y yeguas; de borregos y ovejas; de vacas y terneros; de cabras, cerdos, gallinas, palomas y perros de presa; de cereales, aceite, miel, vino, pasas y medicinas. Lo más valioso que llevan es la caña de azúcar.

Colón entrega á cada piloto un pliego cerrado que contiene las instrucciones necesarias para que, en caso de accidente, hallen el derrotero que deben seguir, uniéndose al grueso de la escuadra.

El 23 de Noviembre por la noche, después de circunnavegar por otras islas, fondean en el puerto de Navidad. A los cañonazos de la flota sólo responde el eco. Colón sospecha que la guarnición que dejó en el fuerte ha perecido. En la costa solitaria no se ve una luz; reina una quietud sepulcral, poblada de aciagos presentimientos. De pronto, en medio de la obscuridad, aparece una canoa tripulada por varios indios, que preguntan á gritos por el almirante. Al preguntárseles por los cristianos, contestan confusa y contradictoriamente. Al día siguiente, al bajar á tierra los españoles, advierten que la fortaleza es un montón de escombros y que los indígenas, recelosos, huyen á la espesura.

La chusma que dejó Colón—oigamos á Oviedo,—una vez que se quedó sola, empezó á come-

ter todo género de abusos; violaban á los indios sus mujeres y sus hijas, y cuenta que el cacique Guacanagarí dió á cada uno dos ó tres (1); querían acumular la mayor cantidad de oro, lo que daba origen á sangrientas disensiones. Relajada la disciplina militar, cada cual tiró por su lado; muchos, abandonando la fortaleza, se agruparon en facciones que se despojaban entre sí. Empujados por la codicia, se internaron en una isla aurífera, regida por Caonabo, caudillo caribe célebre por su valor. Confiados en la mansedumbre de los aborígenes, se salieron desarmados, sin contar con la huéspeda: Caonabo y los suyos quemaron la fortaleza, y, á pesar del auxilio de Guacanagarí, los españoles sucumbieron, unos á manos de aquéllos, otros arrojándose al agua. Así acabó la primera colonia española, derramando la semilla de la discordia, que años adelante había de fructificar en todo el continente ibero-americano. Por desgracia esta semilla continúa fructificando.

***

Pocos días después saltan todos á tierra, á diez leguas de Monte-Cristi; se descargan las naves y

(1) «Quel mal que les vino á los christianos que allí sin dicha habian quedado, fué por su desconcierto é por se envolver con las mujeres indias, los indios de zelos los mataron.» (Andrés Bernáldez, página 665, obra citada.)

se procede al establecimiento de la segunda colonia. Se levantan sólidos edificios públicos: una iglesia, un arsenal, la casa del Gobierno, un hospital y un fuerte, todos de piedra. Los particulares edifican viviendas de un solo piso, de madera y lodo con techos de guano. Colón pone á esta ciudad el nombre de *Isabela*, en honor de su ilustre soberana.

Lo largo de la travesía, por una parte; el cambio brusco de clima, lo malo de la alimentación y el trabajo obligatorio, por otro, merman el vigor físico de los invasores. Los labradores caen enfermos y hasta al mismo Colón le da la fiebre. Engañosa ilusión: creyeron que sólo tenían que agacharse para coger el oro, y hallaron que para ganarse el sustento tenían que sudar penosamente. Muchos, aún convalecientes, nostálgicos, decaídos, no piensan sino en volverse á España, renunciando á todo beneficio.

En Enero de 1494 dos jóvenes intrépidos, Alonso de Ojeda y Ginés de Gorbalán, con quince soldados cada uno, se dirigen hacia la región aurífera de Cibao. Atraviesan selvas y llanuras, vadean un río y suben á una planicie, desde la cual se regocijan con el chispear del oro entre las arenas de los arroyos. A su regreso cuentan lo que han visto, mostrando algunas pepitas del precioso metal—no precisamente para los indios, que le tienen en poco,—y los españoles renacen á la esperanza.

Colón envía entonces á la Península una flota

de doce buques, al mando de Antonio Torres, para que cuente á los reyes todo lo ocurrido y abastezcan la colonia de lo mucho de que carece. La lectura del «Memorial» de Colón, confiado á Torres, es tristemente sugestiva: envuelve acusaciones indirectas contra la negligencia ó la mala fe de Fonseca en lo que atañe á los suministros de la flota.

Colón cae enfermo, quizá por la pésima nutrición y el aflujo de contrariedades y preocupaciones. Los descontentos, con Bernal de Pisa á la cabeza, aprovechando la coyuntura, urden una sedición contra él. Colón la reprime pronta y resueltamente. Remite presos á España á Pisa y á los demás conjurados—sin omitir la información, amañada por ellos, en que se le tilda de arbitrario y embustero,—para que los monarcas les juzguen y castiguen. No por eso se libra de las imputaciones calumniosas de los díscolos.

***

Mientras Colón explora entre peligros las costas de Cuba y de Jamáica, Pedro Margarit, á quien dejó al frente de la fortaleza de Santo Tomás, en las minas de Cibao, se entrega á la más desenfrenada lujuria, desmoralizando con su ejemplo á las tropas, que incendian, violan y pillan á mansalva. De resultas de estos abusos venéreos dícese que contrajo la sífilis, como otros compañeros suyos, lo cual dió margen á que se

atribuyese á las Indias occidentales la procedencia de este mal (1). La sífilis pudo venir de América; pero no era *exclusiva* de América. De que pudo venir de América, propagándose por toda Europa epidémicamente en el siglo xv, lo corroboran los huesos encontrados en las sepulturas americanas anteriores á la conquista, con lesiones sifilíticas evidentes (2). De que no era exclusiva de América, bien claro lo dicen los recientes descubrimientos, en los hipogeos egipcios, de cráneos con lesiones sifilíticas también. Los que suponen que los aborígenes del Nuevo Mundo son de origen egipcio, hallarán en esta coincidencia un argumento más en favor de su teoría, tanto más fehaciente si recuerdan que en Grecia y en Roma no se conoció la sífilis. ¿No es significativo —se pregunta un sifiliógrafo moderno—que nadie parase mientes en un mal tan destructor, imposible de ocultar, y menos por gentes á quienes las costumbres y el clima permitían andar en público medio desnudos y del todo desnudos en los gimnasios y en las termas? No se sabe de documento

(1) Véase Fernández de Oviedo, *Historia general*, libro II, cap. XIV. Según Thacher, Oviedo no hizo sino repetir lo que dijo Leonardo Schumans en una obra publicada en Augsburg en 1518 (*Christopher Colombus. His life, his work, his remains*, by John Boid Thacher, tomo I, pág. 85).

(2) *Siphilis primitive et siphilis secondaire*, par Charles Mauriac: París, 1890.

alguno en que se aluda á dicha dolencia. Las enfermedades que aquejaron á Tiberio y Augusto, por ejemplo—y que ridiculizaron los satíricos,—no tienen la menor semejanza con la sífilis.

Por lo que toca á América, se han confundido, á mi ver, dos enfermedades diferentes: el gálico y la sífilis. Se puede contraer la una con exclusión de la otra.

Las «bubas» de que habla Oviedo son tumores inguinales que suelen aparecer en la blenorragia. La prueba de que ambas dolencias difieren específicamente entre sí, está, amén de sus síntomas inequívocos, en que se combaten con terapéuticas distintas. La sífilis cede con el mercurio y el ioduro, al paso que el *mal francés* se cura con emolientes, diuréticos, depurativos é inyecciones por la uretra. (Hoy se usan las de permanganato de potasa.) El mismo Oviedo lo confirma cuando dice que las «bubas» se curaban «con palo santo ó guayacán.» La evolución de la sífilis abarca tres períodos: el primero se distingue por accidentes locales; el segundo por erupciones epidérmicas y resolutivas, y el tercero por lesiones profundas, circunscritas á las vísceras. De todas las meninges, la *dura madre* es la más expuesta á la agresión sifilítica. En el *morbo serpentino*, como le llamaba el médico sevillano Díaz de Isla, no se advierten estos fenómenos.

A la Isabela llegan de la Península tres naves con provisiones, al mando de Bartolomé Colón, hermano del almirante, que á su robustez física

une la energía moral; resuelve pronto y sin vacilaciones los negocios más arduos, arrostrando impertérrito los peligros. Las Casas añade que «era recatado y astuto,» menos candoroso que Cristóbal, «muy entendido en las cosas de los hombres y experimentado en las cosas de la mar.» El almirante le nombra *adelantado de las Indias*, confiándole el gobierno militar de la isla, cuyo desbarajuste administrativo está pidiendo una mano imperiosa y dura. Estas carabelas las envían los reyes para remediar lo que Colón pedía por medio de Torres.

Los hidalgos, que desde un principio se vieron obligados á trabajar, no obstante los privilegios que alegaban—digo, ellos, que creían que llegar á América y coger el oro á manos llenas era todo uno,—reciben hostilmente al advenedizo, y uniéndose al P. Boil, díscolo de suyo, y á Pedro Margarit, se apoderan de los tres barcos, y sin aguardar el regreso del almirante, que anda costeando nuevas islas, se dan á la vela para España.

Mucho se ha discutido sobre esta deserción del vicario apostólico y del primer general del Nuevo Mundo. Las Casas lo atribuye á que, estando enfermos los colonos, el virrey les puso á trabajar á todos, nobles y plebeyos, seglares y eclesiásticos, so pena de acortarles la ración alimenticia, medida que produjo entre aquella gente orgullosa y levantisca general indignación. La fuga de Margarit obedecía al temor de que el almirante le llamase á capítulo por sus desórdenes y desafueros. De aquí

nacieron, según Las Casas, los infortunios de Colón, «el que se le infamara ante los Reyes Católicos y toda España de cruel y odioso á los españoles.»

El cacique Caonabo es el más aguerrido, influyente, porfiado y audaz de los enemigos de la colonia. Dispone de un gran ejército, si bien irrisoriamente armado, y los principales caciques de la isla están prontos á obedecerle.

Colón no sabe cómo librarse de tan peligroso adversario; pero á Alonso de Ojeda, indómito, ingenioso y valiente, muy ducho en estratagemas y emboscadas, se le ocurre un ardid para prenderle. La proeza, que frisa con la fábula, revela un arrojo inconcebible. Ojeda, pretextando ofrecer á Caonabo un presente del almirante—«unos grillos y unas esposas muy bien hechos, sotiles y delgados y muy bruñidos,»—se aparece á caballo con unos cuantos más ante el guerrero indio, en medio de sus numerosas huestes. Para los indígenas, cuanto procede de los españoles es de origen celestial y digno de veneración. De modo que el regalo de los grillos, que Ojeda le hace creer que son ornamentos que usan los reyes de Castilla en las grandes solemnidades, le colma de orgullo y alegría. Ojeda le invita á montar á la grupa de su caballo, que al cacique se le antoja un honor; le pone los grillos y las esposas; ordena que le aten fuertemente contra él, á fin de que no se escape, y con la misma la emprende á todo galope al través de selvas y llanuras hasta llegar á

la Isabela con el prisionero. Caonabo fué enviado más tarde á España y murió de nostalgia en la travesía al verse pérfidamente despojado de su poder.

Ojeda, aquel caballero esforzado, murió algunos años después en Santo Domingo, y murió en tal abandono y miseria, que se le enterró de limosna. Reconociendo, como dice Sophus Ruge, que se había convertido en un espectro aterrador para los demás aventureros, ordenó que le sepultasen á la puerta de un convento, para que los que entrasen en él hollaran su fosa. Era la penitencia póstuma que se imponía para expiar sus culpas. Así morían aquellos hombres ardientes, supersticiosos é intrépidos, á quienes el miedo, no de la muerte, que desafiaban de diario, sino de una sentencia inapelable, obligaba á humillarse contritos en el trance supremo. Morían como don Quijote, deplorando las pasadas locuras, cuando el arrepentimiento para nada les servía y á nadie aprovechaba.

Los indios, avergonzados al principio y furiosos después por la burla de los españoles, se proponen rescatar á su jefe. Con tal objeto se reúnen, en número de doscientos mil, en la Vega, al mando del cacique Manicotex, hermano del cautivo. Van desnudos y sus armas se reducen á flechas y lanzas de palo. El ejército español se compone de doscientos infantes y veinte de á caballo, con armaduras de acero, espadas y arcabuces. Bartolomé Colón y Ojeda van al frente. Para amedren-

tarles, les acometen con gran estrépito de tambores y trompetas. Antes de entrar en batalla, los indígenas, aturdidos por los disparos, el humo de la pólvora y la baraúnda de los parches y los cobres, se dispersan, cuando no caen muertos ó heridos. Detrás de los fugitivos aterrados corren los jinetes, blandiendo las espadas, y los perros, aquellos terribles perros de presa, que les desgarran las carnes. Los prisioneros son reducidos á la esclavitud y vendidos más tarde en España.

Se ha acusado á Colón de traficante de esclavos. La servidumbre era entonces cosa corriente, y «muchos siglos antes del nacimiento de Cristóbal Colón—dice un erudito historiador—ya hubo negros africanos esclavizados en la vieja Europa (1).» ¡Qué injusto es condenar á un hombre que obra en un medio distinto del que nos rodea y en circunstancias anómalas que ignoramos!

«Alabar ó censurar á un hombre no es conocerle—dijo Taine;—una virtud, trasplantada de un medio á otro, se vuelve vicio, y á la inversa. Las fórmulas morales son como linternas aplicadas á nuestro nombre para prevenir al transeunte de acercarse ó alejarse de nosotros; pero en modo alguno explican nuestra contextura interior (2).» Colón apeló á la esclavitud para au-

(1) José Antonio Saco, *Historia de la esclavitud*, pág. 51, tomo I: Barcelona, 1879.

(2) H. Taine, *Histoire de la littérature anglaise*, tomo V: París, 1893.

mentar las rentas de la corona, que no cesaba de pedirle oro.

Pacificada la isla y vencidos los indígenas, se somete á éstos al pago de tributos. Los que viven en los contornos de las minas tienen que entregar cada trimestre un cascabel flamenco lleno de oro en polvo, y los que viven más lejos, una arroba de algodón. Los indios, en la imposibilidad de pagar el impuesto—ni tienen herramientas ni saben explotar las minas,—huyen á las montañas. Muchos, rendidos por la labor de recoger con las manos las arenillas de oro de los ríos, caen enfermos. El cacique Guarionex propone al almirante, si le exime de la gravosa contribución, sembrar á su costa los campos de trigo; pero Colón no quiere sino oro. El oro es la obsesión de los españoles. Los indios oyen esta palabra hasta en sueños. Oro, murmuran los ríos; oro, trinan los pájaros; oro, repiten las montañas. ¡Oro, oro, oro! (1).

***

Colón deja de gobernador en La Española á su hermano Bartolomé y se dispone á volver á España; pero un ciclón tremebundo se desata sobre

(1) «Los aventureros que iban á la América no soñaban sino oro y era oro lo que buscaban allí; oro lo que quitaban á los indios, oro lo que éstos les daban para contentarlos, oro lo que sonaba en sus cartas para hacerse valer en la corte y oro lo que en la

la isla, arrasándolo todo y desbaratando las carabelas surtas en el puerto.

El almirante ordena la construcción de un nuevo barco, «La India,» y se hace á la vela con rumbo á España en Mayo de 1496, con toda la hez colonial, desengañado y maltrecho. Después de tres meses de fatigas y de hambres, pues las provisiones escasearon al punto de que por poco arrojan al agua á los indios que venían en los barcos, llegan á Cádiz aquellos fantasmas enflaquecidos y febriles, á la sazón en que parten para América tres carabelas tripuladas por Alonso Niño. Colón, á su tránsito por Andalucía, se hospeda en la casa de Andrés Bernáldez, cura de la villa de los Palacios, quien aprovecha lo que le cuenta de sus viajes para varios capítulos de su *Crónica de los Reyes de Castilla.*

Se dice que Colón se presentó esta vez en España con hábito de fraile y la barba crecida y muy triste. Esta humildad de su traje contrastaba con los adornos de oro de los indios que le seguían. Desde su primer viaje han transcurrido tres años; su popularidad ha decrecido mucho, y

corte se hablaba y codiciaba...» (Manuel J. Quintana, «Vasco Núñez de Balboa,» *Vidas de los españoles célebres*, págs. 276 y 277, tomo I: Madrid, 1905.)

«El oro es excelentísimo—decía Colón:—del oro se hace tesoro, y con él, quien lo tiene, hace cuanto quiere en este mundo, y llega á que eche las ánimas al Paraíso.»

el relato de sus nuevas aventuras interesa á pocos. Muchos suponen que todo es patraña y que el descubrimiento acabará por arruinar el tesoro español.

Los reyes, con todo, confirman sus privilegios y le hacen nuevas mercedes.

En el mes de Octubre ordenan que le entreguen seis millones de maravedises—cerca de ochenta y siete mil pesos fuertes—para la nueva expedición; pero esta suma no puede aprontársele por apuros del erario, y además porque Fernando, que está en lucha con Francia, necesita dinero para poner en pie de guerra mayor número de soldados.

Los enemigos de Colón han desacreditado de tal modo las Indias, que no hay quien quiera embarcarse con él. Por eso en 1497 se publica un decreto que autoriza el transporte á La Española de todos los criminales, salvo los heréticos, los nefandistas, los hijos de «quemados» y los monederos falsos.

El encargado de armar los buques es el obispo Fonseca, verdadero ministro de Ultramar durante el reinado de los Reyes Católicos y enemigo del descubridor, según Las Casas. Un agente suyo, llamado Jimeno de Briviesca, no sólo desobedece en todo á Colón, sino que le veja á cada paso con despreciativas burlas. Colón, perdida la paciencia—¿acaso los descubridores no tienen nervios? —acaba por patearle en el muelle, y esta explosión de cólera, en el país en que la cólera era lo corriente, dió margen (así lo dice Las Casas) á

las humillantes medidas que se tomaron más tarde con el genovés, como la de hacerle volver á España encadenado.

A fines de Mayo de 1498 sale Colón de Sanlúcar de Barrameda con una flota de seis bajeles, de los cuales tres, cargados de aquella chusma, navegan directamente á La Española. En Junio fondea en una isla llamada, por antífrasis sin duda, «Buena-Vista,» pues está poblada de leprosos que, para curarse, se bañan en sangre de tortuga. En Julio levan anclas y entran en una región tan tórrida, que Colón cree «que las naves van á quemarse;» la brea se derrite, el trigo se chamusca, la carne se corrompe; hasta los toneles de agua y vino revientan con el fuego del aire. La tripulación, extenuada por aquella atmósfera abrasante, no puede trabajar. Como el agua de las pipas se ha vertido, se mueren de sed. El 31 de Julio descubren la isla Trinidad. Siguen andando y arriban á unas tierras bajas, desde las cuales divisan unas montañas á lo lejos. A fin de atraer á los indios, que bogan por allí en unas piraguas, Colón ordena á los marineros que canten al son del tamboril y la dulzaina; pero los indios, tomando esta música por una declaración de guerra, les contestan á flechazo limpio. Los españoles disparan sus arcabuces y ballestas, y los indios acaban por deponer toda hostilidad. El 1.º de Agosto descubre Colón la tierra firme de la América del Sur. El estruendo de un brazo del Orinoco, que desagua en el mar, le espanta. Temé sumergirse en aquel

remolino. Está en el golfo de Paria, abundoso en perlas. Sueña que se halla en el «paraíso terrenal.» Esta ilusión, como observa Alejandro de Humboldt, fué el producto de una falsa erudición relacionada con el sistema cosmológico expuesto por los Padres de la Iglesia (1).

Las perlas que envía á los Reyes Católicos despiertan la codicia del obispo Fonseca, que prepara en seguida una expedición, al mando de Alonso de Ojeda, con destino á la costa de Paria. En uno de estos buques se embarca por vez primera Américo Vespucio, que había sido hasta entonces comerciante (2).

Desbaratado física y moralmente, gotoso y casi ciego, llega el almirante á Santo Domingo, la más antigua colonia europea del Nuevo Mundo, fundada por su hermano Bartolomé. El espectáculo que le aguarda es desastroso. Los indios, para eximirse de los impuestos, han intentado exterminar á los invasores. La miseria, originada por el desprecio de la agricultura, y las enfermedades (el gálico principalmente), han dado al traste con la mitad de los colonos. Francisco Roldán, un protegido del almirante, se ha insubordinado, y no habiendo podido matar al adelantado, ha huído al interior de la isla con sus secuaces, cometiendo todo linaje de fechorías. Según Oviedo,

(1) Obra citada, pág. 81, tomo II.

(2) Véase sobre Américo Vespucio el cap. VII de *Spain in America*, de Gaylord-Bourne.

esta rebelión de Roldán respondía á la dureza del adelantado; según Herrera, al carácter agresivo y ambicioso de Roldán. No: esta rebelión, como todas las de América, era el producto del temperamento díscolo, individualista é indisciplinado, privativo de nuestra raza. Colón, por debilidad ó lo que fuese, transige con los insurrectos, aceptando sus vergonzosas condiciones, entre otras la de reponer á Roldán en el puesto de alcalde mayor que antes desempeñaba. Colón no era un domador de hombres, como Magallanes. Usaba la máscara que, según Petrucelli della Gatina, suelen usar los italianos. Era calculador y paciente.

En Octubre de 1498 pide refuerzos á España, dando cuenta á los reyes de este motín de bribones y villanos, adúlteros, perjuros, ladrones y granujas. Las quejas de los insurgentes, quejas que van en el mismo buque, contra Colón y su hermano, no son menos explícitas. Les acusan de crueles, de malos pagadores, de enemigos de la corona, de ahorcar á los españoles por el motivo más fútil. Digo, ellos, ¡que queman vivos á los indios, que les roban y, por contera, violan á sus mujeres!

Los monarcas, alarmados con estos informes contradictorios, y convencidos de que el virrey no da pie con bola como gobernante, envían á Santo Domingo, en Julio de 1500, al comendador Francisco de Bobadilla, con el cargo de gobernador y de juez pesquisidor de la isla. Bobadilla sería todo lo honrado ue asegura Oviedo; pero

su proceder con el almirante y el adelantado le ha valido la reprobación universal. «El recibimiento que le hizo (á Cristóbal Colón)—dice Las Casas—fué mandalle poner unos grillos y metelle en la fortaleza, donde ni él lo vido ni le habló más, ni consintió que hombre jamás le hablase.» Sobre ser un impulsivo, iba prevenido contra él, y al ver, á su llegada á la isla, á dos españoles ahorcados, no necesitó más pruebas de la supuesta crueldad de Colón. Procedió con rapidez militar é irritante injusticia, pues no oyó al acusado, sino á los acusadores, gente vil en su mayoría, procedente de los presidios peninsulares. El ser Colón extranjero no dejó de influir en el acto abusivo del juez pesquisidor. El miedo del genovés llegó hasta el punto de que, al trasladársele encadenado de la prisión al buque, creyó que iban á matarle.

A principios de Octubre de 1500 sale para España, achacoso y escarnecido, entre los gritos jubilosos de la plebe. Sus penosos estados de alma en aquella ocasión pueden leerse en la carta—de cuya autenticidad duda Harrisse—que dirigió al ama del príncipe D. Juan «el año de 1500, viniendo preso de las Indias.» Convencido de su inocencia, no permitió que durante la travesía el capitán del barco le quitase los hierros que, según ordenó en su testamento, quería *que fuesen enterrados con él.* «El italiano—observa un historiador italiano—sabe soportar impasible una injuria personal, si por el momento persigue algo más pro-

vechoso que la venganza, y sabe trazarse un fin y llegar á él silenciosa y obstinadamente al través de los más complicados rodeos.»

La indignación pública en España, al ver llegar á Colón encadenado, fué unánime. Los soberanos le reciben en la Alhambra. Colón, llorando, quiere arrodillarse; pero los reyes, también llorosos, le tienden las manos.

Este dolor de los monarcas, ¿fué sincero? Alejandro de Humboldt no lo cree. La «carta de creencia» que le dieron á Bobadilla, influídos por el malévolo Fonseca, superintendente de las Indias, es «una carta pérfida.» Los reyes, sin embargo, no sé cuidan de examinar los procesos de Bobadilla, ni dan fe á los cargos formulados contra Colón. Esto de no querer oir sino á una sola parte es un procedimiento muy español, que concuerda con nuestro fanatismo violento y nuestra falta de curiosidad crítica. Al cabo de un año destituyen á Bobadilla, cuya administración no fué menos calamitosa que la del almirante, quien, como él mismo dice, no tuvo la pretensión de «gobernar ciudad pequeña ó grande, sometida á régimen regular,» sino que fué como capitán á conquistar las Indias «y avasallar pueblos salvajes y belicosos que viven en montes y selvas.»

En lugar de Bobadilla nombran á Nicolás de Ovando, de quien dice Asensio, en la pág. 438 del tomo II de su *Cristóbal Colón*, que «era honrado y virtuoso, de carácter prudente y conciliador,» y en la pág. 524 del mismo tomo, que «era pusilá-

nime, artero y suspicaz, y que sólo pensaba en el gobierno y en las riquezas de la isla.» (Adóbame estos candiles.) Los reyes le ordenan que restituyan «al almirante y á sus hermanos todo el oro y joyas y las haciendas y ganados y bastimentos de pan y vino, y libros, y los vestidos y atavíos de sus personas que el comendador Bobadilla les había tomado.»

Colón, mientras permanece en España, rumia el proyecto de rescatar el Santo Sepulcro. Resultado de estas quimeras fué su libro de las *Profecías*, que es la obra incoherente de un místico y de un megalomano, en que anuncia «la llegada del Antecristo y la destrucción del mundo.» No por esto deja de persistir en sus reclamaciones, porque en Colón el ensueño no excluía el amor al dinero y á los honores.

Los monarcas le autorizan para el cuarto viaje, pero despojándole del virreinato, no obstante todas sus explicaciones y promesas de devolverle sus privilegios, y prohibiéndole desembarcar en Santo Domingo, por temor quizá á nuevos disturbios, á no ser al regreso.

Al volver Bobadilla á España, con el cacique cautivo Guarionex, Roldán y sus partidarios, naufragó, yéndose á pique con él y los doscientos mil pesos en oro que traía, más de veinte buques, desastre que á muchos se les figuró *castigo del cielo* y no consecuencia del ciclón que, desencadenándose de improviso, no les dió tiempo ni para plegar las velas. Fernando Colón estaba seguro de

que si Bobadilla, Roldán y otros enemigos del almirante hubieran llegado á España, en vez de castigos, «hubieran recibido muchos favores...» ¡Claro! Como que traían consigo doscientos mil pesos.

Este cuarto viaje de Colón, que emprende á los sesenta y seis años, fué, sin duda, el más trágico y azaroso de cuantos hizo. En la carta que escribió á los reyes desde Jamáica, en Julio de 1503, dice que durante «ochenta y ocho días» se vió combatido por una horrible tormenta que le impidió ver el sol y las estrellas; que tenía «los navíos abiertos, rotas las velas, perdidas anclas y jarcia y cables y la gente muy enferma.» En esta misma dolorosa carta figura su célebre *alucinación auditiva*, en que finge haber oído «una voz muy piadosa,» y que, más que alucinación, parece, como creen muchos, una alegoría en que se queja amargamente de la conducta de los reyes para con él. Para alucinación es demasiado larga, maliciosa y coherente, y perdóneme Lombroso (1). La alusión á Fernando no puede ser más clara cuando dice: «los privilegios y las promesas que da Dios no las quebranta, ni dice después de haber recibido el servicio que su intención no era ésta, y que se entiende de otra manera...»

Yo no creo que el ilustre marino fuese deliberadamente mentiroso; creo, sí, que era vanidoso y un si es no es grafomano y tan imaginativo,

(1) Véase *L'homme de génie*: París, 1903.

que hasta los dedos se le antojaban Ofires y Cipangos. ¿Cómo pudo enterarse de las costumbres de los aborígenes de Honduras y Costa-Rica, cuando ni él ni los suyos sabían una palabra del idioma de éstos? Y, sin embargo, cuenta tan fresco que, *según los naturales*, aquellas gentes tenían buques con cañones—que él no vió—que andaban vestidos, que usaban armas y flechas, espadas y corazas; que combatían á caballo (en todo caso serían vicuñas ó llamas, porque el caballo fué de importación española), que vivían en magníficas casas y que trajeaban rica y lujosamente. ¡Esto sí que fué alucinación! También dice que á diez jornadas de *Ciguare* (dígase Veragua con los españoles) está... ¡el río Ganges! Hay que poner en cuarentena muchas de las cosas que relata, hasta que otros documentos—y no de fuente colombina—las confirmen. Y, con todo, gracias á lo que él nos cuenta, y que repiten casi todos los historiadores primitivos de Indias, sabemos algo de estos viajes suyos.

En la costa de Jamáica, rotas las naves por un ciclón y «comidas de broma,» se ve obligado á varar. La tripulación convierte en barracas las cubiertas. Entran en relaciones pacíficas con los indios que, á cambio de baratijas, les traen provisiones. Colón pretende ponerse al habla con La Española, que dista cuarenta leguas; pero ¿cómo, con qué buques? Diego Méndez, el escribano de la armada, fiel servidor del almirante, se ofrece á ir en una canoa con varios indios para que

Ovando, una vez informado de la precaria situación de los españoles, les socorra sin pérdida de tiempo.

Los meses pasan y no se tiene noticia de Diego Méndez. La vida de los náufragos se hace cada vez más insufrible. Muchos están enfermos. El mismo Colón no puede moverse de la gota. Parte de la tripulación, con los hermanos Porras al frente, se alza al fin en armas, y apoderándose de cuanto puede, se echa á merodear por la isla, cometiendo todo género de tropelías. Los indios, en venganza de los daños que reciben, se niegan á llevar víveres á las carabelas. Entonces Colón, para amedrentarles á fin de que les traigan de comer, les predice un eclipse de luna, que da el resultado apetecido. ¿Tenía Colón la instrucción astronómica que le atribuye su hijo Fernando, para anunciar *calculadamente* esta clase de fenómenos? Henry Vignaud se la niega (1), y Alejandro de Humboldt supone que «el almirante tenía, sin duda, efemérides á bordo, probablemente las de Regiomontanus... ó el *Calendarium eclipsium* para 1483-1530, cuyo uso era muy común entre portugueses y españoles (2).»

Ocho meses han transcurrido de la partida de Diego Méndez. ¿Habrá perecido? Si no ha perecido y llegado á La Española, ¿cómo el goberna-

(1) Henry Vignaud, obra citada.

(2) *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*, pág. 215, tomo II.

dor Ovando no les manda auxilios? La situación no puede ser más aflictiva. ¡Hasta los soldados enfermos pretenden sublevarse, á imitación de los Porras! En el mes de Abril, á la puesta del sol, divisan una vela en el horizonte; poco después aparece una carabela. ¡Sí: es el anhelado socorro que viene! La alegría de Colón y los suyos es indecible; pero ¡oh desengaño! La carabela viene á decirles, por boca de Diego de Escobar, enemigo de Colón, que Ovando deplora lo que les acaece; pero que no puede hacer nada por ellos.

¡Cómo se repite, en la *misma forma*, al través de los siglos, sin distinción de países ni de razas, esta excusa hipócrita del egoísmo y de la falta de compasión!

La conducta de Ovando, ¿responde al temor de que Colón pueda quitarle el gobierno ó á calculada perversidad? ¿Qué pretende? ¿Dejarle morir á manos de los indios? Con este irrisorio mensaje—¡y un tocino!—recibe Colón el relato del viaje de Diego Méndez, que raya en lo fabuloso.

Tras cinco días de inverosímil navegación en un frágil leño, de los cuales pasa dos sin comer ni beber, «por no tenello,» llega al cabo Tiburón, que dista de Santo Domingo ciento treinta leguas; las atraviesa luchando á brazo partido, como quien dice, con las corrientes; anda más de cincuenta leguas á pie y solo por bosques poblados de tribus hostiles; vadea ríos, baja y sube montes, hasta dar con Ovando. Hay que leer en el *Testamento*

histórico de Méndez—documento único en su clase—la relación de esta nunca vista aventura, que parece cuento.

Este Diego Méndez—á quien el almirante no le cumplió lo prometido en horas de peligro y zozobra—fundó un mayorazgo con un mortero de mármol y unos cuantos libros, sobre cuyo número y títulos no están acordes Humboldt y Menéndez y Pelayo (1). Gracias á Méndez, al intrépido y noble Méndez, conocemos el relato del último viaje de Colón.

Ni en los trances más críticos nuestro orgullo insensato, nuestra ingénita indisciplina nos permiten la solidaridad que nace del peligro común. A menudo imagino que somos una raza de orates. Dígalo la rebelión de los hermanos Francisco y Diego Porras. Como si el hambre, el aislamiento y las enfermedades que sufren en un desierto inhospitalario no fueran suficientes, aquel exiguo número de españoles trata de exterminarse. En vano pretende Colón reducirles á la obediencia. El adelantado se ve constreñido á combatirles con unos cuantos soldados convalecientes. La lucha fué sangrienta. Francisco Porras cae prisionero; los demás huyen, y el piloto Pedro Ledesma, que se había unido á los insurrectos, rueda á un

(1) Véase A. de Humboldt, *Apéndices*, pág. 379, tomo II, obra citada, y Menéndez y Pelayo, pág. 223, *Estudios de crítica literaria*, segunda serie: Madrid, 1895. Véase también el *Testamento* de Méndez.

barranco, acribillado de heridas, donde permanece más de veinticuatro horas. Asistido más tarde por los españoles, logra sanar. «Tenia—dice Las Casas—una herida en la cabeza que le parecian los sesos; otra en el hombro que le tenia descoyuntado y le colgaba de la islilla todo el brazo, y la una pantorrilla á raiz del hueso, desde la corva, cortada y colgando hasta el tobillo, y el un pié, como quien le pusiera una suela ó chinela, cortado desde el calcañal hasta los dedos; y así, caido en el suelo, llegaban los indios del pueblo á él y con palillos abríanle las heridas para ver las llagas que hacian las espadas, y cuando le molestaban decia: «pues si me levanto,» y no era maravilla, porque era un hombre fiero y de cuerpo muy grande y la voz gruesa... Sabido en los navíos, fueron por él y pusiéronle allí cerca, en una casa de paja, que sólo la humedad y los mosquitos bastara para matallo; comenzólo á curar un cirujano, el cual, por falta de trementina, le quemó las heridas con aceite... Yo le vide despues en Sevilla, sano, como si no hubiera padecido nada...»

Estos hombres, ¿eran analgésicos ó estaban hechos de una masa *sui generis?*

Su resistencia para el dolor, su individualismo berroqueño, ¿de quién les viene? ¿De los iberos, de los bereberes? Los iberos—según Strabón—andaban divididos en tribus monteses, que, á causa de un orgullo que les inspiraba gran confianza en sí mismos, casi nunca se unían entre sí.

Los rebeldes se someten, y al cabo de un año de olvido y abandono, de miserias y angustias, aparecen dos navíos—uno fletado por Diego Méndez—en que se embarcan todos con rumbo á Santo Domingo.

***

A Colón se le acusó ante los reyes de cruel é injusto con los indígenas. Nicolás de Ovando, ¿fué menos duro con ellos? Veámoslo. A pesar de la recomendación de la reina de que «no les hiciese mal, ni daño, ni otro desaguisado alguno,» les trató inhumanamente. Permitió que los colonos les obligasen á trabajar aun estando enfermos, y si se resistían, les azotasen sin piedad. Les nutrían tan mal, que Las Casas cuenta que vió á muchos «bajo los árboles gimiendo como podían: *¡Hambre, hambre!*» A cada español le dió un número determinado de indios «para que los enseñasen las cosas de la santa fe católica,» ó lo que tanto monta, para que les redujesen á la más inicua servidumbre. Las Casas dice que, en cuanto á la instrucción religiosa, se hizo tanto caso de ella como «si los indios fueran palos ó piedras, ó gatos ó perros.»

Los colonos, cada vez que los indios se resistían á sus atropellos, iban á las autoridades con el soplo de una pretensa conspiración, que daba lugar á carnicerías como la de Xaraguá, por ejemplo, que contaré muy sucintamente. Ovando, so

pretexto de hacer una visita á la india Anacoana, reina de Xaraguá, se presentó con un ejército de más de trescientos soldados. La incauta india —hermana del famoso Caonabo—se preparó á recibirles pomposamente con bailes y saraos. Terminada la fiesta de los indígenas, Ovando les anunció otra á la usanza española.

La muchedumbre se aglomera en la plaza. Anacoana y su séquito entraron en casa del comendador para ver cómodamente el espectáculo. De pronto, á una señal convenida de Ovando, los soldados cargaron sobre la multitud: unos huyeron á las selvas, otros se echaron al mar. La infeliz Anacoana—de cuya hermosura se hacen lenguas cuantos la conocieron—fué ahorcada en la plaza delante de los caciques. (En cambio, á Porras le puso Ovando en libertad tan pronto como llegó á Santo Domingo, y hasta quiso castigar á los que le prendieron...)

Este lujo de crueldad se explica: los españoles llegaron á América tintos en sangre mora y judía, ahumados por las hogueras de la Inquisición; su fanatismo religioso era una mezcla de sórdida avaricia, de sadismo y de fiebre destructora. ¿Cómo iban á respetar la vida de aquellos infelices que se mandaban á la Península como «cabezas de ganado,» cuando en tan poco estimaban la propia? Isabel no fué mala; pero obró «influída por la autoridad de los teólogos, la astucia de los inquisidores y las exigencias del tesoro de la Corona,» como dice Humboldt. Se opuso por escrito á que

tiranizasen á los indios; pero no se dió el caso de que castigase á uno solo de sus verdugos. La piedad es cosa rara.

***

Poco después de su llegada á Santo Domingo regresa Colón á España. El viaje, que fué borrascoso, duró cerca de sesenta días. En Sevilla los dolores de la podagra y lo rudo del invierno, que hacía intransitables los caminos, le retienen largo tiempo. En Noviembre de 1504 muere de cardiopatía, en Medina del Campo, la reina Isabel, su amiga y protectora, que... ni siquiera le menciona en su testamento. El desamparo de Colón es absoluto. Fernando, que siempre se mostró hostil á la empresa del descubrimiento, presta oídos de mercader á sus reclamaciones. De Sevilla se traslada Colón á Salamanca, de Salamanca á Segovia, siempre suplicando en pos de aquella corte nómada, y, por último, á Valladolid, viejo, baldado por el reúma, el corazón entumecido por los desengaños y la indiferencia general.

Después de testar, «recibió con mucha devoción —dice Las Casas—los Sacramentos.» Murió obscuramente—rodeado tal vez de sus hijos y del incondicional Diego Méndez,—ignorando la magnitud de su obra, el año de 1506, en el mes de Mayo, «de edad de setenta años, poco más ó menos,» según Andrés Bernáldez. Pedro Mártir, que

estaba á la sazón en Valladolid, no dice nada de la muerte de aquél á quien llamó, al regreso de su primer viaje de las Indias, «un tal Colón de Liguria.» Con análogo desdén—y si no con desdén, con frialdad—se expresaba muchos años después López de Gomara: «Halló las Indias, aunque á costa de los Reyes Católicos; gastó muchos años en buscar con qué ir allá. Aventuróse á navegar en mares y tierras que no sabía, por dicho de un piloto, y si fué de su cabeza, merece mucha más loa (1).»

De todas suertes, fuese ó no de su cosecha el proyecto de descubrir el nuevo continente, él, y sólo él, le descubrió, y su hazaña—«la mayor cosa después de la creación del mundo,» según palabras del propio citado historiógrafo—sirvió á los españoles para forjar Iliadas de carne y hueso; dió un gran impulso á la geografía, á la navegación, á la astronomía náutica, á las ciencias naturales y á la lingüística, sobre todo, con el estudio comparativo de los nuevos idiomas de los aborígenes de América. Sorprende—dice Humboldt—hallar en los escritores españoles del siglo XVI el embrión de las verdades físicas más transcendentes (2). Sirvan, al menos, de compensación á la mucha sangre que costaron. No, no todo fué asolamiento y truculencia en la primera parte del

(1) *Historia general de las Indias*, pág. 172: Rivadeneyra, Madrid, 1852.

(2) Pág. 105, tomo II, obra citada.

drama del descubrimiento. Si hubo un Nicolás de Ovando—cuyo talento administrativo no falta quien alabe,—hubo un Bartolomé de Las Casas; si hubo un Pedro Margarit, hubo un Diego Méndez. ¡Y cuántas otras figuras de broncíneo relieve, que no se olvidan, que perduran en la memoria como visiones de fuego!

Las hipérboles de Las Casas han servido de base á todos los historiadores—nacionales y extranjeros—para hacer de la dominación española en Ultramar un infierno de horrores. Se olvidan dos siglos de sabia y filantrópica legislación, en que se reconoció á los indios una personalidad que Inglaterra no les reconoció á los naturales de Norte América. Por lo que toca á la esclavitud de los negros, España fué más benigna que Inglaterra y Francia. El primero que protestó contra la esclavitud del negro fué un jesuita español, Alfonso Sandoval (1).

La fisonomía de Colón descuella con no sé qué rictus de amargura y de ironía, con no sé qué ojos insomnes y codiciosos, sobre aquella época de armígero individualismo, de románticos atrevimientos (que entonces no eran románticos), supersticiosa y brutal, en que la escolástica secaba el corazón y henchía los cerebros de sofísticas fórmulas.

***

(1) *Spain in America*, por Gaylord-Bourne.

Los americanistas modernos han empezado á socavar la fama de Colón. Para rebajar su obra, ¡hasta se le moteja de mal marido! Ruge—el geógrafo alemán—no sólo le niega aptitudes de cosmógrafo y marino, calificándole de visionario (¡expóngase usted á naufragar cuatro veces para esto!), sino que atribuye resueltamente el descubrimiento al «físico» Toscanelli. Vignaud, que no cree en la autenticidad de la correspondencia de Colón con el astrónomo florentino, resucita al piloto muerto en casa del genovés, para que le revele el secreto de la gran empresa trasatlántica; pero hasta ahora el piloto permanece mudo. ¿Qué queda del célebre aventurero, según esta despiadada disección? Un hombre audaz y perseverante, codicioso y embustero, á quien la misma firmeza de su propósito—no cimentada en cálculos científicos—mueve á sospechar que no fué el iniciador del descubrimiento. ¿Quién fué el iniciador entonces? *That is the question.*

Su aventura no puede compararse con la de Magallanes en busca del estrecho que lleva su nombre; Colón no tuvo que jugarse el todo por el todo luchando cuerpo á cuerpo en pleno mar con una rebelde tripulación cosmopolita; el hambre no le obligó á comer ratas y cueros de reses, ni estuvo á pique de morir de frío en un desierto; no navegó por el desamparo de un piélago tres veces mayor que el Atlántico; no vió, como el nauta portugués, precipicios vertiginosos, cumbres de nieve, aguas negras y hondas, en que todo era alu-

cinación y pesadilla; no murió, en fin, atravesado por una flecha tan pronto como echó pie á tierra. Por otra parte, su empresa no envolvía un problema náutico de tan ardua solución como atravesar el Pacífico. Lo prueba que muchos de los que lo intentaron más tarde tuvieron que retroceder. Desde el punto de vista científico, el viaje del heróico lusitano alrededor del mundo—reputado como la más asombrosa hazaña marítima de todos los tiempos—disipó los errores geográficos en que se fundaban las conjeturas de Colón.

IV

Hay hombres para quienes la luz no brilla sino cuando mueren, y esa luz no es la luz ardiente del sol, sino la agonizante de los cirios. Cervantes perteneció á la falanje de desgraciados perseguidos por una adversidad implacable, por un fatalismo como el que resumía aquel infeliz que, para evidenciar su mala estrella, contaba que, habiéndose dedicado á negociar en sanguijuelas, resultó que las que le vendían... ¡no picaban! La vida del gran novelador fué una serie sin fin de infortunios y de reveses inmerecidos. El reverso de la de Lope de Vega, inferior á él intelectual y moralmente.

En Lepanto, donde pelea con bravura, le hieren. Pasa cinco meses en un hospital de Mesina, entre si se muere ó no se muere, y al fin queda

manco, consolándose, como única recompensa de su hazaña, con el recuerdo de haber tomado parte en aquella memorable tragedia naval, en que tanto brilló el glorioso D. Juan de Austria.

No cumplidos los treinta años, le esclavizan los turcos. En Argel permanece un lustro cautivo, rozándose con facinerosos y salteadores de caminos, con mercaderes griegos, con judíos cochambrosos, con rameras, pícaros y perjuros. Harapiento y comido de piojos, vive como puede, de la intriga, del engaño, quizá del hurto, porque «el pobre no puede ser honrado.» Intenta evadirse con otros cautivos cristianos y un renegado le vende. Le encadenan, le zampan en una mazmorra, de la que le sacan un día para que presencie la ejecución del jardinero que preparó la fuga. En vano escribe cartas y memoriales á la corte, alegando sus servicios para que se le rescate. Las cartas, ó no llegan á su destino, ó si llegan no se leen. No por eso desfallece ni desespera. Prefiere arriesgar mil veces el pellejo á vegetar en la servidumbre. Propone otro día por escrito á cierto militar español, residente en Orán, una sedición para alzarse con Argel.

Sorprenden al moro que lleva la carta y vuelve Cervantes al calabozo con una cadena al cuello y la amenaza de apalearle el abdomen y las plantas de los pies, á la usanza turca. Gracias á su industria logra que le concedan más adelante andar por la ciudad confundido con los perros errabundos, los mendigos y los esclavos que la infestan,

sin contar las inmundicias de la calle, propias de los pueblos de Oriente.

Pasan los días, pasan los meses, y cada vez ve más dificultosa su redención. La muerte súbita en Flandes de D. Juan de Austria, en quien confiaba para su libertad, aflige su espíritu, ya apenado por tantas injusticias del destino. Los caracteres ejecutivos, en vez de amilanarse con los obstáculos, se fortifican y agigantan. Cervantes vive de dentro afuera, gracias á la exuberancia de su energía interior. No se entrega, como el presbítero Antonio de Sosa, esclavo también del pirata, á una melancolía ascética, producto de su carácter contemplativo, agravada por la humedad lóbrega del subterráneo en que le sepultan.

Trata segunda vez de escaparse; pero un fraile dominico, Blanco de Paz, que estaba en autos de su proyecto, le delata. Le perdonan la vida y vuelve al baño cargado de grillos. Esta indulgencia del pirata con un reincidente tan audaz y porfiado, revela que los moros no eran tan crueles como de ordinario se les pinta (Cervantes no les pintó así), que tal vez admiraban el arrojo y la osadía de aquel soldado á quien ni los castigos ni las amenazas de muerte apartaban del propósito de emanciparse á toda costa y de emancipar á sus compañeros de infortunio. Cervantes fué lo que llamamos hoy un altruísta. No quería escaparse solo, dejando desamparados á sus compatriotas, que, como él, gemían bajo el mismo yugo. No creo que esta indulgencia obedeciese á la co-

dicia turca, como se ha dicho; porque ¿qué podía esperar de un prisionero desvalido y paupérrimo, por cuya libertad nadie se aventuraba á ofrecer la suma exigida? El tiempo pasa y la hora de la libertad no suena para Cervantes. Un día, estando en una galera encadenado, con los remos en las manos, ya pronto á partir para Constantinopla con otros cautivos cristianos, entre los zurriagazos del cómitre, aparece la noble figura de un fraile mercenario que entrega al pirata 500 escudos de oro por su rescate, debidos en parte á la amorosa solicitud de doña Leonor de Cortinas, madre del novelista.

¡Cuán aceleradamente debió de latirle el pulso, al despertar una mañana de otoño en Valencia, libre de argollas y cadenas, de ultrajes y acechanzas, respirando el aroma de los naranjos y de los viñedos! Era como la desgarradura de una pesadilla truculenta por inefable música de amor.

En 1587 llega Cervantes á Sevilla—ciudad muy cosmopolita entonces—con el cargo de recaudador de impuestos, mediante un salario de doce reales al día. Peregrina de pueblo en pueblo, de aldea en aldea, de cortijo en cortijo, de mesón en mesón, huroneando en todas las trojes y almazaras, en los más recónditos recovecos, á fin de recoger, de grado ó por fuerza, la mayor cantidad posible de trigo y de aceite para abastecer la escuadra que apresta Felipe II contra Inglaterra. Sólo la obstinación lapidaria de aquel déspota sin cejas pudo poner al frente de tal armada y de tan

loca empresa á hombre tan inepto y para poco como el duque de Medinasidonia—célebre por su destreza en acosar toros,—en sustitución nada menos que del insigne caudillo D. Alvaro de Bazán—«aquel rayo de la guerra,»—que acababa de morir, sin que el autócrata, á quien tanto y tan gloriosamente había servido, derramase una lágrima...

Cervantes, en nombre y por orden del rey, saquea sin piedad á terratenientes, lugareños y labradores, quienes, á cada grano de trigo y á cada gota de aceite que les quita, responden con una protesta de indignación. Así se explica el odio con que los pueblos acogían la aparición, con su séquito de corchetes, del comisario de provisiones para la *Invencible*, negándole muchas veces albergue y comida. Ni la misma Iglesia—tan poderosa entonces—se libraba de este despojo, del que la Real Hacienda respondía con un simple pagaré ó algo así, firmado en nombre del monarca; garantía irrisoria dada la reputación de tramposa que justificadamente tenía y... sigue teniendo. De tan paternal manera gobernaba Felipe II á su pueblo: cuando no le extraía de sus hogares para la milicia, le quemaba vivo ó arramblaba con sus ahorros, arrancados á fuerza de sudores y fatigas á una tierra calenturienta y sitibunda. Y todo ¿para qué? Para que aquella aparatosa máquina de guerra se hundiese sin gloria en el mar; tan sin gloria, que los mismos pueblos castellanos por donde pasaba el duque fugitivo y

derrotado, le agasajaban con silbidos y pedradas.

En estas sus andanzas de agente ejecutivo de contribuciones concció Cervantes á fondo el alma rural española, la verdadera alma nacional en todas partes, que permanece inmóvil é indiferente á los cambios políticos, no tanto hoy como entonces, gracias al ferrocarril que facilita el trasiego de las costumbres nuevas.

En 1590, cesante ya oficialmente de su empleo de cobrador de arbitrios, y tan én la inopia—no tenía ropa que ponerse—que solicitó en vano del Consejo de Indias un destino para Ultramar, la Real Hacienda, tan roncera y morosa en el pago como pronta y ejecutiva en el cobro, le exige que arregle sus cuentas pasadas. Cervantes no pudo justificar una suma de catorce mil y pico de maravedises á su cargo. Cierto que debía esa cantidad; pero el Tesoro le debía á él cerca de trece mil maravedises de sueldo. «Cobra y no pagues, que somos mortales,» era su divisa. Si no sacan la cara por él varios vecinos de Écija—cuyos nombres conserva agradecida la historia,—le zampan en chirona, como al último pícaro. Más tarde, por quejas é intrigas del clero contra los comisarios del proveedor general de las galeras, Pedro de Isunza, entre los cuales figuraba Cervantes—se me perdonará que no dé pormenores en atención á que no estoy escribiendo, aunque lo parece, una biografía,—se cita judicialmente á Cervantes para que responda de los cargos que se le hacen. Esta vez sí va á la cárcel, á aquella

pocilga carcelaria de Sevilla, cuyas abominaciones conocemos por la *Relación* de Cristóbal de Chaves, inestimable documento de antropología sociológica criminal, no menos instructiva y dolorosa que «La casa muerta,» del ruso Dostoyonski. Para Cervantes, que había vivido en los baños de Argel, que había frecuentado «El Compás,» infecto barrio sevillano de truhanes y rameras, no debió de ser tan nuevo y crispativo el espectáculo de aquella hampa andaluza, podrida en lo psíquico hasta el tuétano, insensible á la tortura, supersticiosa, pendenciera, grotescamente alegre y jactanciosa, que se valía de mil artimañas para desplumar al vecino; devorada por chinches, piojos, garrapatas y pulgas, amén de las bubas, entonces epidémicas, de la sarna y de otras lacras no menos nauseabundas, morralla á la que no lograban meter en cintura los terríficos rigores de Arias de Bobadilla.

Allí, en aquel muladar humano, conoció Cervantes á Mateo Alemán, padre de la novela picaresca, y allí se engendró el *Quijote*, por cuyas páginas reideras pasan á veces los escalofríos que debió de sentir su autor ante cúmulo tal de abyecciones y miserias, gérmenes atávicos que crecen en el ambiente caliginoso de la promiscuidad penitenciaria, como rotíferas inertes desde hace años que resucitan al influjo del agua.

Como si todas estas malandanzas no fuesen bastantes, cierta noche, viviendo con su familia en Valladolid, en la calle de Miguel Iscar, se le

antoja á un hombre caer mortalmente herido en la esquina de su casa, que es la misma que se conserva todavía. El proceso, que he leído en los *Documentos cervantinos*, publicados por Cristóbal Pérez Pastor (1), nos permite asistir á aquella tragicomedia de capa y espada, digna de Lope.

Una noche del mes de Junio de 1605, á eso de las once, empiezan á ladrar los perros y se alborota el vecindario á los gritos de alguien que pide socorro. Cervantes, que está en la cama, cavilando quizá en lo poco que le ha producido la primera parte del *Quijote*, se echa á la calle, y en unión de un clérigo, vecino suyo, suben al herido al aposento de doña Luisa de Montoya, viuda del cronista Esteban de Garibay, que vive pared en medio del novelista.

El herido se llama D. Gaspar de Ezpeleta, hidalgo menesteroso y mujeriego que vive á expensas del marqués de Falces—al menos en su casa come y cena diariamente.—Góngora se burló de él como mal jinete en unas décimas. Su capital no pasa de *setenta y dos reales*, que lleva consigo en las calzas. Y con setenta y dos reales y unos cuellos, tres valonas viejas, dos espadas, unas ligas de tafetán, una cadena de alquimia, un libro en blanco y otro en latín—que á esto se reduce su biblioteca,—ordena en su testamento que le digan, por el descanso de su alma, *mil quinientas*

(1) Tomo II, de la pág. 455 á la 537: Madrid, 1902.

misas. D. Gaspar, como el Tenorio, de Zorrilla, corteja

«desde la princesa altiva
á la que pesca en ruín barca,»

según se desprende de la declaración de la moza Isabel de Islallana.

No obstante su hábito de Santiago, posa en una casa de huéspedes, donde, al decir de la patrona, casi nunca duerme, porque D. Gaspar es un rondador nocturno.

Llaman á escape á un cirujano—que á más de cirujano es barbero,—el cual, luego de examinar las heridas, que son dos: «una en el vientre, encima de la bedija,» por la que «se le ha salido parte del redaño,» y la otra «en el muslo derecho,» declara que D. Gaspar «está de peligro.»

Como que á los dos días lía el petate.

Después aparece el alcalde, D. Cristóbal de Villarroel, que le toma declaración al herido, el cual confiesa «que la persona que riñó con él (y que no conoce) se acuchilló como hombre honrado, y que él fué el primero que metió mano á la espada contra él.» D. Gaspar era pobre, pero reservado y discreto.

Por la declaración de Isabel de Ayala, viuda del doctor Espinosa, sabemos cómo vivían aquellos vecinos. Oigámosla: «En el cuarto primero, á mano derecha, vive doña Luisa de Montoya y sus hijos, que es gente honrada y recogida; y en el

otro cuarto, tambien primero, que cae á mano izquierda, que cae encima de la taberna, viven Miguel de Cervantes y doña Andrea y doña Magdalena, sus hermanas, y una hija del dicho Miguel de Cervantes, bastarda, que se llama doña Isabel, y tambien vive doña Constanza, hija de la dicha doña Andrea; y en este cuarto, donde dicho Miguel de Cervantes y su hija, hermanas y sobrina viven, hay conversaciones de gentes, que entran en ella de noche y de dia algunos caballeros que este testigo no conoce, mas de que en ello hay escándalo é murmuracion, y especialmente entra un Simon Mendez, portugués, que es público é notorio que está amancebado con la dicha doña Isabel, hija del dicho Miguel de Cervantes; y esta testigo se lo ha reprendido muchas veces al dicho Simon Mendez, aunque él decia que no entraba sino por buena amistad que tenia en la dicha casa...; que en el cuarto alto, arriba de la taberna, vive doña Mariana Ramirez, la cual es público é notorio que está amancebada con D. Diego de Miranda, y que sobre esto han estado presos, y despues acá todavía se tratan; en otro cuarto alto, que cae encima de la dicha doña Luisa, vive doña Juana Gaytan é doña María de Argomedo y doña Catalina, mujer soltera, é doña Luisa, tambien moza soltera, y estas dichas mujeres admiten muchas visitas, de dia é de noche, de caballeros, como son el duque de Pastrana, el conde de Cocentaina y el señor de Higares.» Añade que ignoraba si Gaspar de Ezpeleta entra-

ba con dichos caballeros en el piso de Cervantes.

No falta quien desmienta indignado que la hija natural del novelista fuese la querida de Méndez. Para otros, la publicación de este documento daña en su honor á Cervantes. ¡Con qué ligereza nos metemos á juzgar actos cuyos factores ignoramos!

Nada sabemos del carácter de doña Isabel de Saavedra: si era caprichosa, calculadora, casquivana... Su nombre figura en un proceso eclesiástico como delatora de cierta histérica alucinada que «creyó que del costado de Cristo salía un hilo de oro que la ataba al suyo.» No sabemos si, como hija única, dominaba al padre, ya viejo y desengañado. Se olvida que cada hombre es un enigma andando.

Sabemos, eso sí, que Cervantes vivía en Valladolid con mucha estrechez, á pesar de sus negocios (no sabemos de qué clase) con Juan de Urbina. Por otra parte, el autor de la *Galatea* nunca alardeó de moralista rígido y hosco, ni en su vida ni en sus obras. Quien, como él, se lo explicaba todo, no podía ser un dogmático obtuso. Recuérdese que D. Quijote aconsejaba á Sancho que se mostrase más misericordioso que justiciero.

Isabel no era hija legítima suya, sino fruto de unos amores de paso. ¿No pudo argüirle—caso de que se hubiese opuesto á sus relaciones con Méndez—que él había obrado lo mismo? Que Méndez fuese viejo no es un argumento decisivo, porque los casos de amor senil correspondido por

mujeres jóvenes, no escasean. Demos de barato que no hubo amor. ¿No pudo Méndez ser en aquellas circunstancias un alivio para la familia? A Cervantes, que chapoteó tanto en el cieno, á pesar suyo, ¿qué podía asustarle ya? ¿En quién halló verdadero sostén? ¿En el duque de Béjar? ¡Pero si el duque de Béjar ni paró mientes siquiera en la dedicatoria de la primera parte del *Quijote!* El arzobispo Sandoval y el conde de Lemos, ¿qué hicieron, en rigor, por él? Cervantes asistía al espectáculo social con ojos irónicos y despreciativos. Malo es el desengaño, y peor que el desengaño, la miseria. Son el óxido que corroe el acero moral mejor templado.

Si la declaración de Isabel de Ayala tendía á dañar á Cervantes—como pudiera presumirse,—más que diciendo que su hija vivía amancebada con Méndez, le hubiera perjudicado diciendo que Ezpeleta entraba en su casa á menudo. Y no lo dijo. Doña Isabel de Saavedra casó dos veces. ¿Se hubiera casado de ser cierto el dicho de la Ayala? Pero Ana Franca—y como Ana Franca muchas—¿no casó con otro después de haber sido la querida de Cervantes?

Para mí, Cervantes ni pierde ni gana por estos deslices—reales ó supuestos—de su hija. ¡Valiente moral, que en vez de auscultar el corazón anda oliéndole al prójimo las partes pudendas!

Hay virtudes, como vicios, contra natura: la castidad, por ejemplo.

Oigamos á otros testigos, á Francisco Campo-

rredondo, por ejemplo, paje de Ezpeleta, que es el que tira de la manta. Afirma que D. Gaspar lleva relaciones con una mujer casada, en cuya casa se queda muchas noches, «y que no sabe ni entiende que este daño le pueda venir de otra parte si no es de la casa de la dicha mujer.»

Pero quien descubre el pastel es Juana Ruiz, la patrona de Ezpeleta.

Está en cama tan enferma, que acaba de recibir «el Santísimo Sacramento.» Cuenta que una mujer tapada llegó un día á su casa llorando: «¡Oh aposento (se refería al de Ezpeleta) de mis deshonras y de mis desventuras! ¡Oh traidor, qué mal pago me has dado! ¡Vive Dios que me lo tienes de pagar, aunque sea de aquí á cien años, y que me tengo de vengar de tí!»—La causa de esta aflicción era que «D. Gaspar de Ezpeleta lé habia tomado dos sortijas de oro, una de unas memorias con unos diamantes, y la otra con unas esmeraldas, las cuales sortijas le pedia su marido, é que porque no se las dada la habia querido matar é la daba mala vida.» (Estas sortijas las llevaba consigo Ezpeleta cuando le hirieron, revueltas con «un rosario de ébano,» con yesca, pedernal y eslabón y los setenta y dos reales de marras.) «La dicha mujer dijo—continúa Ana Ruiz—que su marido se llamaba Galvan y era escribano...»

¿Por qué el juez no le procesó inmediatamente?

Quizá porque era su amigo y pertenecía á la curia como él; quizá por las lágrimas de la adúltera, que, dada su liviandad, podía concederle á

él lo que le concedió al difunto. Lo cierto es que Villarroel, á pesar de estos testimonios, metió á Cervantes y á su familia en la cárcel, sin tomarse el trabajo de averiguar si el hombre pelirrojo y de cara redonda que vió Isabel de Islallana—sirvienta de una de las vecinas de Cervantes—la noche del crimen, en la calle, coincidía con el marido burlado.

No está claro si quien mató á Ezpeleta fué el escribano ó alguien pagado por su mujer, como parece inferirse de la declaración de Ana Ruiz. Lo que no deja lugar á duda es que Cervantes no tuvo la menor participación en el homicidio del seductor de los setenta y dos reales y las mil quinientas misas, el inventario de cuyos bienes recuerda las baratijas de «La Urraca,» de Iriarte.

Adviértase que el Cervantes que entraba esta vez en la cárcel no era el cobrador de impuestos. Era el autor del *Quijote*... Con él no rezaba lo que decía el papa Paulo III de Benvenuto Cellini: «Los hombres así están por encima de las leyes.»

Valladolid, 1906.

Salamanca.

I

En Medina del Campo tomo el tren á media noche—un tren tortuga—para Salamanca. Llego al amanecer y poso en la fonda del «Comercio,» un caserón destartalado y tortuoso, que diríase todo un barrio reducido á una sola casa. Llamo y nadie responde. Al cabo de dar voces y palmadas, aparece el camarero desperezándose. Me lleva el equipaje, dando tumbos al través de puertas, pasillos y recovecos, á un cuarto, espacioso como un salón de baile y frío como una nevera—y cuenta que estamos en Mayo,—que da á un corral en que cacarean unas gallinas.

—En seguida viene la chica á hacer la cama—me dice medio dormido y se va.—Para no helarme, me paseo por aquella plaza de toros en espera de la criada, que tarda una hora en venir con «los adminículos de Morfeo,» como llamó á las sábanas y á las fundas de almohada cierto grafomano decadentista. Duermo como un sochantre. A la una despierto, me baño, como y... á la calle.

Lo primero que me sorprende es el color de oro

mate (mejor diría de salmón) de la ciudad. Esto obedece á la piedra de que están hechos sus edificios, blanda como la arcilla al principio, y dura como el granito después. Así se explica que hayan podido cincelarla tan complicadamente, imitando las labores de los plateros. El tiempo la comunica ese matiz de barquillo indeleble.

De calle en calle—á cual más apacible y «escolástica»—salgo á la «Plaza Mayor,» original como ninguna otra de España. Viene á ser el foro salmantino. Por allí se pasea todo Salamanca. Tiene la forma de un trapecio. La circundan casas uniformes de cuatro pisos con soportales poblados de tiendas. En las enjutas de los arcos ostenta bustos de viejos reyes y próceres, de incierto parecido. En el centro alegran la vista unos arbustos y una fuente con peces de colores. En el siglo XVI se la transformaba en plaza de toros. Los arcos se cerraban con una barrera, detrás de la cual se congregaba el pueblo, y los balcones se convertían en palcos. La tauromaquia estaba entonces en mantillas y los toreros eran puramente de afición. La fiesta se dividía en dos partes: en la una sólo intervenía la plebe, que, luego de capear á pie juntillas al toro, le desjarretaba. En la otra rejoneaban los nobles, con aplauso de los juristas y teólogos, que presenciaban con vivo interés el espectáculo. Las investiduras de doctor—¡y hasta las canonizaciones!—se solemnizaban con estas diversiones peligrosas, en que todo se fiaba al arrojo personal y á lo imprevisto. Si el estudiante era

pobre—como solía suceder,—aguardaba para doctorarse á que hubiese luto en la corte, con motivo del cual se suspendía todo linaje de festejos públicos. Sólo así se eximía de sufragar los gastos de la corrida, en que se lidiaban cinco toros por lo menos, y los del refrigerio, con que se agasajaba á los asistentes.

De la plaza Consistorial salto á la «Plazuela del Corrillo.» Es triangular. Sus puertas desquiciadas, sus barandajes torcidos, sus paredes hidrópicas, sus vetustos guardapolvos, sus ventanas mohosas con cortinas de colores, sus columnas hundidas, sus portales obscuros, sus tejas rotas... forman un conjunto anárquico y pintoresco. San Martín—una iglesia romana—está allí como embutida, y en vano se esfuerza en enseñarnos su fachada secular por encima de las casas que la estrujan. Las lugareñas, de ampulosos y burdos refajos, peinadas al estilo... plateresco, venden allí en míseros tenduchos, sentadas en el suelo, legumbres, huevos, pollos y gallinas. Entre los pollinos adormilados, que de tarde en tarde inflan y desinflan el fuelle de sus rebuznos, pululan mendigos color de corcho, cuyas ropas semejan, por lo raídas, «rabos de pulpo,» que dijo Cervantes; charros envueltos en mantas, viejas temblonas, chiquillos que gritan, perros que ladran. Ni la plazuela ni las gentes han variado. Son las mismas del siglo XVI.

La calle de San Pablo me conduce á la «Casa de la Salina,» llamada así por haber servido de almacén de sal «in illo tempore.» La ocupa ac-

tualmente la Diputación provincial. Tiene una magnífica fachada con medallones y un vestíbulo palaciego. En el patio se abre una galería con caprichosas figuras de tamaño natural en las consolas. Esta casa la edificó en el siglo XV el arzobispo Alfonso de Fonseca para regalársela á su querida Juana de Ulloa. Este prelado, por lo menos, supo remunerar con creces el amor profano, y no con letras místicas pagaderas en el cielo... á mil años vista.

A poco andar diviso la granítica «Torre del Clavero,» sólida, esbelta y rubia como el trigo. Cuadrada en la base, se aguza ensanchándose en la parte superior gracias á los ocho cubos que la flanquean. Parece una torre de ajedrez.

Casi enfrente, en una travesía toledana, está el «Parador del Clavel,» caravanserrallo muy típico. Los caballos, las mulas, los burros se apiñan coceando en el zaguán. De los travesaños del techo y de las paredes cuelgan albardas, zamarros, arneses, alforjas, sombreros y mantas. En el suelo se hacinan los cántaros de leche, los serones, los cuévanos vacíos, las botas de montar, las espuelas... Con la cuadra se codea la cocina; con la cocina el patio, en que hay un pozo de ancho brocal, del que saca agua una Maritornes de rojo corpiño. De todo se exhala un efluvio á estiércol, á guiso y á cebada.

El dueño—un castellano muy cortés, ojizarco, de facciones romanas—me enseña las habitaciones que están arriba, cómodas y pulquérrimas, y

el comedor, amplio y bienoliente. Me enseña también unas piezas interiores sin un solo mueble, en cuyo suelo duermen, sobre jergones, los que no pueden pagarse una cama.

Caballero en un mulo, llega un charro, erguido, seco, afeitado como un cura, de ancho sombrero, la manta al hombro, ceñido el busto por una faja carmesí. Su cara respira una nobleza de viejo hidalgo. Luego llega otro, el brazo izquierdo arqueado sobre el muslo; en la mano derecha la brida; gallardo, musculoso; los cañones incipientes de la barba le azulean el perfil casi griego; la mirada es imperiosa, los labios son finos y pequeños. Se apean despacio y gravemente como caudillos victoriosos. Detrás viene un arriero rechoncho, montado en un rucio de orejas caídas, pintura viva de Sancho Panza. Luego otro charro en una yegua nerviosa, de pupilas parlantes, que piafa y caracolea.

En la calle del Tostado, ó por allí cerca, me llama la atención una fachada gótico-plateresca, viciosamente exornada de santos de piedra, de animales fabulosos y de un relieve con la lapidación de San Esteban.

—Es el convento de Santo Domingo—me dice un clérigo que pasa por allí.—Por su nave desierta—no tiene más que una,—en torno de sus capillas laterales, no se ve un alma. En el fondo refulge un tabernáculo de Churriguera, recargado de oro. En este monasterio estuvo preso, siendo estudiante, Ignacio de Loyola. En este monasterio

explicó Colón sus visiones ultramarinas á los sabios de Salamanca, aunque nada se sabe de cierto de lo que allí pasó, porque, como dice Menéndez y Pelayo, los archivos de Salamanca permanecen mudos sobre este particular. En este monasterio está enterrado el teólogo tomista y comentador de Aristóteles, Domingo Soto, brillante paladín del concilio de Trento. En este monasterio está la tumba (una tumba moderna de tres al cuarto) del terrible duque de Alba. Aquí yace hecho polvo el azote de flamencos y holandeses; aquí yace inofensivo y solitario. Su sepulcro—sin más insignias que una espada y un sombrerito como el que ostenta Felipe II en el retrato de Pantoja—no responde á su gloria siniestra, á su indiscutible genio militar. No sé qué tiene este hombre que me atrae como un abismo. Me dan ganas de decirle como Quintana á Nelson:

«¡Inglés, te aborrecí; héroe, te admiro!»

Sí: te odio por tu sevicia; pero te admiro por tu indomable energía, por tu arrogancia, por tu valor frío y desdeñoso, por tu lealtad para con un monarca ingrato y displicente á quien ni el desastre de la gran Armada arrancó un grito de sorpresa...

Un cordón de dominicos, de hábitos blancos, rompe de pronto la quietud sepulcral de la iglesia. Suben al coro y se ponen á rezar en alta voz.

En el silencio del claustro que alegra un jardín, por cuya maleza saltan los conejos, evoco aquellas

figuras monolíticas que llenaron un día el mundo con su fama: Loyola, difundiendo el fanatismo religioso con ardor de soldado; Soto, ergotizando sobre la infalibilidad de la Iglesia; Colón, soñando con mundos ignotos; Alba, quemando vivo á todo un pueblo para convertirle en cenizas, miento, al catolicismo...

En la esquina de la calle de Meléndez descuella un soberbio palacio gótico del siglo XV, fronterizo al «Colegio de la Compañía,» abrumador amasijo de construcciones que ocupan una superficie de veinte mil metros cuadrados. Como que los jesuitas, para levantar esta mole—la más grande de Salamanca,—derribaron dos calles y dos iglesias. Es la célebre «Casa de las Conchas.» Se la llama así por las innumerables conchas de piedra que averrugan su enorme fachada pajiza, la puerta principal y el herraje de las ventanas, unas cilíndricas, otras cuadradas, al parecer moriscas. Los jesuitas quisieron apropiársela ofreciendo una onza de oro por cada concha. El fundador del edificio, que entroncaba con la ilustre familia de los Maldonados —como lo atestiguan los escudos de las esquinas, —era un caballero de Santiago que hizo voto de peregrinar á Compostela, lo cual explica los concháceos emblemas. Las columnas del patio, entre gótico y mudejar, remedan como cables de alabastro. En el centro hay un pozo.

Atravieso la calle del Prior, desemboco en la plazuela de las Agustinas, en que se levanta el suntuoso palacio de Monterrey, del siglo XVI, con

dos torres. Este Monterrey, favorito de Felipe IV, fué virrey de Nápoles y casó con una hermana del conde-duque de Olivares. Enfrente, en un convento de monjas, me deleito contemplando una «Concepción,» de Ribera, de un colorido y un dibujo muy semejantes á los del Corregio. Ante aquella virgen, envuelta en flotante manto azul, que, los soñadores ojos fijos en el cielo, nos habla de un amor sin amante, me pregunto: «¿Y es éste el mismo pintor de las trágicas tribulaciones eremíticas, de los tendones retorcidos á flor de piel, de las carnes maceradas, rugosas y convulsas?»

En la calle de Bordadores, que dista un paso, me doy de manos á boca con la «Casa de las muertes.»

Es una casa señorial austera, taciturna, con escudos y medallones en el ancho frontispicio plateresco, cerrada herméticamente como por mandato judicial. La superstición popular acabó por despojarla de los cráneos de piedra que ornaban sus paredes. Se cuenta que en ella fué asesinada una mujer hace muchos años—cómo y por quién se ignora,—y desde entonces nadie ha querido habitarla ni de balde. ¿Se explica que un pueblo que ha sufrido estóicamente durante siglos las torturas de la Inquisición, que malbarató su energía en guerras implacables, que ha vivido en un centro de tan intensa cultura intelectual, tenga miedo de una casa vacía?

—¿No hay modo de verla por dentro?—pregunto á una mujer que pasa por allí. Esbozándo-

se en su cara una risa nerviosa, se aleja sin contestarme, pero volviendo á menudo la cabeza, entre admirada y temerosa. Me ha tomado, sin duda, por un loco ó punto menos.

Sorprende que una ciudad pequeña como Salamanca encierre tantos y tan hermosos edificios: unos románicos, otros churrigueresco, algunos góticos y greco-romanos y muchos plateresco. A esta riqueza monumental en tan corto espacio debe, de fijo, el apodo de «Roma la chica.»

Errando de calle en calle, de plaza en plazuela, en medio de un silencio sideral—por lo áureo y lo profundo,—á cada paso me detiene ó el escudo heráldico de una puerta ó el herraje feudal de un balcón ó de una verja, detrás de la cual se esconde la elegante columnata de un patio, ó un friso en que se persiguen fantásticos animales, ó las cinceladuras lapidarias de un frontispicio de tonos de ámbar, ó el almenado muro de un torreón, ó la tapia de un convento abandonado que horada un nicho con una imagen dentro...

Ni un tranvía, ni un coche profanan con su ruido esta evocación melancólica del pasado. Se me figura que ando, no por las calles de una ciudad, sino por los claustros de una cartuja. Un cardiaco podría oir (no exagero) sus diástoles y sístoles.

II

La mole rubicunda de la Catedral Nueva, basada en una colina y que al pronto no distingo si es templo católico, castillo feudal ó fortaleza romana, me ataja en mis correrías callejeras. La fachada occidental, exuberante de ornamentos, limita una plaza de raquítico arbolado. En sus muros hay almenas. Sus torres afiligranadas simulan encajes; su cúpula es barroca. La de la Catedral Vieja—ambos monumentos están unidos—remeda un casco guerrero en que gira una veleta con un gallo encima. Su diversidad de estilos refleja la diversidad de tendencias artísticas predominantes en las diferentes épocas en que se fué construyendo. Se empezó en 1500 y se terminó en 1733, tras no pocas interrupciones surgidas por desavenencias entre el cabildo y los arquitectos.

Su altura, sus despejadas naves, su pintoresca decoración, las galerías que la rodean—gótico florida la una y del Renacimiento la otra,—su cúpula gigantesca... suspenden el ánimo. La «capilla dorada»—que imita una iglesia en miniatura—es realmente original. La abrillantan fosforescentes azulejos y artísticos nichos góticos con pequeñas estatuas de santos.

En la «capilla del Carmen» está el «Cristo de las batallas,» un crucifijo bizantino de madera

del siglo XI, que acompañó al Cid en sus empresas militares.

Una nave conduce de la nueva á la vieja basílica (del siglo XII). Los pilares son bizantinos; los capiteles, románicos. Sus dragones, sus esfinges contrastan con lo tosco de los santos que languidecen en el arranque de las bóvedas. El cimborrio, labrado circularmente sobre el asiento de los arcos torales, no armoniza, por lo aéreo, con lo faraónico de las columnas, que justifica el elogio de «Fortis Salmantina» aplicado á la catedral.

Allí, en túmulos góticos, en capillas lujosas, en labradas hornacinas, yacen ilustres y olvidados varones. Allí está la «capilla de Talavera,» en que se conserva, como en Toledo, el rito mozárabe. Allí está la capilla de los Amayas, la mejor, á mi juicio, de todas. El cónyuge, vestido de guerrero, la espada en la mano y el yelmo á los pies, duro el semblante, pero á la vez augusto, se alarga junto á la esposa, de manos finas é intelectuales, con hábito de monja, impasible y fría como el mármol de su carne. En el suelo y en las paredes del claustro—un claustro digno de Italia—están enterrados centenares de canónigos de quienes el olvido ha devorado hasta el nombre.

En esta catedral venerable, casi milenaria, se celebraban, con ocasión de ciertas solemnidades académicas, deslumbrantes ceremonias religiosas que desfilaban luego en pérsica procesión por la ciudad, engalanada de tapices y cortinajes multicoloros.

Era un cortejo policromo de imágenes en andas, de teólogos de alba túnica, de médicos trajeados de amarillo, de canonistas trajeados de verde, de juristas trajeados de escarlata, de estudiantes trajeados de negro con sus golillas blancas, de colegiales con sus sotanas de nieve y sus becas azules; unos á pie, otros á caballo; éstos con hachones, aquéllos con palmas; de disciplinantes medio desnudos que iban azotándose hasta hacerse sangre; de músicos con chirimías, con tambores y trompetas, á cuyo estrépito se mezclaban el voltear de los bronces, el estallar de los cohetes, los cantos y los «vítores...» Detrás iba la turba, en que sobresalían los charros con sus cinturones de cuero y sus botones de plata, y en la que se ingerían los frailes y los capigorrones.

A veces se paraba el convoy ante la fachada de una iglesia ó de un colegio, en que un estudiante, subido á una escalera, trazaba con tinta purpúrea —mezcla de sangre de toro y de aceite—algún letrero admirativo (1).

Me interno en la calle de San Juan de Sahagún —de estrechez inverosímil—y salgo al puente romano que cabalga majestuoso sobre el Tormes. Tiene veintisiete arcos y quinientos pasos de longitud. La parte contigua á la ciudad puede que sea contemporánea del emperador Trajano. Desde aquí domino todo Salamanca, con sus tejados

(1) *La vie universitaire dans l'ancienne Espagne*, par Gustave Reynier: París, 1902.

bermejos, sus torreones, su catedral, su llanura sin un árbol, ligeramente jibosa, de una melancolía otoñal que lo gris y leonado del cielo acentúan y que me trae á la memoria la plañidera aridez de la campiña romana. Es una tarde algo fría, pero de una dulzura elegiaca indecible, que emana del paisaje como una bruma de ópalo. El río, exangüe y turbio, va arañando su cuenca como si quisiera trepar á las descarnadas riberas tapizadas de un musgo sombrío y en que tiembla de trecho en trecho la fronda argentina de los pobos.

En las cercanías hay feria de ganado. Los célebres toros salmantinos, negros, catedralicios, de grandes astas, se pasean inofensivos entre los asnos, los cerdos y las ovejas. He visto á uno volver prudentemente las ancas ante un marrano que hozaba junto á él. Por el puente van y vienen carros, pollinos, con dos ó tres jinetes encima cada uno; arrieros y chalanes montados, que á distancia parecen picadores.

Bajo por el arrabal de las «Tenerías,» en que vivió la «barbuda, hechicera, astuta y sagaz» Celestina de la tragicomedia de Calixto y Melibea (1). Las casas fósiles, festoneados de calandrajos los balcones, resquebrajadas y fangosas las puertas, respiran una vetustez indefinible.

(1) «Tiene esta buena dueña al cabo de la ciudad, allá cerca de las Tenerías, en la cuesta del río, una casa apartada, medio caída, poco compuesta y menos abastada.» *(La Celestina*, acto I.)

Aquel barrio sórdido, paupérrimo, excrementicio—refugio antaño, sin duda, de pícaros, gitanos, pellejas, ladrones y pordioseros,—huele á Guzmán de Alfarache, á Alonso, mozo de muchos amos, á Lazarillo de Tormes...

III

En la plazuela de la Universidad se levanta una estatua de bronce de Fr. Luis de León, poeta, helenista y hebraizante, más digno de admiración, á mi ver, por las persecuciones del Santo Oficio, de que fué blanco, y por su vida humilde y devota, que por su talento literario, poco ó nada original. En su *Vida del campo* y en su *Profecía del Tajo*, tan alabadas y populares, saquea á Horacio; en otras composiciones imita á Virgilio, á Píndaro, al Petrarca. Su prosa me parece más fluída que su verso, aunque de una penuria léxica comparable con la aridez del paisaje salmantino. *La perfecta casada*, de puro candorosa, se cae de las manos; su estilo, correcto y huesudo, no sugiere imágenes, ideas ni emociones, cosa que me sucede con las obras de los místicos, verbosos, laberínticos y fríos de suyo, con perdón de Menéndez Pelayo, que les pone en los cuernos de la luna (1). Sus ojos, deslumbrados de tanto mirar

(1) *La ciencia española*, pág. 14, tomo I: Madrid, 1887.

al cielo, no ven lo que pasa en la tierra, y si lo ven, maldito lo que les importa.

Los estudiantes salmantinos no parecen respetar mucho la memoria del maestro, á juzgar por los guijarros (guijarros, que no flores) que ornan profusamente el pedestal de su estatua; pero ¿cuándo fué el respeto lo prevaleciente en el carácter nacional?

Antes de entrar en el vetusto edificio universitario, oteo la plazuela. Tres siglos han pasado por ella sin haberla ultrajado grandemente. Aquí está el antiguo hospital de los estudiantes; en estas viejas casas se alojaban las célebres librerías de la Universidad; la fachada de las Grandes Escuelas es la misma, con sus estatuas simbólicas, con sus águilas, sus blasones y los bustos de los Reyes Católicos. ¡Hasta las chinas de la plazuela y los letreros rojos de las paredes, que cuentan los triunfos escolares, son los mismos!

¡Qué atmósfera de venerable recogimiento se respira en este recinto, emporio un día del catolicismo ergotista! Estoy en el aula de Fr. Luis de León. Parece una capilla. Dos grandes arcos de piedra sostienen el techo de gruesas y toscas vigas. Los bancos y los pupitres—pupitres precisamente, no—son troncos rústicos que los estudiantes acribillaron, con sus cortaplumas, de nombres y letreros, legibles todavía.

La luz entra tenuemente por unas celosías acariciando la palidez secular de unos tapices de la fábrica salmantina, de que no se conservan ni

vestigios. Desde este mismo púlpito de madera, el maestro Fr. Luis reanudaba sus lecciones—rotas, durante cinco años de prisión, por el Santo Oficio,—con las estóicas palabras: «decíamos ayer...»

¿Qué delito cometió el docto agustino para merecer los rigores de la Inquisición? Pues el de haber traducido y comentado, despojándole de su misticismo, el *Cántico de los cánticos*, de Salomón. «En este inicuo proceso» entró por mucho la envidia, como lo dice el mismo Fr. Luis en aquellas quintillas que empiezan:

«Aquí la envidia y mentira
me tuvieron encerrado...»

***

La Salamanca de fines del siglo XVI era una ciudad activa y bulliciosa, cuya universidad figuraba entre las primeras del mundo. Había en ella veinticinco parroquias; veinticinco conventos de frailes y otros tantos de monjas; diez y ocho mil entre comerciantes y obreros, que vivían al amparo de este gran centro docente; cincuenta y dos imprentas y ochenta y cuatro librerías que ocupaban casi toda la *Rua*, y siete mil estudiantes, entre españoles y extranjeros.

En los bancos de las escuelas se sientan los hijos de las familias aristocráticas mezclados con los hijos de los pobres. La clase media faltaba en Es-

paña en tiempo de Felipe II, como faltaba en Roma en tiempo de Cicerón y de César. La diferencia, pues, entre el hijo del noble y el del plebeyo era inevitable, aunque, por lo que toca á la indumentaria, fuesen iguales, al parecer. Todos vestían sotana negra como los curas, debajo de la cual escondían la espada; iban afeitados y llevaban bonete. Para el estudiante rico y linajudo no había obstáculos: todo estaba dispuesto para ahorrarle inquietudes y hacerle grata la vida. Léase la *Instrucción* que dió al ayo de su hijo el conde de Olivares.

El joven Gaspar de Guzmán, futuro ministro de Felipe IV y protector de Velázquez, entró en Salamanca como un emperador. Su séquito se componía de un ayo—vayan ustedes contando,—de un preceptor, de ocho pajes, tres ayudas de cámara, cuatro lacayos, un jefe de cocina, y omito los sirvientes y los mozos de cuadra.

En oposición á este fausto, insolente y pedantesco, la entrada del escolar menesteroso resultaba triste y cómica á la vez. Así, pues, gracias á las condiciones lamentables á que le reducía la roña del pupilero (1), el escolar indigente—sin duda más ingenioso que el rico, pero sin pizca de sentido moral—no tardaba en engrosar la corporación de los *pícaros*. Los más se echaban á escuderos. El

(1) Del cual nos ha dejado Quevedo una admirable pintura—algo caricaturesca—en el cap. III de *El gran tacaño*.

problema de la bucólica era para él tan aflictivo como para Guzmán de Alfarache. «¿Qué tengo de hacer para comer? Morder en un ladrillo, haríaseme duro; poner un madero en el asador, quemaríase (1).»

Suprímase al estudiante sin blanca y desaparece la novela picaresca y la gracia hirsuta que la distingue.

El estudiante pobre pasaba las de Caín. Se moría literalmente de hambre, y eso que no respetaba ni al panadero ni al vendedor de legumbres que se distraían. «Si los trabajos y necesidades que los estudiantes pasan no los llevase la buena edad en que los coge, no había vida para sufrir tantas miserias y descomodidades como se pasan ordinariamente...» El mismo autor agrega más adelante: «Hallámonos una noche, entre otras muchas, tan rematados de dineros y de paciencia, que nos salimos de casa medio desesperados, sin cenar, sin luz para alumbrarnos, sin lumbre para calentarnos; haciendo un frío que en echando el agua á la calle se tornaba cristal...» «Y si antes no cenamos por no tener qué, después no cenamos por eso (2).» En *El gran tacaño*, de Quevedo; en el *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán (y en

(1) *Guzmán de Alfarache*, pág. 336: Rivadeneyra, Madrid, 1849.

(2) *Vida del escudero Marcos de Obregón*, por el maestro Vicente Espinel, descanso XII (relación 1.ª)

toda la novela picaresca), se repite el mismo espectáculo del *hambre veterana y estudiantina.* «Vine en ganas de cenar y sin que llegar á la boca, salvo agua fresca de una fuente que allí estaba (1).»

Los novelistas picarescos no inventaron nada: copiaron la realidad sin eufemismos ni atenuaciones. El dómine Cabra, «el clérigo cerbatana, con los ojos avecindados en el cogote y el pelo bermejo,» no fué una fantasía caprichosa del célebre satírico de *Los sueños:* existió, como el famoso boticario de Flaubert. Su verdadero nombre fué Antonio Cabreriza.

El hambre en España es endémica. «Nosotros tenemos—dice Rafael Salillas—una literatura del asco y una filosofía del hambre. El licenciado Cabra es una personificación de esta clase de filósofos, más extendida en el país de lo que se supone, porque la pobreza de nuestro suelo había de manifestarse necesariamente en la parvedad de la ración alimenticia (2).» ¡Qué campo de investigaciones psicológicas tan vasto ofrece al observador la novela picaresca! Agréguense á estas angustias del estómago vacío las burlas sangrientas de que era objeto el estudiante novicio. Le daban de pescozones, le escupían á la cara, «y al mismo tiempo el que me daba las voces me clavó

(1) *Guzmán de Alfarache*, pág. 25: Madrid, 1750.

(2) *Hampa*, pág. 73: Madrid, 1898. El *Voyage en Espagne*, de Madame d'Aulnoy, es muy instructivo en este respecto.

un gargajo entre los dos ojos,» según cuenta Pablo de Segovia (1). «Pusiéronme cerco gran cantidad de aquellos estudiantes, comenzando á descargar en mí más saliva que suelen arrojar granizo las más preñadas nubes por el mes de Marzo (2).» Había bromas más pesadas, aunque menos nauseabundas. «¡Oh, dulce vida de los estudiantes! Aquel hacer obispillos, aquel dar trato á los novatos, meterles en rueda, sacar las nevadas, darles garrote á las arcas, sacarles la patente y no dejarles libro seguro ni manteo sobre los hombros (3).»

***

Trasladémonos, con Gustavo Reynier por guía (no hallaremos otro mejor), á la Salamanca de aquella época (4). En el complicado reloj de la Universidad han dado las nueve de la mañana, y la turba estudiantil invade tumultuosa las cátedras. La más concurrida (y la mejor remunerada) es la de derecho canónico. Al paso que el profesor de retórica sólo percibe setenta florines, al

(1) *El gran tacaño*, cap. V.

(2) *El donado hablador*, por el Dr. Jerónimo de Alcalá, pág. 494. Biblioteca de Rivadeneyra: Madrid, 1851.

(3) *Guzmán de Alfarache*, lib. III, parte II, página 469: Madrid, 1750.

(4) *La vie universitaire dans l'ancienne Espagne:* 1902.

de derecho canónico le pagan doscientos setenta y dos.

Durante la clase los estudiantes no toman notas; escuchan al maestro con los codos apoyados en el largo tronco que hace de escritorio ó algo así. A menudo arman formidables tremolinas (cuando la clase se prolonga más de lo reglamentario), en términos de que el profesor se ve obligado á tirarles á la cabeza lo que tiene delante.

Los catedráticos son de ordinario hombres de gran saber; pero su enseñanza no puede ser personal á causa de la extrema vigilancia de la iglesia, para quien todo lo que no concuerda con la doctrina de San Agustín y Santo Tomás es herético.

La vida estudiantil, aun para el pobre, es muy divertida y rica de peripecias. Los más—los que no tienen dinero—cortejan á las criadas de servir y á las cocineras, para que les llenen la tripa. Los otros hacen la corte platónicamente á las monjas en los locutorios. Cuando estas escenas románticas tiran á convertirse en realidad peligrosa, interviene la autoridad eclesiástica. Los partidarios de algo más rápido y menos expuesto á complicaciones (1), optan por las mujeres de vida alegre, que abundan en Salamanca á pesar de la severidad de los reglamentos. Se alojan en la parte baja de la ciudad, á orillas del Tormes. De día se

(1) Recuérdese el caso de Felipe IV con las monjas de San Plácido, en que intervino la Inquisición.

exhiben en los balcones, la garganta descubierta y las mejillas y los ojos pintados. De noche van á las tabernas, y á veces logran introducirse en las casas de huéspedes y en los colegios mismos. «Hay casas, así en Salamanca como en otras ciudades, que llevan de suelo vivir siempre en ellas mujeres cortesanas, ó por otro nombre trabajadoras ó enamoradas (1).»

Con estas liviandades los recursos se agotan pronto y empiezan entonces las demandas de dinero á los parientes y el angustioso esperar al arriero, que, en vez de la suma pedida, no trae sino buenos consejos. ¿Qué hacer en trance tan crítico? Acudir al usurero ó saquear las tiendas de comestibles, hecho este último que no se consideraba entonces deshonroso, aunque era el prólogo de la vida ladronesca.

Envueltos en sotanas raídas se pasean majestuosamente por las calles (2) á la husma de lo que caiga ó alrededor de los conventos en espera de la sopa: de aquí el mote de *sopistas* con que se les designaba. Era chistoso ver al fraile encargado de repartir la sopa, defendiéndose á cucharazo limpio de aquella invasión famélica que

(1) Cervantes, *La tía fingida* (si es en realidad de Cervantes).

(2) En el *Viaje á España*, de Madame d'Aulnoy (ó de quien sea), se leen casos muy graciosos de esta mezcla de altivez y mendicidad del carácter castellano.

se abría paso á empujones para no quedarse á la zaga.

Estos malos estudiantes hacen trampas en el juego; se echan á espadachines y á chulos, fingiéndose hermanos de las mujeres *sospechosas*, por cuyo honor simulan velar; recorren los pueblos en compañía de juglares y exhibidores de monos; mendigan en el pórtico de las iglesias, un ojo vendado y el rosario entre los dedos, ó vagan de aldea en aldea, disfrazados de cautivos prófugos de Argel, para despertar la compasión pública.

Tales embelecos y trápalas les conducen á menudo á la cárcel, á galeras ó al patíbulo, según la magnitud de la fechoría (1).

***

La rutina escolástica y la intolerancia de la iglesia fueron los factores capitales de la ruína de las universidades españolas, según Reynier. El rigor de los exámenes contribuyó á despoblar las aulas.

¡Qué exámenes! El infeliz examinando debía responder á *ciento veinte preguntas* de teología, en forma silogística ó socrática, para mayor claridad. ¡Cualquiera se sometía á semejante tortura! Se comprende que saliesen de aquellas universidades sabiendo más el primer año que el segun-

(1) *La vie universitaire dans l'ancienne Espagne*, cap. V.

do, el segundo más que el tercero: «el primer año eran doctores, el segundo licenciados, el tercero bachilleres y el cuarto no saben nada (1).»

Otra de las causas de la decadencia universitaria—que indica Reynier—responde á la fundación de las escuelas de jesuitas. Estos fueron poco á poco adueñándose de la enseñanza. Fundaron en Alcalá un Colegio que eclipsó á los otros edificios por sus vastas proporciones.

En Salamanca, tras no poca resistencia, logran también introducirse, abriendo una Escuela. En 1625 obtienen de Felipe IV la autorización de fundar en Madrid el famoso Colegio Imperial, á donde acudía la nobleza en busca, ya que no de saber, de maneras untuosas y finas.

El espionaje cada vez más despótico de la iglesia; el absolutismo de los monarcas, que rebajó el nivel intelectual de la nación; la tiranía de los grandes colegios; la voracidad jesuítica; las luchas interiores y el relajamiento de la disciplina, no dejaron de precipitar la caída de las universidades españolas. Esta decadencia—que se esboza con Carlos V—se acentúa á fines del siglo XVII. El número de estudiantes ha disminuído prodigiosamente. Salamanca contaba en 1566 siete mil ochocientos; en 1700 sólo cuenta dos mil, y hacia mediados del siglo XVIII apenas tenía mil quinientos. Los escolares perdían el tiempo en fútiles disputas, interrumpidas por gritos y manotazos.

(1) Juan Huarte, *Examen de ingenios.*

La ignorancia de los catedráticos daba grima. Se enseñaba un latín bárbaro por frailes incultos.

La medicina se concretaba á definiciones, á aforismos copiados de textos antiguos y á supersticiones ridículas. Apenas se creía en la circulación de la sangre; pero sí en que la naturaleza «tiene horror al vacío.»

Por último, la enseñanza cayó en manos de un aventurero medio loco, que publicaba todos los años un *almanaque*, en que predecía los eclipses y las grandes catástrofes. No carecía de ingenio, y sus *Memorias*, ricas de pormenores y de reflexiones morales, y sus folletos satíricos, lo atestiguan.

***

¡Cuán lejos estamos del siglo XVI! «En él continuaron, se rejuvenecieron y tomaron nuevas formas las escuelas todas, ya ibéricas, ya de otros países importadas, que entre nosotros habían dominado durante la Edad Media. El *lulismo*, la más completa, armónica y pujante de todas ellas, conserva sus cátedras mallorquinas y penetra en Castilla amparado por el cardenal Jiménez; llega á su apogeo el *escolasticismo* con sus diversas sectas de *tomistas* y *escotistas;* brota lozana y vigorosa la de los *suaristas*, y multiplícanse los volúmenes en que semejantes doctrinas se exponen, hasta el punto de que ninguna nación nos excede ni en el número ni en la calidad de tales escritores...»

. . . . . .

«Todos los sistemas á la sazón existentes tenían representantes en nuestra tierra, y sobre todos ellos se alzaba el atrevido vuelo de otros espíritus más independientes, osados é inquietos los unos, sosegados y majestuosos los otros, agitadores todos (cada cual á su manera), sembradores de nuevos gérmenes y nuncios de ideas y de teorías que proféticamente compendiaban los varios y revueltos giros del pensamiento moderno. Sólo Italia podía disputarnos el cetro filosófico con su renovado *platonismo* y con las audaces y más ó menos originales doctrinas de los Pomponazzis, Telesios, Brunos y Campanelas... Luis Vives, el más prodigioso de los artífices del Renacimiento, pensador crítico de primera fuerza, renovador del *método* antes que Bacon y Descartes (1), iniciador del *psicologismo* escocés, conciliador casi siempre, prudente y moderado aun en la obra de reconstrucción que había emprendido, dechado de claridad, elegancia y rigor lógico, filósofo en quien predominaron siempre el juicio y el sentido práctico...

»Próximo á Vives debemos colocar al sevillano Fox Morcillo, que con sin igual fortuna se lanzó en son de paz entre platónicos y aristotélicos, intentando sembrar en terreno neutral la eterna lucha del discípulo y del maestro, el eterno dualismo del pensamiento humano...

(1) El psicólogo danés Höffding cree que Descartes fué influído por Vives.

»De siglo de oro filosófico habrá de calificar al siglo XVI quien conozca, siquiera someramente, las obras de los *ramistas* españoles, muy superiores á su maestro en saber é ingenio, cuales fueron Núñez, el Brocense, ingenio agitador por excelencia, que llevó al campo de la lógica aquélla su perspicacia y agudeza de entendimiento, aquel horror á la opinión vulgar y á la barbarie de la escuela...

»¿Qué diremos de Gómez Pereira, *cartesiano* antes que Descartes, así en materias físicas como metafísicas; del divino Vallés, adversario terrible asimismo de la cosmología aristotélica, como lo fué después Isaac Cardoso; de Huarte, padre de la frenología y engendrador inconsciente de no pocos sistemas materialistas; de doña Oliva, analizadora sutil de las pasiones? ¿Qué de nuestros innumerables moralistas, secuaces de Séneca y estóicos á su manera los unos, apologistas otros de Epicuro?» (1).

IV

Es de noche. Me pierdo por las calles teológicas y muertas en que amarillean á intervalos agonizantes ampollas eléctricas que, lejos de alumbrar, alargan la sombra. Son las mismas calles tácitas que corrió alucinado el estudiante de Espronceda en pos de la mujer misteriosa, «velada

(1) *La ciencia española*, por M. Menéndez y Pelayo, tomo I: Madrid, 1887.

en blanco traje,» que sorprendió orando á los pies de un Cristo.

Al doblar de una esquina, sin más ruido que el de mis pasos, diviso al sereno entrapajado en su capa, con el farol y el chuzo, y, como el Félix de Montemar de la leyenda, no sé si deliro ó estoy despierto ó borracho. A medida que avanzo, la ciudad—en algunas partes completamente á obscuras—me parece más fantástica. Las casas no son sino murallas de una palidez cadavérica, que se agrandan y se achican, se ensanchan y se angostan como la sombra que proyecta un cuerpo que va andando.

Mis impresiones del día adquieren, como en la resurrección de un sueño, formas tangibles, é imagino que voy á tropezar con el esqueleto ambulante de un canónigo, ó con el de la mujer de la «Casa de las muertes,» ó con unos duelistas que por puntillos de honor cruzan sus aceros á la vera de un convento, ó con una turba de estudiantes que, sorprendidos por algún celoso en momentos de dar una serenata bajo un balcón, le rompen las guitarras en la cabeza...

Una campana, mensajera de ultratumba, vuelca su fúnebre salmodia que el aire va empujando de muro en muro, de torre en torre, hasta convertirla en una línea sonora imperceptible, semejante á la que forma en el silencio campestre un telégrafo funcionando.

Salamanca, 1906.

Toledo.

I

Es una de las ciudades más antiguas de España. El origen de su fundación, como el de todas las viejas ciudades, se pierde en la noche de los tiempos, que dicen los historiadores de pacotilla. Hay quien supone que la población toledana primitiva proviene de los hebreos que emigraron á España en tiempo de Nabucodonosor, nada menos. Otros atribuyen su origen á los almonides; quién, á los griegos; quién, á los romanos; otros, á los judíos... A elegir.

Toledo, capital de la provincia Carpetana, existía antes de que los romanos conquistasen la Península ibérica. Sin duda, su posición en una roca, casi circundada por el Tajo, la convirtió en fortaleza y en lugar adecuado á operaciones militares. Los dominadores la estimaban en mucho, y entre otros privilegios, la concedieron el de batir moneda, la embellecieron con edificios de que aún quedan restos y la fortificaron. De pueblo estipendiario ascendió á Municipio. Introducido en Es-

paña el cristianismo, llegó á ser en el siglo I residencia episcopal. Al comenzar el siglo V pasó, como toda España, á poder de los godos, que se habían establecido en la Tarraconense y en el Mediodía de las Galias. Los godos, á la vez que la hermosearon con artísticos monumentos, la colmaron de prerrogativas. En Toledo, en el Concilio III, abjuró Recaredo de su arrianismo. Fué testigo, además, de las disensiones de Leovigildo y Hermenegildo, de las hazañas de Suintila, Chindasvinto y Wamba. En aquella época se erigieron basílicas como Santa Leocadia y varias parroquias mozárabes, y se poblaron los arrabales de monasterios, centros antaño de la cultura española. También se congregaron los famosos Concilios (muchas de cuyas disposiciones se observan todavía), en los que se prescribían castigos contra los idólatras, los herejes y los judíos, como dice Lafuente. Vino la invasión agarena, y Toledo fué gobernada por emires, subalternos de los califas. Alfonso VI, rey de Castilla, se la arrebató á los bereberes en 1085, tras algunos años de asedio. Desde entonces hasta mediados del siglo XVI fué la corte de los monarcas castellanos. Su decadencia comenzó con Felipe II al trasladar el trono á Madrid. Perdió su antigua riqueza, consistente en sedas y lanas. En el día es una ciudad de tercer orden, de 20.000 almas (1), capital de provincia de segunda clase, con Gobierno civil y militar y un

(1) En tiempo de los moros contaba 200.000.

arzobispado. Lo que la sostiene es la Escuela de Infantería. Toledo, según Teófilo Gautier, «tiene de prisión, de baluarte, de convento y de serrallo (1).»

II

El sol centellea agresivo. El aire, sutil y transparente, deja ver un cielo límpido casi blanco. De mi hotel, que está en la Cuesta del Alcázar, me encamino á la plaza de Zocodover, irregular, sin árboles y polvorienta. ¿Dónde están el judío mercader, el culto musulmán, el mozárabe tradicionalista y el castellano conquistador que la poblaban siglos há? ¿Dónde los turbantes, los albornoces y las capellinas? ¿Dónde los autos de fe con su pompa siniestra y los juegos de cañas en que á veces tomaba parte Carlos V con lo más selecto de la juventud de Castilla? ¿Dónde las costumbres y los lances picarescos que pintaron Cervantes, Quevedo y Lope? Muerta y solitaria, dormitan hoy en sus bancos de piedra astrosos mendigos que no saben que, desde aquellos mismos balcones desvencijados, contemplaba la muchedumbre bulliciosa las ejecuciones capitales...

Del Zocodover bajo una escalinata, en que charlan indolentemente sentados hombres y mujeres, y atravieso el «Arco de la Sangre,» facero al cual se destaca un parador, en el que, según reza una

(1) *Voyage en Espagne:* París, 1883.

lápida conmemorativa, «escribió Cervantes *La ilustre Fregona.*»

En el mesón nadie ignora que el ínclito novelista es una gloria universal.

A poco trecho, y hacia la izquierda, culmina el «Hospital de Santa Cruz,» en cuyo portal, de piedra blanca, se confunden las armas del fundador con varias esculturas religiosas.

Tuerzo por la «Cuesta del Carmen» con dirección al puente de Alcántara; pero á medio camino me detengo para ver una posada muy típica. En el patio, cuadrado y rabiosamente calino, con cortinas de percal rojo á la puerta de cada habitación, hay varias mujeres sentadas, algunas en el suelo, peinándose. Me figuro haber entrado en una casa de Tánger.

Sigo bajando la cuesta, tapiada de un lado por enorme y sólido murallón árabe, el más vetusto de Toledo. Allí, en un pretil, me paro. Abajo, á mi derecha, la puerta monumental de Alcántara; más lejos, en un cerro de granito, los desmoronados torreones del castillo de San Servando que Alonso VI construyó para defensa de la ciudad. Desciendo por una escalinata á la carretera. En el lienzo de una muralla decrépita se abre lujuriosa una parra.

Sobre algo que fué casa se lee:—«Aquí se cobra el pontazgo propio del Excmo. Sr. Conde de Galve. 1735.»—Cada carro que transita por el puente paga 10 céntimos.

Puro feudalismo.

El puente es de origen morisco, aunque parece romano. Su construcción actual data de Alfonso el Sabio. En cada uno de sus extremos se levanta una torre. Tiene dos arcos, uno mayor que el otro, en que las golondrinas anidan á porrillo. Divide el paisaje en dos partes, topográfica y geológicamente distintas: el paisaje de la derecha es árido, breñoso, austero, de tonos pardos; el de la izquierda, fecundo y risueño. Comprende la «Huerta del Rey,» entre cuyas arboledas, tapizadas de hortalizas, blanquean los molinos. El Tajo, color de azafrán, luego de regarla, se desliza por los ojos del puente, se arremolina un momento al impulsar unas aceñas contiguas al ruinoso «Artificio de Juanelo,» y tuerce después su curso por un desfiladero angosto. El Tajo tiene de ordinario el color de todos los ríos; pero ahora, revuelto por la crecida, se ha tornado minio.

El artificio de Juanelo Turriano le ha descrito prolijamente Ambrosio de Morales, amigo de aquel mecánico, el más ilustre de su época, compañero de Carlos V en su retiro de Yuste. Aplicábase á elevar hasta el nivel del Alcázar las aguas del río. De la complicada clépsidra sólo quedan en pie dos paredes, festoneadas de hierba, que la servían como de caja.

Aparto los ojos del río. Allá, en la cumbre, la mole cuadrada del Alcázar, con sus cuatro torres puntiagudas, domina el fragoso panorama de torreones adheridos á los peñascos; de escombros romanos, sarracenos y godos; de almenas, de

campanarios, de azoteas y miradores y de cuestas que se entrecruzan, como una red ferroviaria, en violentos declives.

Tomo por el «Paseo de la Rosa,» que, arrancando del cerro en que se basa el que fué castillo de San Servando, se extiende á lo largo de las márgenes del río y de la huerta, sombreado por copudos árboles. A media alameda descubro la estatua de granito de Wamba, sin narices. El monarca godo «ensanchó el muro de Toledo—según dice la lápida del pedestal,—y luego de vencer al tirano Paulo renunció al mundo para servir á Dios en el monasterio de Pampliega.»

Este episodio de Paulo merece contarse; pero ¿por qué no decir algo del belicoso Wamba, cuya historia frisa con el mito?

Ya viejo se le propuso el trono, que aceptó de mala gana. Un oficial de palacio, blandiendo la lanza, le dijo: «¡No sales de esta cámara sino rey ó muerto!»—A raíz de la muerte de Recesvinto fué coronado en Toledo, con regocijo de toda España. Pocas semanas después estalló en la provincia gótica de la Galia una rebelión, dirigida por Hilderico, gobernador godo de Nimes. Entre los rebeldes figuraban muchos de los judíos que pusieron en fuga las persecuciones españolas. Wamba mandó contra los insurgentes al general Paulo, griego ambicioso que, así que llegó á Narbona, concitó el ejército contra aquel viejo—según decía—que, convencido de su ineptitud, se negó á empuñar el cetro.

El efecto de su arenga dió por resultado que el ejército le aclamase rey. Wamba peleaba á la sazón contra los vascos en los Pirineos; pero no tardó en llegar á los muros de Narbona. Propuso á los rebeldes tratarles humanamente si se rendían. Rechazada la proposición, y tras una lucha acérrima, la ciudad fué tomada por asalto y vencido Paulo. Wamba, al estilo de los antiguos romanos, entró triunfante en Toledo, con un séquito de cautivos, descalvada la cabeza y los pies descalzos, entre los cuales figuraba Paulo con una corona de cuero pegada á la frente con pez derretida y trajeado á lo rey de comedia (1).

La casa que asoma á la izquierda, con su arco de herradura y sus ajimeces rotos, ornadas las caducas paredes de arabescos y de ojivas denticulares, es el «Palacio de Galiana,» hoy vivienda de labriegos.

Carretera arriba, carretera abajo, ambulan sin cesar reatas de mulos y borricos, carros, diligencias y jinetes en airosos caballos, que levantan hogueras de polvo.

Vuelvo sobre mis pasos, y subo la cuesta del Arrabal. A mis pies se arrastra el Tajo ceñido por anchas fajas de un verdor sombrío. La luz cenital reverbera en sus aguas teñidas, al parecer, en la sangre de un combate naval invisible. Bajo el ardor del mediodía, el paisaje sestea al son del aserrar vidrioso de las cigarras y del me-

(1) *Historia de los godos,* por Henry Bradley.

lancólico «lirín, lirán» de las esquilas de las cabras.

En lo alto de la cuesta, entre dos torreones con aspilleras, cuadrado el uno y semicircular el otro, se abre la «Puerta del Sol,» de estilo mudéjar. A poco andar tropiezo con una antigua puerta árabe, del siglo IX (la «Puerta de Visagra»), más pequeña que la otra (llamada «Puerta de Visagra» también), que ostenta en la parte Norte el águila imperial de Carlos V y una estatua interior de San Antonio.

Ante mis ojos se ensancha la alegre perspectiva de la «Vega Alta,» umbroso parque de tupido arbolado, oasis delicioso en medio de este páramo caldeado por el sol. Reina un silencio tórrido, interrumpido por el chirrear sediento de las chicharras entre el ramaje de las encinas. Echo la visual á los cigarrales que se dilatan ondulando en torno de la Vega, y me dirijo luego al «Hospital de Afuera,» que está á dos pasos. Atravieso el pórtico de bóvedas planas y entro en el patio, dividido en dos por una hermosa galería. Sus arcos y columnas de piedra berroqueña sostienen dos claustros: uno bajo, de orden jónico, y otro, de orden dórico, arriba. Toco una campana y aparece una monja, que me abre la iglesia, una iglesia de arquitectura greco-romana, de una sola nave. Paso indiferente ante unos cuadros del Greco, de escaso mérito, á mi ver, y me fijo en el sepulcro de mármol del cardenal Tavera, debido al cincel de Alonso Berruguete. La estatua ya-

cente del prelado que reemplazó á Carlos V durante dos años en el gobierno de Castilla y de León, se me antoja magistral. En su rostro afilado, de florentino perfil, vaga como una claridad de crepúsculo invernizo. ¿Está dormido? ¿Está muerto? ¡Qué augusta serenidad respira! Al través de la frente se vislumbra un espíritu noble y apacible. Las manos cartilaginosas, de una finura monástica, parecen no haber tocado sino misales y hostias. Las escenas, en cambio, que guarnecen el sarcófago, pecan de amaneradas. ¡Qué figuras alegóricas y qué niños aquéllos! Tienen un desarrollo muscular realmente grotesco y acusan una decadencia y un mal gusto dignos de Churriguera.

III

Quiero ver un cigarral y me echo á andar cuesta arriba, entre pedruscos y polvo, hacia uno de los más grandes de Toledo. La sed me devora; pero no hallo donde apagarla. El sudor me corre por la frente, por el cuello y las manos á chorros. Me siento á descansar en una peña. Me abanico con el sombrero. ¡Ni un mal árbol que me proteja de este sol africano! Al fin, jadeante y sudoroso, toco á una puerta rústica. Un guarda, escopeta al hombro, me abre. Le acompaña una mujer de mazapán, mugrienta, escuálida, bizca, de mirar fijo de loca. Ambos tienen el color atezado de la

tierra, su sequedad, su adustez, sus arrugas, su tristeza muda y hosca.

Estos cerebros campesinos, áridos por la miseria y la ignorancia, como la tierra por falta de abono y de riego, han concluído por atrofiarse. En ellos las funciones de la vida de relación están como suspensas. El guarda me conduce á una casita de campo, medio escondida bajo un parral, y me ofrece unos albaricoques riquísimos. El albaricoque y el olivo son los árboles predominantes en esta zona. Crecen en terreno escabroso, entre guijarros que me inducen á suponer que «cigarral» es una corruptela de «guijarral,» salvo argumento mejor. El sándalo, el romero, el tomillo, la albaca y la hierbaluisa perfuman con sus olores farmacéuticos este osario sin frescura ni poesía, salpicado á trechos de higos chumbos.

El sol se ha hundido detrás del Alcázar. Un resplandor lechoso y diáfano vibra en el aire cálido. Arriba se acurruca Toledo con sus colinas pardas y su abigarrado caserío.

Salgo del cigarral y me despido del guarda que me acompaña, escopeta al hombro, hasta la puerta.

Un crepúsculo sin terneza, sin pizca de lirismo envuelve en su cendal de ocre el panorama. Las colinas, agrias, estériles, plomizas, acongojan. En una de ellas, de arenosa calvicie, se yergue una gran cruz de hierro. El paisaje de Galilea y el drama del Calvario aparecen á mis ojos. ¡Qué desolación, qué angulosa melancolía se desprende

de estos cerros hipocondriacos! Por una vereda baja lento, muy lento un hato de cabras. Sus cencerros suenan plañideros en el silencio vespertino. Yo también desciendo.

Toledo empieza á iluminarse fantásticamente. Por encima del apretado caserío de «Covachuelas» asoma el Hospital de Afuera como un castillo feudal. En la superficie lustrosa del río se reflejan rígidos los árboles. En sus riberas, que cantaron Cervantes y Garcilaso, croan las ranas. La Huerta del Rey finge un aguafuerte de Rembrandt. Allende el puente de Alcántara se aguzan altaneras las torres del palacio de Carlos V.

En un cielo perlino y sereno, de anaranjadas lejanías, brilla solitaria la estrella de la tarde. De la torre de la catedral caen solemnes nueve campanadas que el eco prolonga por cumbres y valles. El cielo se ha tornado de un azul profundo, casi negro. Del fondo tenebroso de la Huerta surge una luna enorme, alcohólica, de abruptos contornos, muy baja y tan saliente que amenaza desplomarse...

IV

No obstante lo molido que estoy, salgo después de cenar. Al sofocante calor diurno ha sucedido un aire fresco y voluptuoso. El sereno me ofrece su compañía al verme andurrear por estas callejuelas sin fin que serpentean metiéndose las unas

en las otras, como los cubiletes de un juglar chino. Guijarrosas, empingorotadas, estrechas y hondas, como cuencas de ríos secos, flotan en la mortecina luz de leyenda que de trecho en trecho arrojan diminutas ámpulas eléctricas. A ratos, imagino hallarme en Pompeya; á ratos, en Tánger. En Pompeya, por el abandono y el silencio sepulcral, roto de tarde en tarde por el tableteo de las codornices—castañuelas con plumas—que cuelgan, cautivas en sus jaulas de palo, de los balcones. En Tánger, por lo laberíntico de las calles, por la estructura morisca de las viviendas y por los bultos que á intervalos se deslizan junto al muro proyectando sombras espectrales. Al volver de cada esquina me aguarda una sorpresa: ya es una casucha de enorme puerta claveteada; ya un cuarteado paredón con una celosía en medio; ya un balcón minúsculo con tiestos de flores, cuyo alero toca en la pared de enfrente; ya un callejón lateral cerrado en el fondo por una verja; ya una especie de túnel derruído festoneado de yedra; ya algo así como harén cerrado á piedra y lodo, por las rendijas de cuyos ajimeces salen misteriosos hilos de luz; ya una covacha como de alquimista, de los que tanto abundaban en el siglo XIV; ya una tapia maciza y austera, como de cuartel ó de convento; ya un Tenorio de gorra que charla sigiloso desde fuera con la novia que se esconde en la penumbra detrás de una reja; ya una cruz clavada en la pared, debajo de un farol, en señal de que allí se cometió un asesinato. No falta sino

que aparezca algún alguacil de la Santa Hermandad en busca del delincuente...

De la plaza de Zocodover, donde desemboco tras no pocas vueltas y revueltas, sale una estudiantina, trajeada á la moderna, que se pierde serpenteando por imposibles vericuetos. El son de las flautas, de las bandurrias y laúdes corre dilatándose melancólico por la ciudad dormida. En un balcón canta una codorniz enjaulada. De otro balcón responde otra codorniz á su reclamo. Y luego otra más lejos.—«¡Las doce en punto y sereno!»—gime el vigilante con voz impregnada en la desolación de la Edad Media. La campana de la catedral le contesta con sus ayes de bronce.

Del Zocodover salgo al Miradero, no sin bajar una escalinata. Hombres y mujeres se pasean en sentido inverso, formando rancho aparte. Abundan entre los hombres los rostros apergaminados, ceñudos, color de argamasa. Las mujeres son pálidas, cenceñas, sin alegría. ¿Dónde estará su hermosura tan alabada por Tirso en sus comedias? Unos mendigos de fangosa carnación, como los ermitaños de Ribera, arrancados al parecer de las entrañas de la tierra sin jugo, pordiosean en vano, con palabras y entonación de rezo.

Me asomo al pretil de la ancha planicie, desde la cual abarco en tenebrosa lontananza los arrabales con sus luces microscópicas, el Hospital de Afuera, los valles sumidos en la sombra y la bruñida lámina del Tajo, que ni murmura ni se mue-

ve. La luna, amarillenta y rojiza como un melocotón maduro, diríase pintada. Su luz clorótica contrasta con el vivo titilar de las estrellas, que parecen hacerla burlescos guiños.

V

La mañana, sonora y triunfal, irradia de lleno en mi alcoba. Los milanos y los cernícalos surcan vertiginosos el aire. Mi hotel está pegado al Alcázar. De suerte que no tengo sino subir la cuesta y en cinco minutos ya estoy en él. Es algo larga su historia; pero trataré de abreviarla. En este mismo sitio, el más culminante de Toledo, hubo en tiempo de los romanos un baluarte que los godos y los árabes conservaron. Alfonso VI, al reconquistar Toledo, reedificó y ensanchó la ciudadela, encargando de la comandancia de su guarnición á Ruy Díaz de Vivar, el insigne guerrillero. Alfonso X la transformó de castillo en palacio feudal, que agrandaron y embellecieron D. Juan II y los Reyes Católicos. De esta época subsisten aún fachadas, bóvedas y salones. Pero á quien debió la imponente fábrica lo mejor que hubo en ella fué á Carlos V y á Felipe II. Durante la guerra de Sucesión, en 1710, fué incendiada, y cien años más tarde—ya reconstruída por el cardenal Lorenzana—los franceses, al retirarse de Toledo, la quemaron, destruyendo par-

te del edificio, no restaurada todavía. En 1882 se convirtió en la actual Escuela de cadetes.

¿Cómo no evocar las entradas triunfales de Carlos V y de Felipe II en Toledo, cuando Toledo era el corazón de la omnímoda monarquía española? La llegada, en 1525, del emperador solemnizóse con luminarias y músicas, procesiones, máscaras y bailes, arcos de triunfo, carreras de palio, fuegos de artificio, corridas de toros, cabalgatas, naumaquias en el Tajo, juegos de cañas en Zocodover... Y en estos fastuosos festejos tomaban parte desde la nobleza y la clerecía hasta los diferentes oficios y gremios. Entre tanto, Francisco I («le roi chevalier» de cara de bobo) aguardaba sentado en la torre de los Lujanes la visita del César...

En 1560 engalanóse Toledo para recibir á Felipe II. Los banquetes y los saraos alternaban con las jiras campestres, las corridas de toros con los juegos de cañas y los torneos de pie y de caballo en el Alcázar, mantenidos por el propio monarca con los príncipes y caballeros más ilustres. Estos regocijos populares duraron nueve meses, y en un solo juego de cañas se derrocharon—si la crónica no miente—cien mil ducados.

No cabe olvidar, tratándose de la Toledo del siglo XVI, aquellas Cortes que se reunieron con el fin de remediar la penuria de Carlos V. Interrumpiólas cierto día en sus debates el cardenal Tavera con la pretensión imperial (cuyo era el intérprete) de generalizar la sisa, gravamen sobre

los consumos—de origen castellano—que el pueblo, abrumado de contribuciones, detestaba cordialmente. La nobleza se opuso á tal proyecto, no obstante la aprobación clerical. Carlos V, indignado con semejante repulsa, disolvió la asamblea, con menosprecio de la prestigiosa tradición de las Cortes de Castilla.

VI

Apenas me acerco á la catedral me asalta un guía.—Por fuera—me dice sin que yo se lo pregunte—es de granito, y por dentro, de una piedra blanda que se endurece con el aire así que se la extrae de la cantera.—Lo sé, gracias.—Es de estilo gótico. Tiene ocho puertas principales.—Lo sé, gracias.—La del Perdón, que casi nunca se abre; la de los Escribanos, por donde entraban á jurar esos avechuchos...—¿Me quiere usted dejar tranquilo?—La de los Leones, llamada así porque seis de esos «bichos,» con escudos entre las zarpas, se sientan sobre las columnas que afianzan su verja exterior. La Puerta Llana, porque está al nivel de la calle...—Le he dicho que me deje en paz. No quiero guías.—Y se aleja refunfuñando.

Después de dar la vuelta al monumento, entro por la Puerta del Reló, encima de la cual vese incrustada una gran esfera con horas. No hay que

ser exigente con esta puerta, la ornamentación de cuya fachada revela una mano tosca, mano del siglo XIV.

—Sostienen la techumbre del templo, compuesta de setenta bóvedas, ochenta y ocho pilares que se agrupan en haces de columnas caprichosamente ornadas en el capitel y la basa. El pavimento, como usted ve, es de mármol blanco y negro.—¡Vuelta la burra al trigo! ¿No le he dicho que me deje en paz?—Mire usted, señorito: hace dos días...—¿Que no come usted?—Eso.—Tenga, y váyase.—Y le aflojo una peseta. El infeliz (que no es lerdo) me da las gracias, pero no se va. Me sigue á distancia. Cuando menos lo espero, vuelve á arrimárseme.—¡Hermosos vidrios! ¿Verdad, señorito? Están pintados á fuego y representan episodios del Nuevo Testamento y pasajes de la vida de los santos. Fíjese usted en el rosetón que está al fin de la nave principal. ¡Es un primor!—¡Cuidado que es usted pelma!—Mi hombre sonríe, pero... se queda.

Para ver como se debe lo que encierra este abigarrado museo, se requiere por lo menos una semana—me digo.—En fin, veré lo que pueda. Un viajero no está obligado á verlo todo, mayormente si viaja por curiosidad artística y no con ínfulas de sabio.

La Capilla Mayor—separada del coro por espacioso crucero—ocupa la parte central de la basílica. Graciosas figuras geométricas vetean de rojo y blanco el pavimento. Las bóvedas, los ar-

cos, las aristas y la parte superior de los pilares están pintados de oro y azul.

—Fíjese usted en la verja. Es del célebre Francisco de Villalpando, émulo de Berruguete, que tardó diez años en fabricarla.—Pero ¿todavía anda usted por aquí?—Es del género llamado plateresco y la coronan, fíjese usted, señorito, candelabros, escudos de armas y flameros, sobre los cuales se eleva un gran crucifijo...—¿A que acabamos por reñir? ¿No le he dicho que no quiero guías?—Está bien, señorito. No diré más nada. —Y hace como que se aleja. A cada extremo de la reja se ve un púlpito de bronce, de estilo plateresco, en que se predica y se cantan las Epístolas. Son obra también de Villalpando. En torno del presbiterio duermen, en antiguos sarcófagos de mármol, viejos reyes, cardenales y obispos. En uno de esos sepulcros, labrado por Covarrubias, descansa el cardenal Mendoza, que tanto figuró en tiempo de los Reyes Católicos, con su estatua yacente encima. Un abrumador retablo, de madera incorruptible, se encumbra en el fondo de la capilla. Pertenece al estilo gótico florido y está cuajado de esculturas y follajes de prolija y fatigosa labor.

—¿Ha visto usted el «Transparente?» Está á espaldas del altar mayor y se llama así porque por él penetra la luz...—¡Y yo que me figuraba que se había usted ido!—No, señor, no me he ido.—Lo veo.

Pero ¡de qué mal gusto y qué laberíntico es todo

esto! Por más que hago no doy con el propósito del artista. ¡Cuánto pormenor superfluo! ¡Qué fárrago de mármoles y bronces!

—Es una jerigonza—añade el guía riendo.—Me explico el horror que inspira á los partidarios de la sencillez clásica el gongorismo de Churriguera.

El coro—aunque sombrío—me indemniza de la mala impresión del «Transparente.» Le cierran gruesos muros y una reja de Domingo de Céspedes. En el centro fija la atención un gran atril sobre una peana gótica, formado por un águila de bronce que abre las alas en que se apoya el antifonario. Muy cerca, sobre un altar solitario, descuella una imagen muy negra, ricamente vestida, llamada por antífrasis, quizá, la Virgen Blanca, ó de la Blanca, que no lo sé de fijo.

Lo mejor del coro es, sin disputa, la «sillería,» dividida en alta y baja. La baja, de estilo gótico florido, es de nogal, con profusión de figuras grotescas. En los medallones, que pertenecen al siglo xv, se ven escenas esculpidas de la conquista de Granada, entonces reciente. A cada uno sirve de asunto el asalto de alguna fortaleza mora.

La sillería alta, también de nogal, con columnas de jaspe y capiteles de alabastro, fué labrada por Alonso Berruguete y Felipe de Borgoña. Tiene más elegancia que la anterior, la elegancia privativa del Renacimiento.—¿Quiere usted ver las alhajas?—No: prefiero que me llame usted al sacristán para que me abra las capillas.—A poco

aparece el sacristán con las llaves. Le ruego que no me explique nada. Con la «lata» del guía tengo de sobra. Y el guía, al oirme, toma soleta.

En la Sala Capitular, alta y espaciosa, me quedo absorto ante el magnífico artesonado de madera, pintado de azul y rojo, obra cuatro veces secular de Francisco de Lara, que puede hombrearse sin desdoro con los de la Alhambra. A Juan de Borgoña se deben los frescos y los retratos del episcopologio de la catedral, de dudoso parecido, que engalanan las paredes.

—De esta capilla—me dice el sacristán—habrá usted oído hablar, de fijo. Es la capilla «Mozárabe,» fundada por el cardenal Cisneros. Fíjese usted en ese cuadro al óleo. Hermoso, ¿verdad? Pues no es tal cuadro al óleo, sino un mosáico. —En efecto: la ilusión es completa.

En esta capilla se celebran á diario los oficios divinos, conforme al rito gótico que se observaba en toda la Península durante la dominación goda, y que se conservó después durante la dominación musulmana.—Esta misa (habla el sacristán) no la oye nadie, á no ser los extranjeros por curiosidad.

Al pasar delante del fresco que representa á San Cristóbal—un San Cristóbal de 50 pies, que se apoya en una palmera á guisa de báculo,—sorprendo á «mi guía» con unos ingleses, que leen impertérritos el Baedeker, mientras él les va contando en un inglés de cocina vaya usted á saber qué bolas.

—Eso ya no rige—les dice aludiendo al Baedeker.—Y los sajones, benévolos y desdeñosos, sin fijarse en lo que ha dicho, le contestan:—«Yes, indeed the Saint is enormous.»

A mí me recordó aquella grotesca pintura mural el lienzo «Los grandes de la tierra,» de Wierz, el excéntrico pintor belga que tiene en Bruselas lo que no tiene Velázquez en Madrid, lo que no tiene Rembrandt en Amsterdan: un museo exclusivo para sus delirios pictóricos.

Penetro en la capilla de D. Alvaro de Luna, llamada comunmente de Santiago por haber sido el infortunado condestable gran maestre de esta orden militar. Encierra seis sepulcros. Los del centro, de mármol blanco, exornados de esculturas góticas, con estatuas yacentes, pertenecen á D. Alvaro, que viste de guerrero y de fraile, y á su mujer Doña Juana Pimentel, que le sobrevivió más de treinta años. ¿Quién ignora que D. Alvaro murió decapitado por orden de D. Juan II, cuyo valido era? Pues la inscripción que se lee en su lecho funerario dice que «falleció.» ¡Así se escribe la historia! El trágico fin del bastardo aragonés me trajo á la memoria las palabras de Shakespeare en su *Henry the Eighth:* «Put not your faith in princes' favours...»

En el altar mayor de la sacristía está el *Espolio*, famoso cuadro del Greco. La figura de Cristo —de un Cristo romántico, de cepa italiana—ocupa casi todo el lienzo, entre un bosque semicircular de cabezas y lanzas. A un lado, en primer tér-

mino, el verdugo horada un madero; del otro, las tres Marías contemplan afligidas estos preparativos de la crucifixión. La túnica roja y el semblante luminoso y triste de Jesús, contrastan con las caras hoscas de los sayones y el fondo plomizo del cuadro. Diríase que el Greco le pintó á la luz de la luna, á juzgar por la entonación fría del colorido. No recuerdo qué crítico—tal vez Carlos Justi—ha visto en este lienzo reminiscencias bizantinas por lo que toca á la composición. Recuerda un cuadro del Tintoreto, *Cristo ante Pilatos*, de la escuela de San Rocco.

El Greco fué un neurasténico aquejado de acromatopsia. Su predilección por el violeta—color depresivo—y por el rojo—color dinamogénico, según las observaciones de Alfredo Binet,—se ajusta, no á una visión particular suya de la naturaleza, como han sostenido algunos críticos, sino á la fatiga de su pincel enfermo, á la anestesia parcial de su retina.

***

Resucitar el pasado es vivirle. ¿Y cabe algo más sugestivo y penetrante para un espíritu poético que revolver en el polvo de lo que fué? Aquí, en esta catedral, juró D. Carlos, el príncipe heredero, en 1560. Paños y preseas la engalanaban. Entre la puerta del Perdón y el coro levantóse un cadalso protegido por un dosel de tapices,

bajo el cual se sentaron Felipe, su hijo y otras personas de la casa real. Realzaba la ceremonia aquella música «sui generis» que por lo menudo describió Blas Ortiz. El cortejo salió del Alcázar. Se componía de reyes de armas, de ballesteros y maceros que precedían al monarca, al príncipe, á D. Juan de Austria y Alejandro Farnesio, que, vestidos con deslumbrante lujo, desfilaban en nerviosos caballos ante la muchedumbre atónita. Y tanta pompa ¿para qué? ¡Para que el príncipe infeliz acabase sus días en un encierro, felinamente atormentado por aquel padre sin misericordia!

El príncipe D. Carlos no murió, como han sostenido mentirosos historiadores, ni estrangulado, ni decapitado, ni envenenado por orden de su padre. Murió de muerte natural (1).

Al abandonar la iglesia leo la siguiente inscripción que hay encima de la puerta de los «Escribanos:» «En el año 1492, dos de Enero, fué tomada Granada con todo su reino por los reyes D. Fernando y Doña Isabel, siendo arzobispo el reverendísimo señor D. Pedro González de Mendoza, cardenal de España. Este mismo año fueron echados todos los judíos de todos los reinos de Castilla, de Aragón y de Sicilia...»

A partir de esta fecha—pudo añadirse á la inscripción—comenzó la ruína de España. Con los

(1) Véase la obra *D. Carlos et Philippe II*, par M. Gachard: París, 1867.

árabes se fué la poesía, el cultivo de la tierra, la tolerancia religiosa, y con los judíos, el espíritu mercantil, es decir, el comercio y la riqueza.

¿Por qué se expulsó á los judíos? No fué sólo por miedo á que contaminasen de su hebraísmo á los cristianos, sino porque eran ricos. Lo corrobora el hecho de que la Inquisición persiguió sin piedad á los conversos adinerados.

Los judíos no eran agricultores. «Eran mercaderes é vendedores, curtidores, zurradores, tejedores, especieros, buhoneros, sederos, plateros y de otros semejantes oficios.» Apena recordar el éxodo de estos infelices... «Salieron de las tierras de sus nacimientos, chicos é grandes, viejos é niños, á pié y caballeros en asnos y otras bestias y en carretas, y continuaron sus viajes cada uno á los puertos que habian de ir; é iban por los caminos y campos por donde iban con muchos trabajos y fortunas, unos cayendo, otros levantando, otros moriendo, otros naciendo, otros enfermando, que no habia cristiano que no oviese dolor de ellos, y siempre por do iban los convidaban al baptismo, y algunos, con la cuita, se convertian é quedaban; pero muy pocos, y los Rabíes les iban esforzando y facian cantar á las mujeres y mancebos, y así salieron fuera de Castilla y llegaron á los puertos, donde embarcaron los unos y los otros á Portugal.» Obligados á vender sus haciendas en un plazo fijo, «daban una casa por un asno, y una viña por un poco paño ó lienzo, porque no podian sacar oro y plata,» que

se tragaban escondidamente. Los cristianos, aprovechándose de esta tribulación, se enriquecieron á mansalva (1).

No se sabe de fijo cuántos fueron los judíos expulsados. Según los historiadores de aquel tiempo, llegaron á 800.000. Según otros posteriores, á 2.000.000, cifra que parece exagerada. La expulsión tuvo en Castilla no pocos censores, como puede verse en los *Anales* de Jerónimo Zurita.

Salgo de la basílica al claustro, grande y luminoso, con frescos de Bayeu, al través de cuya verja regocija el ojo la mancha verde y plácida de un jardín, en que se confunde el clavel con el geranio y la hortensia con la rosa. ¡Con qué placer recibe el sensorio esta oleada de olorosa verdura, tanto mayor cuanto que hace un momento estaba absorto en la contemplación de vetustas cosas muertas!

VII

Salgo por la puerta del «Mollete» entre una turba de pordioseros. No hay un coche ni un tranvía. ¡Nada! El sol me da miedo.—Si pillo aquí una insolación—reflexiono,—me divierto.—¿Cómo no ha de ser extremoso el país en que la sequedad del

(1) *Historia de los Reyes Católicos*, por Andrés Bernáldez. *Biblioteca de Autores españoles*, tomo III: Rivadeneyra, Madrid, 1878.

otoño dificulta la siembra, la crudeza del invierno extermina muchas plantas, lo poco lluvioso de la primavera tiene el alma del labrador en un hilo y lo calenturiento del verano malogra las cosechas?

Paso de prisa por una callejuela, especie de Rastro con todo género de cachivaches mal olientes. En la cornisa de una pared, blanca como la leche, llamean unas macetas con geranios carmesíes que están diciendo: «¡pintadme!»

Tuerzo por la calle de la «Ciudad,» que más que calle, simula una atarjea ó algo así, muy pina, que lleva al vetusto convento de la Trinidad. Rompen su muro ciclópeo unas ventanillas irrisorias llenas de telarañas.—Este edificio ¿es un convento?—le pregunto á un obrero transeunte.—No, es un cuartel; pero lo fué. Lo mismo da.—Me escurro por la calle de Santo Tomé, calle muy oriental, si las hubo. De los balcones cuelgan unas cortinas de hilo crudo que se inflan como velas con el viento. Cada una de estas callecitas apacibles, solitarias, umbrosamente frescas, parece un cuadro impresionista. ¡Cómo lamento no ser pintor!

A modo de verdes quitasoles se abren en una plazuela dos acacias junto á un pilón. Sentado en el quicio de una puerta dormita un guardia municipal. ¡Qué ha de hacer el pobre si allí no ocurre nada! ¡Como no me prenda á mí! En una gran pared se ve pintado un balcón como una decoración de teatro, que revela la inclinación pictórica de nuestra raza. Asordando la calle rueda un coche

con dos ingleses de caras encendidas y ojos turquíes, que miran á un lado y otro con extraña sorpresa. El coche se pierde serpenteando á lo lejos. Yo sigo peregrinando al través de callejas y callejas. De pronto se funde con aquella paz letárgica un canto quejumbroso, de inconfundible dejo árabe. En el muro de la parroquia de Santo Tomé un Cristo, de tamaño natural, clavado en un madero, tiende sus brazos nervudos. Sus manos y sus pies sangran á chorros. Alrededor de su cabellera (una cabellera de verdad que el viento sacude irrespetuoso) revolotean piando las golondrinas. A Jean Lorrain le sorprendió mucho (¡digo, al autor decadente de «Monsieur de Phocas!») la horripilante plasticidad de los Cristos españoles, la frente desgarrada por las espinas, las manos y los pies brutalmente clavados al madero, la cara verdosa, los ojos entreabiertos, la boca convulsa, el cuerpo contraído. Y es que la sensación aguda y honda nos domina y que nuestros ojos prefieren el escarlata ó el negro al rosa ó al violeta. ¿Será producto de nuestra complexión mental ó del medio físico, ó de ambas cosas á la vez? No olvidemos que cada país tiene su conformación geográfica, sus componentes geológicos, su sol, sus aromas, sus sonidos, sus colores que se reflejan en el temperamento de los que le habitan.

La iglesia está cerrada; pero una chica que vagabundea por allí corre en busca del sacristán, que no tarda en venir y abrirme. Salvo el enterramiento del conde de Orgaz, por el Greco, nada

hay que ver en ella. Bajo una cúpula blanca y sobre una lápida que cuenta el *milagro*, surge la visión de la muerte intensamente sorprendida por el genial pintor. San Agustín y San Esteban bajan del cielo con todo su fausto litúrgico para dar sepultura—según refiere la leyenda—á D. Gonzalo Ruiz de Toledo, conde de Orgaz, varón piadoso y magnánimo, si les hubo. Esteban sostiene el cadáver por las corvas. En la casulla del santo figura el martirio de su lapidación. San Agustín, de nívea barba, inclina el rostro sobre el muerto. Su mitra episcopal reluce sobre los ropajes negros de los personajes que asisten al sepelio, como una extraña mariposa. El conde desciende á la huesa con su armadura de guerrero, al través de la cual se adivina la flacidez del músculo inerte. En su cara cetrina hay como reflejos de azufre. El grupo de hidalgos, clérigos y monjes se aproxima á contemplar la escena.

En sus rostros, colocados en fila, febriles, huesudos y secos, se pinta el asombro que les causa el *milagro*, como en el rostro del espectador la emoción estética que le produce el lienzo. Con perdón de los idólatras de Theotocópuli, la parte celeste del cuadro (soy poco amigo de lo sibilino y nebuloso) se me figura inferior á la terrestre.

«*El entierro del conde de Orgaz* es una de las páginas más verídicas de la historia de España, y tengo por muy difícil poder imaginarse de otra suerte que como en él aparece, ni con más auténtico realismo, el alma y el cuerpo de la sociedad

castellana en los últimos años del reinado de Felipe II. Un castizo milagro español; un lúgubre oficio de difuntos y un austero coro de enlutados caballeros neuróticos, entre clérigos de una parte y frailes de otra; todos retratos fieles, que no simples modelos; figuras arrancadas de la realidad y más vivas que cuando respiraban, son acerados instrumentos que graban profundamente en el espíritu la melancólica impresión de aquellos postreros miserables días españoles del siglo XVI, en que el monarca más genuíno representante de su pueblo, independiente Holanda, deshecha *La Invencible;* muerto Alejandro Farnesio, descomponíase lentamente en su estrecha y lóbrega estancia del Escorial, debajo de su propio mauseleo, cubierto el cuerpo de úlceras y de reliquias y maniáticamente obsesionado el cerebro con la intangible pureza del dogma y los aterradores misterios de ultratumba (1).»

Sigo mi pintoresco itinerario, camino de San Juan de los Reyes. ¡Qué callejón tan genuinamente egipcio! Minúsculas ventanas, protegidas del sol por cortinillas de percal rojo y amarillo, taladran su ancho y barrigudo paredón. En una jaulita castañetea una codorniz. En otra jaulita trina un canario. En la esquina, la pierna en cuatro apoyada contra el muro, fuma indiferente un mozalbete de gorra y alpargatas. ¿A quién espera?

(1) *El Greco*, por Manuel B. Cossío, pág. 236.

Una voz femenina sale ondulando de un caserón gótico, cerrado á cal y canto, y lo monotono y gutural de la canturia acrecienta la melancolía de la calle. Haciendo esquina sobresale la fachada, escandalosamente calina, de una casa nueva, con un balcón pletórico de flores, que está pidiendo una serenata. Una joven morena, muy morena, de perfil egipcio, se desliza por la calle con lánguido andar, llevando en la cadera un botijo. No lejos, viene un pollino con un serón de legumbres, seguido de una vieja enjuta y rugosa. El callejón de los Naranjos excede en angostura á cuantos llevo vistos. Abundan en él las celosías de hierro, cubiertas de telarañas, como rejas de calabozos medioevales, y los balconcillos anubarrados de yedra. El ramaje de una encina, saliendo por encima de una tapia, aboveda un pedazo de la calle. Reina un silencio aldeano, un reposo vegetal, como si allí no viviese nadie. Al bajar por la calle del Angel tropiezo con una anciana que cabalga en un burro, en cuyas alforjas cabecean dos botijos de leche. Me saluda humilde y respetuosa. Al marco de una ventana se asoma, apartando una cortinilla, una hembra de grandes y neurasténicos ojos, medio odalisca, con un clavel escarlata en el seno. Llama á gritos á un chicuelo que juega en el arroyo con otros granujas tan harapientos como él.—Pero ¿en qué lengua me estás hablando?—le digo á uno de ellos.—En francés—me contesta riendo.—¿En francés? ¿A eso llamas tú francés?—Echo al aire un puñado de calderilla

y los chicos se precipitan, rodando por el suelo á cogerla. Sopla un aire tibio, impregnado del aroma de la sierra.

Al fin llego á un solar polvoriento, ruinoso, en que se levanta escueto San Juan de los Reyes, todo él vendado, con muletas, como si convaleciese de una larga enfermedad. Parte de su terraza mira á los cigarrales; parte, á unas lomas destripadas. Las cigarras, ebrias de sol, rascan iracundas sus monocordios entre las copas de las acacias. Es un concierto estridente y monotono que suena á música china.

Fundaron este monasterio (actualmente en restauración) los Reyes Católicos para solemnizar el triunfo que alcanzaron en la batalla de Toro sobre el rey de Portugal, que sostenía la pretensión al trono de Castilla de la «Beltraneja.» Es de estilo gótico florido y tiene una sola nave. Al nivel de los capiteles de sus pilares corre un friso orlado de arabescos. Es lo único que me dejan ver los andamios.

Atravieso un campo yermo, donde estaba la judería, y penetro en una especie de pagoda, cuyos corpulentos pilares coronan gruesos capiteles de estuco. Es Santa María la Blanca, primitivamente sinagoga, edificada en las postrimerías de la dominación árabe.

A la sombra de la puerta de Cambrón (contemporánea de Alfonso VI), tiendo la mirada por la plazuela que chispea bajo el sol del mediodía, emporio un tiempo del comercio toledano. En el

cielo de añil se recortan las almenas de un blanco torreón. A la puerta de una posada, de paredes que ciegan por lo blancas, con cenefas azules, dormitan dos jumentos, sacudiéndose las moscas con las orejas y el rabo. ¿Qué falta á este paisaje, deslumbrador y seco, para dar la sensación completa de Africa? La palmera y el camello.

Tragando polvo y sudando el quilo llego al Puente de San Martín, por cuyos cinco ojos pasa el Tajo, ancho y sonante.—Acabaré—me digo—por ser víctima de mi curiosidad viatoria. ¿A quién, sino á mí, se le ocurre atravesar esta solana polvorienta? Mi cara no es cara: es un tomate; la garganta y los ojos me arden y la sangre me golpea en las sienes. ¿A qué atrapo un tabardillo? Una vieja caritativa me ofrece un poco de agua. Cada arriero que pasa arremolina el polvo que se me cuela por las narices y los oídos. Me vuelvo, en busca de amparo, hacia la corriente del río; pero sus aguas no consuelan como consuela, por conexión de sensaciones, la vista de un arroyo claro y fresco en medio del campo, tras una jornada penosa y caliente. Lejos de eso, aflige, porque su linfa bermeja sugiere escenas de sangre.

Al pie casi del puente, en la margen del río, resalta una torre abierta por cuatro lienzos á guisa de pabellón, en la que anidan vencejos y gavilanes. De un lado ostenta una ojiva; de otro, un arco de herradura. Contiguo está el «Baño de la Cava.» Cuenta una fábula (inventada, según dicen, por un egipcio) que D. Rodrigo, último rey de los visi-

godos (y el primero que usó el *don*), enamoróse frenéticamente de Florinda, hija del conde Don Julián, gobernador de Mauritania, que en venganza de su deshonra facilitó la invasión agarena. Este episodio de amor—poetizado por la leyenda —¿originó, como creen muchos, la pérdida de España? No. La monarquía visigoda estaba ya decrépita y el pueblo conjuróse un día contra D. Rodrigo que, á pesar de los cien mil hombres que militaban bajo sus banderas, fué vencido en la batalla de Guadalete. Apareció en el campamento trajeado con un manto de púrpura, ceñida á la cabeza una corona de brillantes y arrastrado en un carro de marfil por cuatro caballos de un blancor de leche. Según unos historiadores, murió en la pelea; según otros, en Portugal; pero no ha faltado quien afirme que, derrotado y herido, se refugió en una ermita, donde vivió con nombre supuesto muchos años.

El Tajo se desliza por la llanura, y antes de extraviarse en dulce meandro entre las lomas, mezcla su rumor al estrépito de la famosa fábrica de armas. Lo agreste y solitario del sitio no se avienen con el escándalo de las fraguas, forjadoras de instrumentos de guerra. En aquel paraje tranquilo cuadraría mejor un monasterio.

VIII

Salgo de Toledo á las cuatro de la tarde, de una tarde canicular en que todo hierve y relumbra. El cielo es de un azul pálido y la atmósfera, diamantina. La diligencia se despeña por aquellos riscos entre un torbellino de gritos y fustazos; cruza el puente de Alcántara; toma por el paseo de la Rosa, donde el pobre Wamba, que parece un mandarín chino, aguanta á pie firme los ultrajes del sol y del polvo, y en breve llegamos á la estación. Arriba, en confuso anfiteatro, se apiñan viviendas góticas, mudéjares y plateresca, conventos, basílicas y palacios. Con la sierra abrupta alternan las zonas de tierra labrantía; con el huerto fructífero, la llanura hosca y estéril.

Al arrancar el tren, varios cadetes andaluces (hartos de la enojosa disciplina militar) gritan con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Adiós, Toledo! ¡Así te hundas!

Julio 1906.

ÍNDICE

	Páginas.
PRÓLOGO	V
De París á Burdeos	1
Fuenterrabía	13
Por los Pirineos	23
Pau	35
Lourdes ó La corte de los milagros	43
Biarritz.—Marinas y paisajes	51
El Paso de Rolando	79
Burgos	87
Valladolid	137
Salamanca	239
Toledo	267

ERRATAS PRINCIPALES

Página 6. Donde dice: «jardin publique», léase: *jardin public.*

Página 9. Donde dice: «Parque Bordelais», léase: *Parc Bordelais.*

Página 45. Donde dice: *par ma guérison,* léase: *pour ma guérison.*

Página 71. Donde dice: «Tomo el *petit train*», léase: Tomo el *tranvía de vapor.*

Página 106. Donde dice: *roturarle,* léase: *rotularle.*

Página 211. Donde dice: *adóbame esos candiles,* léase: *átame esas moscas por el rabo.*

Página 182. Donde dice: «los cubanos besaban las manos...», léase: «los indios...»

OBRAS PRINCIPALES DEL AUTOR

	Pesetas.
TRIQUITRAQUES. Críticas. (Agotada).....	3
SOLFEO. Sátira y crítica. (Agotada).....	3
NOVELAS EN GERMEN. Cuarta edición.....	2
GRAFOMANOS DE AMÉRICA. Crítica. Tercera edición.....	3
SINTIÉNDOME VIVIR.....	3
VÓRTICE. Poesías, con una carta-prólogo de J. M. de Heredia (de la Academia francesa). Cuarta edición.....	3
A FUEGO LENTO. Novela.....	3
AL TRAVÉS DE MIS NERVIOS. Sátira y crítica.	3
CON LA CAPUCHA VUELTA.	
MUECAS.	

EN PRENSA

EL AUTO DE FE. Novela.
DE CANAL EN CANAL.
VIAJANDO POR ESPAÑA. Tomo II.
LO QUE VI EN EL TRÓPICO.

EN PREPARACIÓN

GRAFOMANOS DE AMÉRICA. Tomo II.
LA NOVELA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA. Crítica.
BULEVAR ARRIBA, BULEVAR ABAJO. (Crónicas de París.)
DEL TÍBER AL ARNO.
LA CIUDAD SIN VÉRTEBRAS.

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

Do not
remove
the card
from this
Pocket.

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU